

BOOKZINGA FORO



origins

De la Saga

SWEEP

Cate Tiernan



sinopsis

Morgan sabe que una ola oscura de destrucción se acerca más y más, así que ella, Hunter, y un sorprendente nuevo aliado unen sus fuerzas para luchar en una batalla que probará sus poderes aún más de lo que jamás imaginaron.

Las crónicas de la mortal conspiración Woodbane, contada por uno de los propios antepasados de Morgan, ha caído en las manos de Hunter y Morgan. Ahora, ambos exploran el mundo de estas brujas poderosas y sus oscuros secretos en un intento por descubrir alguna manera de vencer a la ola oscura.

11avo libro de la saga Sweep, de Cate Tiernan



Cate Tiernan

ORIGINS

Sweep



índice

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Epílogo

Sweep 12

Sobre la autora





prólogo

Traducido por Susanauribe

Corregido por Ellie

— ¡Hey, Morgan!

La luz de la tarde saltó fuera de los autos en el estacionamiento de la secundaria mientras me volteé para a ver a mi mejor amiga, Bree Warren. Sabía que ella estaba ansiosa por encontrarse conmigo, yo había estado un poco maniática y no sintiéndome bien durante toda la semana, pero en este momento estaba en una gran prisa. Me recosté contra el lado del conductor de mi enorme Plymouth Valiant, al cual le había puesto el apodo de “Das Boot.”

— ¿Qué pasa, Bree?

Bree corrió y se detuvo a unos cuantos centímetros lejos de mí, jadeando por aire.

— Sólo quería revisarte, ver cómo lo estás haciendo hoy.

Asentí.

— Bueno, escuché de Hunter anoche. Se supone que debo ir a su casa ahora.

Sus ojos se abrieron al comprenderlo.

— *Oh*. Así que Hunter regresó.

— Aparentemente.

Hunter Niall, mi novio de dos meses — ¿era posible que sólo hubiera pasado ese tiempo? — No podía imaginarme mi vida sin él. Lo amaba con todo mi corazón y alma y estaba completamente segura de que él era mi *mùirn beatha dàin*, mi alma gemela. Él se había ido hace dos semanas para encontrar a sus padres.

— ¿Estás nerviosa? — Bree me miró simpáticamente.

— Un poco. — Suspiro. Todo el tiempo que Hunter ha estado fuera, sólo tuvimos una conversación.

Preocupada, adiviné pensando en él, y lo encontré con otra mujer. No besándose o algo romántico, gracias a la Diosa por eso, sino envueltos en una conversación

apasionada. No estaba segura de cómo hacer todo. Estaba asustada de pensar mucho sobre eso.

—Estoy segura de que estará bien —dice con confianza—. Hunter te ama, Morgan. Puedes verlo en sus ojos cuando te mira. No tienes nada de qué preocuparte.

Miré a Bree, sintiéndome un poco confortada.

—Gracias. Es sólo que lo amo demasiado... bueno, tú sabes cómo me siento.

Asintió.

—No quiero retenerte, entonces. —Ella alisó un mechón de su brillante cabello oscuro y me dio un fruncimiento preocupado—. Escucha, espero que todo esté bien. Sé que has estado preocupada. Hazme saber si necesitas hablar, ¿okay?

—Está bien. —Sonreí. Parecía que Bree incluso se había vuelto más hermosa, más bondadosa, más empática desde que se había enamorado de mi otro mejor amigo, Robbie Gurevitch. No es que ella hubiera sido completamente egoísta antes, sólo que ahora parecía más cálida, más abierta.

—Te veo mañana.

—Adiós.

Bree se dirigió hacia la escuela y hacia Robbie, y yo me subí a Das Boot y salí del estacionamiento. Era mitad de marzo, y las aceras todavía estaban cubiertas con brillante nieve derritiéndose. Traté de calmar mis nervios mientras conduje hacia la casa rentada de Hunter en el otro lado de la ciudad. Pero la verdad era que estaba muy asustada. Asustada de lo que Hunter me diría. Asustada de que no quisiera escucharlo.

Después de que llegué, me senté en el camino de entrada de Hunter por unos minutos con el auto encendido, tratando de poner mis pensamientos en orden. Por un lado, estaba Hunter. Hunter, a quien amaba y había extrañado terriblemente, y no podía esperar a verlo. Pero por otro lado, ¿qué si él había encontrado algo nuevo y maravilloso en Canadá? ¿Qué si era por eso que no me había llamado? ¿Qué si había estado asustado de decirme algo hiriente por teléfono?

Suspirando, saqué la llave del encendido y suavicé mis gastados pantalones. Pasé rápidamente una mano por mi largo cabello marrón y decidí que domesticarlo era una causa perdida. Tomando una profunda respiración, salí de Das Boot y me dirigí a la puerta. Estiré mi mano para tocar el timbre, pero antes de que pudiera llegar allí, la puerta se abrió.

Cate Tiernan



—Morgan.

—Hunter. —Tan pronto como vi el rostro de Hunter, serio y amoroso, mis miedos y rabia se disiparon. Envolví mis brazos alrededor de él, enterré mi cabeza en el hueco de su cuello, y respiré su esencia familiar y cálida.

—Te extrañé —murmuré en su cuello—. Estaba tan preocupada.

—Lo sé, amor. —Pude sentir las manos de Hunter acariciando mi espalda, su otra mano estirándose hacia mi cabello—. Te extrañé también. Te quería ahí conmigo en todo momento.

—¿Todo momento? —pregunté, incapaz de evitar imaginármelo discutiendo con la mujer de mi visión.

—Todo momento. —Hunter se movió hacia atrás y me miró, luego se volteó e hizo ademán hacia su sala—. Siéntate por un momento y déjame traerte un poco de té. Hay mucho de qué hablar.

Asentí, quitándome mi abrigo y mirando alrededor.

—¿Dónde está tu padre?

Nuestra conversación telefónica de anoche había sido bastante corta, en gran parte debido al hecho de que era medianoche y mi madre estaba de pie junto a mí en el corredor con humo saliendo de sus orejas porque él había llamado tan tarde. Todo lo que había escuchado de Hunter era que había encontrado a su padre, quien estaba en un estado de salud deplorable, y que lo había convencido de que regresa con él a Widow's Vale. Su madre, desafortunadamente, había muerto tres meses antes, alrededor de Navidad. Hunter no había dicho mucho, pero podía sentir su frustración al no haberla encontrado a tiempo, y su profundo dolor por haber perdido a la madre con la que había vivido tan poco tiempo.

—Está dormido —Hunter se giró, dirigiéndose a la cocina—. Ha estado dormido casi sin parar desde que dejamos su casa. Estoy esperando que todo el resto sea bueno para él.

Me siento en el sofá, y después de unos minutos Hunter se me une, sosteniendo dos tazas de té de camomila.

—Para ti —dijo, entregándome una taza y sentándose—. Creo que ambos podríamos usar un poco de tranquilizante después de las semanas pasadas.

Sorbí mi té, cerré mis ojos y traté de soltar todos mis miedos, todas mis inseguridades y odio.

—Hunter —finalmente dije, sintiéndome más calmada—, dime que sucedió en Canadá.

La mandíbula de Hunter se tensó casi imperceptiblemente, y vi una oscuridad pasar por sus ojos.

—Fue... difícil. —Hizo una pausa y sorbió su té—. Me siento como si hubiera sido probado en formas que nunca hubiera podido predecir o imaginar. Mi mamá está muerta. —Me miró brevemente, y asentí lentamente—. Ella y papá habían estado huyendo de la ola oscura por todos esos años, once años. —Él suspiró—. Fue Selene, tú sabes. Selene Belltower envió la ola oscura tras ellos porque no pudo perdonar a mi padre por haberla abandonado a ella y a Cal.

Jadeé. Selene Belltower y su hijo, Cal, me habían introducido al mundo de la Wicca. Fue Cal quien me dijo que yo era una bruja de sangre. Y luego me di cuenta que había sido adoptada, que era la hija biológica de Maeve Riordan y Ciaran MacEwan, dos poderosos y muy diferentes brujos. Había pensado que Cal era mi verdadero amor, mi *mùirn beatha dàn*, pero resultó que él era un peón de su madre, quien quería aprovecharse de mí para sus propios usos oscuros. Y había aprendido que antes de que Hunter naciera, su padre había amado y se había casado con Selene, haciendo a Cal el medio-hermano de Hunter. Cal y Selene ahora estaban muertos, Selene había tratado de robar mi poder, y al final Cal había muerto tratando de salvarme.

—¿Fue Selene? —pregunté finalmente, y Hunter asintió.

—Mi mamá escudriñó la ola oscura en México, y estuvo muy cerca. Nunca volvió a ser la misma después de eso, y murió el diciembre pasado. Después mi papá se mudó a un diminuto poblado en la Canadá Francesa. Él estaba viviendo en la porquería, como un hombre loco. Descubrí que estaba actuando como una especie de curandero para la población local, vendiendo sus servicios como brujo, lo que era lo suficientemente malo. Pero pronto me di cuenta que también estaba haciendo algo mucho peor, estaba contactando a los seres queridos en el mundo de los muertos mediante una *bith dearc* y recibiendo pago por eso.

Miré a Hunter con incredulidad.

—¿Contactando a los muertos? No pensé que eso fuera posible.

Hunter asintió de nuevo.

—Lo es. El *Bith dearc* es una puerta hacia el mundo sombrío donde los espíritus residen después de que mueren. Naturalmente no ocurre muy a menudo, y es muy raramente usado por brujas “buenas”, sólo cuando es imperativo para obtener



información. Mi padre comenzó a usar el *bith dearc* para tratar de contactar a mi madre. Está completamente perdido sin ella. —La boca de Hunter se torció en una expresión extraña, lucía enojado, triste y sin comprender la devoción de su padre, todo al mismo tiempo.

—Wow —dije suavemente—. Qué horrible para tu padre. Qué horrible para ti. —Toqué su brazo, y él me miró agradecidamente.

—De cualquier manera —continuó—, mientras estaba allí, él fue exitoso al contactar a mi mamá. Así que tuve que decirle adiós, lo cual... no tuvo precio. Pero el *bith dearc* sacaba su fuerza de bruja, y mi papá estaba agotándose cada día. Tuve que alejarlo de ese poblado antes de que se matara a sí mismo. El Concejo me dio una tarea a tres horas de distancia, y lo llevé conmigo. Cuando estábamos allí, estuvo de acuerdo en venir a vivir conmigo. —Hunter se volteó hacia mí, me sonrió y se encogió, como si eso dijera “Fin.”

—Eso no es todo, sin embargo —reté—. Hubo una mujer. Te vi con ella. Sabía que me sentías escudriñándote.

La sonrisa de Hunter se desvaneció, y él asintió.

—Justine —dijo en voz baja—. Justine Courceau. Ella era mi asignación del Concejo.

Hunter era un Buscador para el Concejo Internacional de Brujas, lo que significa que investiga brujas sospechosas de usar magia oscura.

—¿Qué estaba haciendo? —pregunté.

Hunter suspiró.

—Ella es medio... deshonesta. Es la única bruja en su pequeña ciudad, y cree que el conocimiento es puro, cualquier conocimiento. Estaba recogiendo nombres reales... de personas. —Mis ojos se abrieron. Ése era el mayor no-no-no de los Wiccan—. Fui enviado allí para detenerla y destruir su lista.

—¿Lo hiciste? —pregunté, recordando la emoción en el rostro de Hunter cuando lo había escudriñado.

—Sí. —Hunter frunció el ceño, y su voz se volvió más suave—. Justine sólo era apasionada por lo que creía. Cuando nos viste, estábamos discutiendo sobre si la lista era inherentemente mala. Estaba bajo mucho estrés, y ella era bastante... persistente.

Lo miré, temiendo sus próximas palabras.

—La besé —continuó, y mi corazón se hundió—. Supe tan pronto como lo hice que fue un error. Estaba solo y... triste. Te extrañé. Te quería. —Hunter gruñó suavemente.

Me volteé lejos. Me sentí como si me hubieran pateado en el estómago. No podía mirarlo ahora.

—¿Cómo besar a otra mujer... significa que quieres pasar tiempo *conmigo*? —Miré la pared.

No pude imaginarme queriendo besar a alguien más, a alguien que no fuera Hunter, por ninguna razón. Luché para que todo tuviera sentido, pero no podía.

Pude escuchar a Hunter suspirar.

—No lo sé, Morgan, y lo siento. Lo siento mucho. Si hubiera una manera de poder deshacerlo, lo haría.

Negué con mi cabeza.

—Pero no puedes.

—Lo sé. —Sentí los dedos de Hunter tocar mi espalda, pero me alejé—. Morgan, no sé qué decir, cómo explicártelo todo. Te amo demasiado. Eres mi *mùirn beatha dòn*, y sé eso.

Dejé escapar una respiración entrecortada, como si estuviera a punto de llorar. ¡*Demonios, no!* Tomé una respiración profunda, sin querer romperme frente a Hunter. Quería escuchar lo que él tenía que decir sobre esto. Quería actuar como una adulta.

Hunter continuó.

—Durante todo el viaje a casa, eras todo en lo que podía pensar. Si quieres saber por qué en ese momento besé a Justine, apenas puedo saberlo yo. Sucedió rápido. Sentí como si mi vida estuviera yendo en la dirección equivocada. Mi trabajo con el Concejo, mi padre...

—Y yo —terminé la frase por él—. Porque te escudriñé. Sin preguntar. Y antes de que te fueras... —Mi voz se queda atrapada de nuevo. Antes de que Hunter se fuera, habíamos estado planeando hacer el amor. Pero en el último minuto, Hunter se había retractado. Él había dicho que no quería hacerme el amor y después irse, quería estar ahí para mí, luego de mi primera vez, en la mañana siguiente. Me sentí ridícula en ese momento, e incluso lo sentía más ahora.

Hunter puso su mano en mi hombro, y esta vez estaba demasiado ocupada tratando de no llorar para alejarlo.

Cate Tiernan

—Morgan, esto no tiene nada que ver con lo que pasó antes de que me fuera. Te amo, y por supuesto que quiero hacer el amor contigo, sólo que no era el momento correcto. Sabes eso. Estaba asustado cuando me escudriñaste, y todo lo demás estaba mal. Supongo que estaba enojado. Estaba equivocado, y lo siento. Justine no significa nada para mí. Es sólo que te amo.

Gimoteando, traté de calmarme. Alcancé mi té y tomé un sorbo, luego suspiré y lentamente volteé mi cuerpo para enfrentar a Hunter.

—Sé que me amas —suspiré—. Es sólo que... duele. Y todavía no lo entiendo.

Hunter frunció el ceño, inclinándose hacia adelante para alejar el cabello fuera de mis ojos.

—Sólo puedo decir que te amo, y que lamento haberte herido.

Miré los ojos de Hunter, estaban cálidos, llenos de preocupación y amor. Pero todavía dolía.

—Tal vez —dije suavemente—. No puedo decir que ya te he perdonado. Tendrás que darme tiempo.

Hunter asintió, y vi la tristeza llenando sus ojos.

—Morgan, no puedo decir “lo siento” lo suficiente.

Miré mi té, sosteniendo la taza en mis manos. No dije nada. Ya no sabía que decir.

Hunter se sentó de nuevo en el sofá.

—Morgan, hay más noticias... si quieres escucharlas.

Giro la taza de té en mi mano, sintiéndome extrañamente abrumada.

—¿Qué sigue? —pregunté sarcásticamente. Estaba temiendo su próxima revelación. Todo hasta este punto había sido terrible.

—Primero —dijo después de un momento—, el Concejo. Morgan, el Concejo ha estado en contacto con mis padres desde hace algunos meses, cuando mi madre estaba enferma, antes de que muriera. Sabían dónde estaban mis padres y no me lo dijeron.

Me volteé para mirarlo.

—¿Qué? ¿Cómo lo sabes? ¿Estás seguro?

Hunter asintió.

—Mi papá me lo dijo. Él pensó que yo ya lo sabía. Mi mentor, Kennet, envió a un sanador para mamá en diciembre.

Cate Tiernan



Fruncí el ceño.

—Entonces...

—Entonces ellos me traicionaron. Probablemente me querían aquí, para protegerte. Y no me arrepiento de eso, en verdad, no me arrepiento de eso en absoluto. Pero no me dieron opción. Me dejaron creer que mis padres todavía estaban desaparecidos.

Lo miré, y vi el dolor en su rostro. Podía ver cómo esto lo afectaba. Se había perdido de ver a su madre viva porque tenía que quedarse aquí y *protegerme*. Hunter había puesto toda su confianza en el Concejo desde que se había vuelto su Buscador más joven hace un año, y así era como lo trataban.

—¿Qué vas a hacer?

Hunter negó con la cabeza.

—No lo sé.

Lentamente bajé mi taza.

—¿Hay algo más? —pregunté en pocas palabras, asustada de la respuesta.

Hunter asintió, luciendo dolido. Sabía que quería perdón, pero no estaba lista para darle eso.

—Quédate aquí un momento —dijo mientras se deslizaba fuera del sofá y subía a su habitación. En unos segundos, bajó ruidosamente por las escaleras, sosteniendo un libro de aspecto antiguo bajo su brazo.

—¿Qué es eso?

Hunter se acercó y me lo entregó.

—Esto es muy interesante. Es una colección de cosas. Mi padre lo encontró en la biblioteca de Justine.

Me estremecí al escuchar su nombre de nuevo, pero me compuse y tomé el libro, teniendo cuidado de no tocar sus manos. Pasé mis manos por la portada, la cual estaba hecha de cuero gastado y desvanecido. Abriéndolo, podía ver que las páginas estaban escritas a mano.

—¿Un Libro de las Sombras?

—No es un Libro de las Sombras, exactamente. —Hunter pasó las páginas de atrás hacia adelante, donde un título estaba escrito a mano: “Libro de hechizos y memorias, por Rose MacEwan” —. Es más como una memoria.

Cate Tiernan



—Rose MacEwan —susurré—. ¿Crees que...?

Hunter asintió gravemente.

—Ella vivió en Escocia durante los tiempos de las hogueras. Es muy probable que fuera una antecesora tuya. Este libro puede ser invaluable porque puede decirnos sobre el hechizo de la ola oscura y cómo comenzó. Mi papá leyó la mayor parte de ello, pero yo no lo he visto en lo absoluto. —Cerró la portada del libro y me miró esperanzadamente—. ¿Quisieras leerlo conmigo, Morgan?

Miré los claros ojos verdes de Hunter. Podía ver su amor por mí, puro y estricto, con el dolor que había sentido y su esperanza para el futuro. Mi corazón todavía dolía luego de saber lo que había hecho, pero esperaba que pudiéramos estar bien.... eventualmente. Volví mi atención hacia el libro.

Cuando pasé mi mano por la vieja portada repujada, sentí una oleada de energía. Mi ancestro. Lo sabía.

—Sí —dije finalmente—. Leámoslo.



capítulo 1

La piedra rose

Traducido por Malu Cullen y Newinside

Corregido por Ellie

E*scocia, Abril 1682*

Resplandecía brillantemente en mi palma, atrapando los pocos rayos de luz que los apagados portales de la iglesia permitían entrar. El reverendo mascullaba, glorificando al Dios Cristiano. Mis pensamientos estaban lejos del altar de la iglesia mientras consideraba el hechizo que lanzaría sobre esta preciosa gema.

A mi lado, mi madre levantó su cabeza de pretender estar rezando. Cerré mi puño con rapidez, no queriendo que ella viera la piedra que había sacado de su aparador de cosas mágicas. El cristal, con su suave y rosado tono, era conocido por evocar pacíficos sentimientos de amor. Era una maravilla para mí que compartiera el mismo nombre que la piedra —Rose— aunque nunca había estado cerca de enamorarme. Mamá elevó sus cejas, reprendiéndome sin palabras, y yo dejé caer la piedra de vuelta a mi bolsillo y junté mis manos de la forma en que los presbiterianos lo hacían.

¿Le importaría a mamá que haya tomado la piedra para Kyra?, me pregunté. Desde mi iniciación, mi madre siempre me animaba a trabajar en mi propia magia, a practicar mis propios hechizos y rituales. Pero de alguna forma no creía que apreciara que uno de mis primeros intentos fuera lanzar un hechizo de amor para mi mejor amiga. Mi madre me había advertido en contra de usar hechizos que forzaran el libre albedrío de una persona, pero un hechizo de amor era para el bien, pensé. Además, Falkner había estado inconsciente de Kyra por demasiado tiempo, y yo sabía que ella se estaba desesperando.

Unas pocas filas adelante, Kyra se giró hacia mí, su boca torciéndose ligeramente antes de que se volteara hacia el frente de la iglesia otra vez. Sabía lo que ella estaba pensando: que la iglesia era tediosa. Nada como nuestros hermosos círculos en el bosque, en la creciente luz de las velas, algunas veces engalanados por moños, bendecidos por la presencia mágica de la Diosa. No es que tuviera alguna



discrepancia con el Dios Cristiano. Una y otra vez mamá me había recordado que ellos eran los mismos —Dios o Diosa—, que era una fuerza a la que venerábamos, no obstante de diferentes formas. El problema eran los ministros, quienes no podían abrir sus mentes para aceptar nuestro homenaje y devoción a la Diosa. Consecuentemente, los hombres del rey y los cristianos estaban siempre cruzando sobre el campo en una furiosa caza de brujas que acarrearían funestos resultados.

Improvisados juicios. Ahorcados. Brujas quemadas en una hoguera.

Y por eso cada semana mi madre y yo nos arrodillábamos en esta iglesia, nuestras cabezas gachas, nuestras manos unidas. Pretendíamos practicar el presbiterianismo así podíamos evitar el destino sufrido por otros miembros de los Siete Clanes que habían sido perseguidos por practicar magia, por adorar a la Diosa. La puritana ola que se había estado moviendo a través de Escocia había reclamado muchas vidas. La cuota a través de la tierra era aterradora, con cuentos de tantas brujas perseguidas, la mayoría de ellas mujeres.

Justo el año pasado, una mujer de nuestro propio aquelarre, una gentil muchacha menuda llamada Fionnula, había sido descubierta matando a un pavo real con un bolline¹ marcado con runas. Aquellos de nosotros que la conocíamos entendíamos que la hembra no lo había previsto como una ofrenda para la Diosa sino como una muy necesaria comida. Aun así, la gente del pueblo no podía ver más allá de las extrañas marcas en el pequeño cuchillo para matar al ave. Fionnula había sido acusada por sacrificio y adoración al diablo.

Levanté la mirada hacia el altar, mirando a la espalda de la túnica del murmurante reverendo, quien había sido tan decisivo en el destino de Fionnula. En su juicio, el Reverendo Winthrop había testificado que la joven mujer se perdía su sermón cada semana, desafiando al Dios Cristiano. La había llamado una vasija de Satán.

Apreté mis manos, rememorando la horrorizada mirada en los ojos de Fionnula cuando había sido sentenciada a muerte.

Cristianos habían venido de pueblos cercanos para presenciar el juicio —un espantoso espectáculo en estos lados—, y aunque cada Wodebayne había querido salvarla, nadie habló en su defensa. Era demasiado peligroso.

Al día siguiente había sido colgada, ejecutada como una bruja.

¹ El **Bolline** es un cuchillo de mango blanco, es una herramienta práctica de trabajo a diferencia del puramente ritualista Athame. Es utilizado para cortar varitas, hierbas sagradas, inscribir símbolos sobre velas, madera, arcilla o cera y para cortar cuerdas de uso mágico. El bolline tiene el mango blanco para diferenciarlo del athame.



Algunas veces cuando captaba gestos sospechosos de los pueblerinos —una mirada curiosa o un comentario susurrado—, no podía evitar recordar el miedo en los oscuros ojos de Fionnula. Su ejecución había traído un nuevo velo de secreto a nuestros círculos. Más reglas se aplicaron por mi madre, que a veces era un poco dominante en su rol como alta sacerdotisa. Mamá quería que viera menos a mi amiga Meara, una gentil chica que amaba reír pero había nacido en una seria familia Presbiteriana. Todos en el aquelarre habían sido advertidos de tener gran cuidado en todas sus asociaciones, ya fuera comerciando productos horneados por carne de oveja o simplemente lavando ropa en el arroyo. Nadie fuera de nuestro aquelarre Wodebayne era de confianza.

Las herramientas tenían que ser bien escondidas y cuidadas por hechizos que las hacían imperceptibles.

Los círculos skyklad ya no eran seguros, y cuando nos reuníamos para un Esbat o un círculo sabbat, los integrantes del aquelarre iban al bosque en pequeños grupos de a dos. Estábamos tan asustados de ser capturados que tratábamos de no ser vistos todos juntos reunidos en el mercado o en el pueblo, nada más allá de un cordial saludo. Y ahora cada miembro del aquelarre asistía a la iglesia cada domingo.

Éramos prisioneros en nuestro propio pueblo. Por la noche practicábamos nuestro oficio en secreto. Durante el día jugábamos a ser simplemente como el resto de los pueblerinos.

La injusticia de eso encendía la furia en mí. Que mi madre —Síle, alta sacerdotisa de nuestro aquelarre— tuviera que arrodillarse en medio de sus bancos de madera... era una farsa, para estar seguros. Solo una de las pesadas cargas sobre mis hombros, haciéndome sentir como un animal atrapado en un oscuro saco que se cerraba a mi alrededor.

Había tantas reglas gobernando mi mundo. Tenía que ocultarles a los ciudadanos el hecho de que era una bruja de sangre. Tenía que evitar contactar con otros clanes, cuyos miembros se consideraban nuestros rivales a pesar de que éramos todos brujas y adorábamos a la misma Diosa. Era una guerra tediosa, sentía yo, pero había sido informada de que la rivalidad entre los Siete Clanes había transcurrido a través de muchas generaciones.

Tenía que hacer entradas en mi Libro de las Sombras, recolectar y secar hierbas, aprender a crear tónicos curativos y velas, bendecir y grabar mis propias herramientas...

Sí, la vida de Rose MacEwan estaba repleta de restricciones. ¿Había alguna duda de que me sentía sofocada por ellas?

Cuando pensaba en qué me haría feliz, la respuesta no estaba muy próxima. No estaba completamente segura del deseo de mi propio corazón; sin embargo, sabía que mi destino no era pasar el resto de mi vida preparando hechizos y practicando brujería en secreto en este remoto pueblo provinciano.

Por fin las plegarias terminaron y los ciudadanos comenzaron a desfilar fuera de la iglesia. Me metí al pasillo, esperando atrapar a Kyra antes de que sus padres la llevaran de vuelta a su pequeña casa. Kyra era mi amiga de toda la vida, un miembro de mi clan y de mi aquelarre, aunque no era tan experta en lanzar hechizos como yo debía serlo.

¿No estaría sorprendida por ver lo que había tomado para ella? Alcancé dentro del bolsillo de mis faldas y cerré la mano alrededor de la pequeña gema. Las yemas de mis dedos se sentían cálidas por la piedra. Planeaba dársela a Kyra para ayudarla a atraer a Falkner Radburn, un chico de nuestro aquelarre Wodebayne. Falkner era de todo lo que Kyra había hablado desde que el chico saltara el palo de escoba en Samhain. Durante todo el invierno había escuchado sobre la fuerza de Falkner y los ojos de Falkner. Falkner-esto y Falkner-aquello. Era lo suficientemente malo que Kyra estuviera cautivada por él, pero para hacerlo aun peor, Falkner era inconsciente de su amor.

Acordé ayudar a mi amiga, aunque realmente no entendía por qué lo favorecía a él.

Entonces de nuevo, nunca había conocido una atracción como aquella. A mis ojos, los chicos eran tontas criaturas galopantes, y los hombres no tenían nada que ver conmigo. Para mí se parecían a los lobos que deambulaban por la noche, abalanzándose hacia su presa sin advertencia. Yo era una Wodebayne de diecisiete años, iniciada a las formas de la Diosa a los catorce, y mientras la mayoría de las chicas de mi edad ya estaban prometidas en matrimonio o casadas, yo había llegado a la conclusión de que nunca conocería a un hombre que reuniera mis gustos. Ya que no había pasado aún, sentía que la Diosa así quería que fuera.

Afuera de la iglesia, mamá saludaba a los ciudadanos presbiterianos cordialmente. Mantuve mi cabeza gacha, no queriendo encontrarme con sus ojos o ver las crueles caras que habían sentenciado tan rápidamente a Fionnula a la muerte. Algo de tiempo había pasado desde su juicio, pero aun así no podía perdonar a estas personas por su crimen. Nunca los perdonaría.

—Buen día para ti, Rose —dijo una voz familiar.

Cate Tiernan

Me giré para ver a Meara, su pecoso rostro cincelado con sombras.

—Meara, no te vi adentro.

—Papá y yo entramos tarde. Mamá estuvo despierta toda la noche con los dolores, pero está descansando otra vez. Papá dijo que debíamos venir a la iglesia y rezar a Jesucristo por su recuperación.

La madre de Meara no se había verdaderamente recuperado del nacimiento de su sexto hijo unos cuantos meses antes y, como la hija mayor, la carga de ocuparse de las responsabilidades de su madre caían sobre los hombros de Meara. Sentía lástima por ella, teniendo que ordenar la pequeña casa, preocuparse de los niños pequeños, y cocinar suficientes gachas de avena para toda su prole.

—¿Quién está cuidando de los niños, entonces? —le pregunté.

—La hermana de mamá, Linette, ha venido desde el sur para ayudar por un tiempo. —Sus ojos estaban hundidos, y no estaba segura de si era simple cansancio o miedo sobre lo que podría pasarle a su madre. Mamá había visitado a la madre de Meara una vez, esperando ayudar. Me contó que hablaron un rato y que trató de subir los ánimos de la mujer, pero que era todo lo que mamá podía hacer.

No se atrevía a pasarle hierbas curativas o a poner sus manos sobre la convaleciente y desgastada panza de la mujer para realizar un hechizo. Y esa era la vergüenza de aquello; mamá tenía el poder para quizás curar a la madre de Meara, pero desde que ese puro acto podría lograr que colgaran a mamá como bruja, no sería hecho.

—No te he visto abajo en el arroyo últimamente —me dijo Meara—. ¿No recoges agua para lavar?

—Mamá me envía más tarde ahora —dije incómodamente—. Dice que el frío de la mañana es demasiado.

Era una mentira, y odiaba decírsela a Meara, quien siempre había sido una buena amiga. Pero la verdad era que mamá me había dicho que encontrara un lugar diferente donde recoger agua así no me encontraría cada mañana con Meara. “Es demasiado peligroso, ustedes dos hablando con tanta facilidad” me había dicho mamá. “Uno de estos días serás responsable de que se te escape el nombre de la Diosa o mencionar el Esbat que viene, y no puedo permitir ese tipo de brecha”.

El padre de Meara la llamó desde el borde de la muchedumbre.

—Será mejor que vaya —dijo Meara de mala gana—. Buen viaje.



Asentí, preguntándome qué pasaría con mi amiga si su madre fallecía. Meara ya actuaba como la madre de esa gran familia. Mi propio padre había muerto cuando yo tenía cinco años de edad, y aunque con frecuencia deseaba la protección que un padre puede ofrecer, recordaba muy poco de él. Perder a una madre tendría que ser peor.

—Dile a tu ma... —Quería apoyarla con un té que haría que su madre se sintiera mejor, pero sabía que era demasiado peligroso. Suspiré—. Dile a tu mamá que rezaré por ella.

Meara asintió, luego volvió con su papá.

Mamá estaba conversando con la Sra. MacTavish, una anciana mujer de nuestro aquelarre que había estado sufriendo de una tos seca. Mientras hablaba, me deslicé lejos del lado de mi madre para encontrar a Kyra.

Gentilmente tomé el brazo de mi amiga y la alejé de su mamá y papá. Sintíendome enigmática, toqué la piedra en mi bolsillo.

—Tengo algo para ti —dije tranquilamente—. Algo para atraer a cierta persona.

Ella me miró, sin comprender.

Miré a mi alrededor para asegurarme de que ninguno de los ciudadanos estuviera prestándonos atención. La gente estaba reunida en la usual cháchara, quejándose del largo invierno o preocupados por la plantación primaveral, así que susurré en su oído:

—Te traje un amuleto para que atraigas a Falkner.

Sus mejillas se pusieron rosadas ante mis palabras, y yo quería echarme a reír. Era tan fácil que Kyra se avergonzara. Tomó mi mano y tiró de mí quitándome la piedra en el camino, lejos de los feligreses.

—¿Quieres que todo el mundo en Highlands escuchen de mi amor secreto?

—Palabras inofensivas —dije, añadiendo en un susurro—: aunque no me atrevo a mostrarte la gema mágica delante de todos en el pueblo. —El sol aún estaba alto en el cielo, prometiendo una mañana cálida de primavera. Solo unos días antes, lo último de la nieve se había derretido del suelo—. Ven conmigo al bosque —dije—. Necesito recolectar hierbas. Haremos el hechizo de unión juntas, y después de eso cargaremos la piedra rose.

—Oh, desearía poder, pero le prometí a mamá que la ayudaría a hornear. —Kyra puso una mano sobre su corazón—. ¿Estás segura de que la piedra guarda poder?

Cate Tiernan

—Mamá solía dejarme sostenerla siempre que nos peleábamos. Es lo suficientemente poderosa.

Girándose ligeramente, Kyra miró hacia la multitud aun derramándose fuera de la iglesia. Sabía que estaba buscando a Falkner, un chico alto y espigado que aún tenía que mostrar signos de inteligencia en mi presencia.

—Nada parece funcionar en él —dijo ella con nostalgia—. Ni siquiera puede dispararme una mirada. Es como si fuera solo una libélula pasando, difícilmente digna de ser notada.

Apreté mis labios, deseando que Kyra no fuera en ese plan otra vez. Era precisamente la razón por la que había tomado la piedra rose del aparador de mamá: poner fin a la añoranza y sufrimiento de mi amiga.

—Ven al bosque conmigo, entonces —dije.

—¡Kyra! —llamó su madre. Sus padres estaban listos para irse.

Ella asintió hacia su mamá respetuosamente, luego inclinó su cabeza.

—No puedo ir —me dijo entre dientes. Una trenza castaña deslizándose sobre su capa color zafiro—. Pero quiero la piedra. ¿Puedes dejarla en los escalones de mi casa? ¿En una canasta sobre la leña?

—No me atrevo. Es una cosa demasiado preciosa para dejarla afuera.

—Rose...

—Tal vez mañana. Detente en nuestra casa en tu camino al mercado —le dije, deseando que Kyra pudiera, sólo por una vez, reunir el coraje de escaparse de sus padres. Era mi amiga, pero en cada situación yo era la más audaz. Mientras soñaba con viajar a diferentes lugares, explorar y celebrar en todas las esquinas de la tierra de la Diosa, Kyra estaba contenta con permanecer en su pequeño mundo.

Fui a reunirme con mi madre, quien estaba teniendo una descarga de la infelicidad de Ian MacGraevy y su esposa.

De una vez, estando fuera del alcance de los oídos de la aldea, le conté a mamá sobre la mala salud de la madre de Meara.

—Me temo que ella no estará por mucho tiempo con nosotros —desaprobó mamá con su cabeza—. Es una lástima que los cristianos no acepten la curación de la Diosa. Me encantaría ayudarla.

Un sentimiento de melancolía se apoderó de mí.

—Pobre Meara, ya está sintiendo la carga de tantas labores para mantener a los niños alimentados y limpios.

—Ya saldrá adelante —dijo mamá con firmeza.

Me pregunté si esa había sido su actitud cuando mi propio padre, Gowan MacEwan, murió. Me puso triste que apenas me acordara de él, y siempre que le preguntaba sobre él, mamá se volvía tan fría como el arroyo en pleno invierno.

—¿Todavía extrañas a papá? —pregunté de repente.

Mamá respiró profundo de la crujiente mañana de primavera.

—Siempre lo amaré. Pero este no es un tema adecuado con el cual tratar, especialmente cuando tenemos asuntos urgentes a la mano. Los MacGreavys se encuentran en un alboroto.

—¿Él molinero ha vuelto a preguntar sobre magia negra? —le pregunté, recordando cómo había sugerido recientemente el llamado a un *taibhs*, un espíritu oscuro, para vengarse contra un hombre Burnhy con el cual se había cruzado.

—Como si no tuviéramos suficiente con la gente del pueblo siempre en busca de una oportunidad para cazar brujos —respondió mamá mientras andábamos por la carretera llena de baches hacia nuestra cabaña—. La tensión sobre los Siete Clanes está en aumento de nuevo. Ian MacGreavy está indignado por el desprecio de un par de hombres del clan Burnhyde. Parece ser que no utilizarán su molino, y que les están diciendo a todos los demás en el clan que lo eviten, que está maldito y que el mal se está extendiendo en el grano.

Esa injusticia me molestó.

—Si el molino está maldito, es a causa de un hechizo lanzado por uno de ellos.

—En efecto. La señora MacGreavy encontró rociadas tierra y cenizas arremolinadas en círculo una mañana, en el umbral de la fábrica.

—Un hechizo forjado de minerales y tierra... —Todos sabían que las brujas Burnhyde eran maestras en los embrujos que implicaban cristales y minerales—. Una clara señal de que los Burnhyde están detrás de todos sus problemas.

—Sí, y los problemas crecen cada vez más para los MacGraevy. Temen que hayan infectado el molino de ratas. —Apretó los labios y pude ver, por la vena azul marcada en su frente, que estaba enojada—. Los Burnhydes están jugando con magia negra.

—No lo puedo creer —dije pateando un puñado de tierra en la carretera—. No se trata para nada del molido de MacGreavy. Es sobre los otros clanes poniéndose en contra de los Wodebaynes de nuevo.

Desde la existencia de los Siete Clanes ha habido una fuerte rivalidad entre ellos. Todos conocían a los clanes y sus distinciones: los curativos Braytindales, los hechiceros de Wyndonkylles, los Burnhydes con sus experiencias en cristales y minerales. He oído de los astutos Ruanwandes, quienes fueron educados de todas las formas por la Diosa, aunque no haya conocido a nadie de ese clan. Conocíamos a los tramposos de Leapvaughs, en los pueblos vecinos, y todos temían a los amantes de la guerra, los Vykrothes, quienes trataban de patearte tierra en la cara mientras pasabas por el camino. Sí, los clanes y sus reputaciones, siendo la más calumniosa la de nuestro propio clan. Durante décadas, los otros seis clanes han menospreciado a nuestro clan Wodebayne, sus prejuicios y odio punzando como una herida que se negaba a recuperarse.

Su odio fue movido por la idea que los Wodebayne practicaban magia negra. Como cuando una bruja trataba de aprovechar el poder de la Diosa para malos propósitos, para dañar a un ser vivo o para manipular libremente la voluntad de alguien. Otros clanes parecen pensar que los Wodebaynes son expertos en esto de la magia negra. Les gusta echarle la culpa a nuestros “hechizos oscuros” por sus dificultades, y consecuentemente todos han llegado a odiar a todos Wodebaynes.

Y ahora, como resultado de ese odio, el propio molino de nuestra aldea ha sido invadido por las ratas.

—¿Podemos ayudar a los MacGreavy para frustrar el hechizo?

Mamá asintió.

—El hechizo de Burnhyde no me asusta, pero su odio hacia los Wodebaynes me asusta hasta los huesos.

Su preocupación impulsó mi ira.

—Una vez más estamos de vuelta al mismo odio hacia los Wodebaynes. ¿Qué hemos hecho para provocar tanta enemistad? ¿Me lo puedes decir?

—Tranquila, Rose.

—¡Actúan como si fuéramos ladrones y asesinos! ¡No es justo!

—Sí, lo es —dijo mamá en voz baja—. Pero yo siempre he dicho que los otros clanes nos conocerán a través de nuestros actos de bondad.

—Eso no ayuda a Ian MacGreavy, ¿o sí? —pregunté.



—Haremos un hechizo de protección alrededor del molino —dijo—. Lo haremos mañana, en la luna llena, el momento perfecto para lanzar un hechizo de protección. Necesitarás recolectar objetos afilados: viejas puntas de lanzas, agujas de coser rotas, cualquier cosa que puedas encontrar. Se deben depositar en un frasco, el cual llevarás al molino.

Mientras mamá repasaba los detalles para el hechizo de protección, me sentí a la deriva en un océano de tristeza. Mi mundo, lastimosamente pequeño, se hacía cada vez más pequeño. Con el conflicto entre los clanes calentando, nos veríamos obligados a volvernos más unidos y protegidos de lo que ya éramos. Los miembros de nuestro aquelarre se quedarían cerca de nuestro pueblo rural, irremediamente pequeño, un nudo apretado de casas que ya era como una soga a mi cuello. Más allá de mi dulce pero poco audaz amiga, Kyra, no tenía un compañero o tan siquiera un amigo que fuera de nuestro propio clan. No podíamos confiar en nadie fuera del clan Wodebayne, y cualquier idea que hubiera tenido sobre ir a explorar nuevos lugares sería aplastada por el seguro y estable mal que acechaba estos lugares. Diecisiete años de edad, y mi vida parecía haber acabado.

Para entonces ya habíamos pasado la aldea, la cual consistía principalmente en la iglesia, el molino, la hospedería y una maraña de casas que fueron construidas demasiado cerca para mantener la privacidad. Nos encontrábamos con terreno plano y verdoso, que era utilizado por uno de nuestro propio clan Wodebayne para criar sus ovejas. Dos hombres se hallaban a la orilla del campo, hablándole a una oveja, como si tuviera el sentido en su cabeza para entenderles y prestarles atención.

La escena me hizo sonreír. Los dos hombres parecían ineptos, pero mamá contuvo el aliento, como si acabara de entrar en una tragedia.

—¿Qué pasa, mamá? —pregunté.

Dejó de caminar, cruzó sus manos sobre el pecho y miró detenidamente a los hombres, sin decir ni una palabra.

—Sí, podrían ser castigados —observé—. Fuera un domingo, cuando el trabajo se debe dejar a un lado para alabar al Señor Cristiano.

—Si solo cumplieran con el castigo —dijo mamá—. Por el robo.

—¿Qué? —Me adelanté, luego me giré para preguntar—: ¿Quiénes son ellos, mamá?

—Hombres Vrykothe —dijo, buscando mi brazo y sosteniéndolo firmemente.

Ahora que lo había dicho, podía sentirlo. Una bruja de sangre siempre puede presentir a otros brujos de sangre. Y su presencia ahora era tan palpable como un viento frío.

—Espera... —dije—. ¿Y ahora los hombre Vykrothe roban nuestras ovejas? —Una oveja que brindaría lana para hilar y hacer capas. Una oveja cuyo sacrificio proporcionaría carne de cordero a una familia entera durante varias temporadas. Traté de apartarme—. ¡Tenemos que detenerlos!

Me llevó a un lado de la carretera, detrás de la cubierta de un pajar.

—Calla, niña. No digas lo que piensas, el peligro que corremos es muy grave. No sabemos qué tan fuerte es su magia, y ellos lucen mucho más fuertes que nosotras físicamente.

—Pero...

—Trataré de detenerlos. —Ella levantó la mano, dibujando un gran círculo alrededor de su cuerpo y el mío. No podía oír las voces que murmuraba, pero me di cuenta que estaba poniendo un hechizo de invisibilidad sobre nosotras para que los hombres Vykrothe no supieran que éramos brujas de sangre.

Luego mamá juntó sus dedos con los míos, colocándome a la par suya a medida que salíamos de la sombra del pajar y seguíamos adelante. Sentí su miedo, aunque no estaba segura de si temía a los hombres o a mi propio deseo por aplastarlos. Apreté mis labios, determinada en apaciguar mi fuerza, y de esta manera honrar a mi madre.

—Buenos días, señores —mi madre les llamó.

Alzaron sus cabezas, envueltas en sospechas.

—Buenos días —respondió el hombre más alto. Sus ojos entornados parecían soñolientos, y llevaba el cabello rubio pegado a la cabeza como un casco.

—¿Se soltó la oveja? —preguntó mamá a la ligera—. Lo hacen a menudo, y reconozco que una pertenece a Thomas Draloose, quien vive en la cabaña justo después de la fuente. Le contaré sobre vuestro acto de amabilidad, devolviendo su oveja al rebaño en este hermosísimo domingo.

¿Acto de bondad?, apreté el brazo de mamá, molesta por la forma en que estaba mimando a estos baldes de manteca. Pero ella prosiguió.

—Es muy gentil de ustedes, amables señores, tomándose su tiempo y...

—Esta oveja no va a ser devuelta al rebaño, más bien va de partida —dijo el alto Vykrothe—. Esta es una bestia demoníaca, un presagio de los espíritus oscuros. Sé que este pastor del que habló no es un cristiano, sino un practicante de brujería.

—¡Debe estar equivocado, señor! —gritó mamá.

—Esto no es un error en absoluto —insistió el hombre más bajo. Era un toro de hombre, con tanta carne sobre sus grandes huesos que podría fácilmente arremeter contra una puerta del castillo—. Este hombre es malvado, una bruja espantosa.

—Fijó sus ojos sobre nosotras maniáticamente—. ¿Le conoce bien?

—Sí, muy bien —respondió mamá con valentía—, y debo proclamar su inocencia ante tales búsquedas profanadoras.

El más alto Vykrothe tiró de la cuerda.

—Proclama lo que quieres. Pero debemos eliminar a esta oveja antes de que se vuelva un demonio.

Mamá sacudió la cabeza y se rió.

—¿Una sola oveja? Pero si es un animal. Una de las criaturas del Señor, ¿no?

Le di a mamá un apretón de mano. El hombre no podía discutir con la filosofía cristiana. El alto Volkrahe se acercó más, y su desagradable olor a sudor, estiércol y queso agrio, molestó el aire.

—Esta oveja está poseída. La he visto balar a la luna, sus rojos ojos con los destellos de Satanás.

—Sí —respondió mamá—, ¿y qué razón tiene usted para estar acechando en el territorio de un extraño por la noche?

El hombre alto retrocedió, pero el toro respondió.

—Y yo he escuchado el rumor que el pastor tiene la intención de derramar su sangre en un terrible hechizo de daño y destrucción. —Se giró a su amigo, bajó la voz a un susurro y añadió—: justo como esos Wodebaynes.

Sentí cómo mis puños se apretaban ante el murmuro blasfemo. Él había pensado que no oiríamos o entenderíamos su ataque en contra de nuestro clan y probablemente no le importaba que lo hiciéramos, ya que pensaba que éramos mujeres cristianas. Pero yo lo había oído, y mi sangre hirvió al momento. Estos hombres ni siquiera eran ladrones de ovejas comunes, eran intolerantes y arremetían contra uno de los nuestros.

— Eso, señor, lo bebo disputar — dijo mi madre. Sonaba tan sincera, tan vehemente. ¿Cómo podrían esos hombres negarse a creerle?—. ¿Usted está suponiendo que todos los Wodebaynes son malos?

Cuando mamá dirigió sus palabras el hombre alto, él dio dos pasos hacia atrás.

— ¿Qué sabe una mujer cristiana acerca del mal? — acusó el hombre.

— ¡Cómo te atreves hablarle de esa forma! — le grité. Mis dedos se movieron con el impulso de hacer un disparo directo a él y quemarlo con chispas azules de pedernal. Pero mamá ya me estaba deteniendo, su otro brazo se posó protector sobre mi cintura mientras me alejaba de allí.

— Tranquilízate — susurró a mi oído—, para que no aumente su ira contra nosotras. Los Vikrothes son conocidos por amar la guerra, y se alzarán armados si lo necesitan.

— Pero la oveja... — jadeé—. Las están robando... e incluso hablar sobre brujería podría poner a Thomas Draloose y su familia en la horca.

— Calla, niña. — Se apresuró mamá, presionando su cabeza contra la mía—. Debemos escoger nuestras batallas, hice lo mejor que pude para defender a Thomas y salvar las ovejas, pero no siempre se puede ganar ante tanta crueldad.

— Es injusto — dije, sintiendo las lágrimas picar en mis ojos—. ¿Por qué odian tanto a los Wodebaynes?

— No puedo decirlo, niña — susurró mamá—. No puedo decirlo.



capítulo 2

Traducido por rihano

Corregido por Mishy

Recolección y bendición de las hierbas de primavera.

Esa tarde recogí mi cesta de recolección, recuperé mi bolline de su escondite en el asiento de una de nuestras sillas de madera, y salí a recoger las nuevas hierbas de la primavera. Conocía muchos pequeños senderos a través de los bosques, callejuelas y senderos ocultos que llevaban a mis lugares de reunión favoritos.

Hace unos años, cuando tenía alrededor de diez años, Ma había acordado que me permitieran recoger las primeras hierbas por mi cuenta. Desde entonces había sido un ritual que realizaba con mucho gusto, agradecida por la tranquilidad que da y por el hilo de poder que se envolvía desde las plantas a través de las yemas de mis dedos. Sí, la sensación de poder era dulce cuando ocurría a mi manera, aunque no me pasaba con bastante frecuencia en el círculo del aquelarre.

A veces me preocupaba que hubiera quedado a la sombra de mi madre, que de alguna manera Ma estaba intercediendo y recogiendo mis bendiciones hasta que ella pensó que yo estaba lista para tratar directamente con la Diosa. Una creencia extraña, lo sé, pero yo tenía mis razones. Por un lado, Ma nunca me había dado un papel importante en los aquelarres. Ella siempre me preguntaba cuando volvía de los bosques, después de haber realizado un hechizo o una consagración en un círculo de aislamiento. Decía que era su deber educarme en las formas de la Diosa, pero yo sentía que no confiaba en mí. ¿Y por qué pasaba eso? Cuando lo hacía por mi cuenta, sentía una fuerte conexión con la Diosa, y siempre había buscado crecer en mi oficio. ¿Por qué, entonces, mi propia madre cuestionaba mi devoción?

—Ella es tu madre, haciendo lo que hacen las madres —siempre me dijo Kyra. Tal vez tenía razón. Tal vez mamá no se daba cuenta de lo difícil que era ser la hija de una sacerdotisa superior.

Los pájaros cantaban en los bosques mientras yo balanceaba mi cesta con cuidado. Había pasado muchas vísperas de invierno cosiendo bolsas de color azul zafiro,

rojo rubí, y tela azafrán en la preparación para este día. Una bolsa diferente para cada planta, lo suficiente para reponer nuestros suministros. Por supuesto, de regreso en la cabaña, las hierbas necesitarían ser secadas en las vigas y un tiempo en el suelo, pero esta era mi parte favorita del ritual, recolectar bajo la copa de los árboles y la cubierta de cielo azul.

Seguí el camino hasta que llegué a mi círculo solitario, una pequeña claridad con una gran piedra gris que había limpiado para usar como un altar. Al lado de un roble alto estaba mi escoba, modestamente construida de ramas y un palo largo que se había vuelto blando con la ayuda de una piedra en bruto. Puse mi cesta de recolección en el altar, y luego comencé a barrer el círculo, balanceando mi escoba mientras caminaba lentamente. El hechizo que canté era de mi propia creación, uno que había creado años atrás. Ma lo había llamado una vez primitivo e infantil, eso me había herido profundamente, sin embargo, me aferré al hechizo. Había salido de mi corazón, y siempre sentí que la Diosa lo escuchó y respondió favorablemente.

—Barré, barré este círculo para mí, por los poderes del viento, que así sea.

Con mi círculo completo, puse la escoba en la puerta y cerré los ojos. Una suave corriente de aire se agitó a mi alrededor, el aliento de la Diosa. Me quedé el tiempo suficiente para respirarla, mi pecho enardecido con el viento. Entonces levanté mis manos y encaré al sol.

—Luz, ilumina este círculo para mí, por los poderes del fuego, que así sea.

El calor se disparó a través de mi cuerpo, desde la coronilla de mi cabeza hacia abajo a través de mi corazón. La Diosa estaba conmigo hoy, su poder tan fuerte. Tambaleándome con una vívida sensación de vida, levanté el pequeño frasco de agua bendita de mi cesta y la rocié alrededor de mi círculo.

—Agua, limpia este círculo para mí, por los poderes del agua, que así sea.

Mientras estaba en el centro del círculo, me imaginaba el agua fluyendo a mi alrededor. Mis faldas arremolinadas en el centro de la poza, y la espiga de agua fresca de manantial limpió mi garganta.

Oh, Diosa, tú estás conmigo hoy. Siento tu presencia. La atesoro.

Me arrodillé, rozando con las dos manos el suelo junto a mí. Levanté mis manos, dejando que el suelo le susurrara a la tierra mientras yo cantaba:

—Suelo, bendice este círculo para mí, por los poderes de la tierra, que así sea.

El sol pareció brillar más, un halo de luz alimonada favoreciendo mi círculo. Agradecí a la Diosa por prestarme “su poder,” entonces me acerqué al altar para

limpiar y consagrar mi canasta, mis bolsas, mi cuchillo. Me di cuenta de que me sentía más ligera, impulsada por “su poder”. Lo que fuera que me había estado bloqueando más temprano se había disipado, se convirtió en polvo y se lo llevó en el viento al toque de la Diosa.

Ahora me dediqué a la recolección de hierbas.

Dejé el círculo y me aventuré a un matorral que había conocido por producir una gran variedad de plantas. Mi primera cosecha fue una planta de laurel, un fuerte tallo verde con oscuras y grasosas hojas. Juntando mis faldas y metiéndolas entre mis piernas, me agaché junto a la planta y presioné la hoja de mi bolline en el suelo.

—Gracias, Diosa, por esta hierba hermosa —le dije, dibujando un círculo alrededor de la planta para proteger su energía. Entonces, cortando las ramas más accesibles, agradecí a la planta por su utilidad como una cataplasma para las dolencias del pecho. Ma también utilizaba las hojas de laurel en los hechizos de protección, aunque todavía había que probar esto. Cuando había terminado, la planta se recuperó, y me sentí segura de que prosperaría y produciría muchas más cosechas.

Pasé a otras plantas, anís para el tratamiento de los cólicos, tomillo para eliminar los trastornos internos, trébol para conjurar el dinero, el amor y la suerte. Cada vez que hacía un corte, repetía el ritual, dibujando un círculo con mi bolline, agradeciendo a la Diosa, calmando a la planta. Mi cesta se estaba llenando. Me acerqué a una planta de hinojo, mi bolline sostenido en mitad del aire mientras me preguntaba si la planta sería cosechada mejor más tarde.

El bosque estaba en silencio.

Los pájaros habían dejado de cantar.

Y sentí que no estaba sola.

Me quedé inmóvil en el lugar. Mi corazón tronó en mis oídos cuando me di cuenta que estaba sosteniendo el bolline, el mismo objeto que había incriminado a la pobre Fionnula. Podía ser juzgada como una bruja por este ritual de recolección, juzgada, encarcelada y condenada a muerte. Rápidamente metí el bolline en la cesta, enterrándolo bajo las hierbas recién cortadas.

El miedo llegó, apreté la canasta y traté de calmarme. Tal vez el intruso no se hubiera dado cuenta de mí todavía. Con suerte, él o ella estaban demasiado lejos para espiar las runas grabadas en el mango de mi bolline. Me preguntaba si debería lanzar un hechizo bloqueador sobre mí misma... o un hechizo de protección. Pero no había tiempo.

Digamos que estás recogiendo hierbas, pensé. La tarea de recolección de hierbas es totalmente inocente.

A menos que el intruso encontrara tu herramienta de brujería.

Me volví para enfrentar al enemigo.

Y el enemigo me sonrió. Era un chico alto, sólido, no mucho mayor que yo, y por un momento me pregunté si la Diosa lo había enviado sobre el rayo dentado de un relámpago. Incluso desde el otro lado del claro sus ojos azules brillaron con esa intensidad, al igual que el cielo nocturno iluminado durante una tormenta.

Aferrando la canasta a mi pecho, cerré los ojos, luego los abrí, segura de que él desaparecería tan fácilmente como había aparecido. No lo hizo. En cambio, vino hacia mí, estirando la mano para agarrar una rama sobresaliente, mientras, oscilaba más cerca. Se detuvo a una corta distancia, su cabello castaño cayendo sobre un ojo.

—¿Te asusté? —preguntó él.

—No... Sí, eso es... —Busqué palabras, sintiendo que no era una amenaza, al menos no en la forma en que había temido. Pero mi sensación inmediata era que él tenía poder... no el poder para perseguir, sino el gran y majestuoso poder, poseído solamente por una bruja de sangre. Una bruja de sangre, ¿pero de qué clan? Ciertamente no es un Wodebayne, ya que el aquelarre de Síle incluía a cada Wodebayne viviente en kilómetros.

—¿Qué es eso, entonces? —bromeó él—. ¿Crees que es sabio para una muchacha como tú vagar por estos bosques sola?

—Vagabundeo a menudo por estos bosques, recolectando hierbas —dije, tratando de mantener el encuentro con la conversación—. Aunque no te he visto saltar de los árboles.

—Confío en que no has visto a muchos chicos saltando desde los árboles —dijo, enganchando el dedo pulgar encima de su cinturón de cuero.

—Usted es el primero, debo admitirlo.

—Bueno, eso es sin duda un honor. Había imaginado que los hombres irían a la batalla para ser el primero. —El hecho de que implicaría algo tan íntimo casi me quitó el aliento. Pronunció las palabras de un hombre, pero el humor en sus ojos era juvenil y lleno de juventud. Los cordones de su camisa blanca estaban abiertos en la garganta, dejando al descubierto una buena cantidad de piel vuelta rojiza por el sol. Más piel que la mayoría de los hombres al desnudo, salvo en círculos. Me



pregunté cómo se vería en un círculo, su túnica cayendo de esos hombros anchos y bronceados.

He encontrado a mi compañero, pensé, dejando caer la cesta a un brazo.

Sí, él era guapo de los pies a la cabeza, y su conversación tenía un cierto ingenio que divertía. Pero esas cualidades simplemente se sumaban a mi embriaguez. Me sentí atraída por él, inexorable e irrevocablemente atraída por el poder que se arremolinaba a su alrededor como un viento visitante.

En ese momento, yo no sabía de dónde venía ni a dónde se dirigía, pero con mucha certeza sabía que quería ser la que lo acompañara en sus viajes. Tenía ganas de pasar cerca de él y deslizar la túnica de sus hombros, tocar la pared de su pecho. ¿Y cómo se sentiría ser tocada por tal dios... la presión dulce de sus labios en los míos, el brillo de sus manos sobre mi cuerpo? Deslicé una mano en el bolsillo de mi falda y apreté la piedra rosa. Si alguna vez un hechizo fue necesario, este era el momento. Pero, ¿cuáles eran las palabras?

Se volvió y extendió la mano para girar la rama de nuevo, dándome la oportunidad de conjurar un hechizo rápido.

Puse mi mente en el poder que había sentido arremolinándose en mi círculo. *Oh, Diosa.* Sentí el poder de la piedra hinchándose en la palma de mi mano, como una flor floreciendo rápidamente. *Gracias a ti por traerlo a mí. Déjalo ser atraído a mí, como un hombre a una mujer, siempre en el amor. Para siempre.*

La calidez de la piedra ondeó por mi brazo y se transmitió a través de mi cuerpo. Dejé escapar una exclamación de sorpresa y alegría, aunque creo que él estaba demasiado concentrado en mostrar sus habilidades para escalar para notarlo. Luego se volvió hacia mí y me miró.

Me miró como si hubiera acabado de descubrir la respuesta a su búsqueda de por vida.

Mi corazón clamó con alegría que la Diosa me había oído. La piedra mágica estaba ahora encantada, y estábamos bajo su hechizo.

Él bajó del árbol y se frotó las manos en sus pantalones.

—Me temo que estoy más perdido de lo que me di cuenta. Pensé que me había desviado del camino y descubierto a una doncella, pero me equivoqué. Me parece que me he metido en un mundo encantado de hadas, en el reino de una pequeña ninfa oscura, del bosque. Una belleza con cabellos negro resplandeciente, y ojos que contienen los secretos de la noche.



Le sonreí, sintiéndome florecer en sus palabras. Siempre me había visto como pequeña y sencilla, indigna de ser muy notada por mi apariencia. Me encantaba escuchar que me describan así.

—Es usted muy amable. Yo sólo soy una chica de pueblo, recolectando hierbas para hacer un potaje.

Él levantó la cesta de mi mano.

—Las hojas de laurel... el anís para los cólicos. Tomillo para ayudar en la digestión. Y el trébol... —Empujó la canasta lejos, embromándome—. Esas son hierbas encantadas, mi señora. Dime, ¿dónde se reúne tu círculo?

—No sé de un círculo, sino por la forma de la luna llena —mentí, alcanzando mi cesta. Pero detuvo mi mano con la suya, y de repente nos estábamos tocando, las palmas sensibles de nuestras manos alineadas como las estrellas de una constelación espléndida.

Sus labios se movieron, sin formar palabras, pero sus brillantes ojos azules contaban una historia de sorpresa y deseo.

¿Y el amor? ¿Mi hechizo había funcionado? Miré en sus ojos, rogando por la pregunta.

Su respuesta fue el roce de sus labios contra los míos, una sorpresa suave seguida de un beso rico, maduro. Yo le devolví el beso, disfrutando de la sensación de sus labios sobre los míos, regocijándose en el poder que tarareaba cuando nos tocábamos.

Esta era una pasión sólo comparable con la chispa increíble que había sentido en mi círculo de aislamiento, y yo sabía a la vez que la Diosa estaba aquí con nosotros. La Diosa nos había unido. Como se suponía que debía ser.

Y de la forma en que sus dedos suavemente tomaron mi mejilla y siguieron la línea de mi mandíbula a mi cabello, de la manera en que él me tomó del brazo de forma segura como si nunca lo soltaría, estaba claro que él también lo sabía.

Me apretó el brazo, dejando escapar una pequeña risa.

—El sol se está ocultando. Estaré en el camino al caer la noche, pero no me atrevo a pedir... o a irme.

La caída de la noche. Peligro. Mirando hacia el oeste, sólo vi el resplandor anaranjado y púrpura por encima de la línea de árboles.

—Debo irme, también. Pero no puedo decir adiós. No puedo soportarlo. —Mis ojos estaban al nivel de las cintas abiertas de su camisa, donde una estrella de cinco



puntas de oro colgaba de una cuerda de cuero. Extendí la mano y la toqué descaradamente. A su vez, apretó un dedo por debajo de la curva de mi cuello, justo por encima de mis pechos.

—Será tuyo —susurró—. Porque yo ya soy tuyo.

Fue una admisión sorprendente, viniendo de un chico que acababa de conocer. Pensé en los chicos que había conocido en mi vida. Ninguno de ellos había provocado jamás una llama de interés dentro de mí, a pesar de unos cuantos besos torpes y manos a tientas. Más de una vez Meara y yo habíamos encontrado a chicos de la aldea por el arroyo. Ellos eran torpes y toscas criaturas que nos engañaban y nos perseguían, siempre queriendo marcharse sigilosamente al bosque con una de nosotras. Más de una vez había tenido que patear a uno de ellos. Ningún chico ni hombre había tenido algún atractivo para mí.

Hasta ahora.

—Ven a mí mañana —dijo, sosteniendo mis manos en su pecho—. Nos vemos aquí, al mismo tiempo. Por favor, di que lo harás.

—Lo haré —le prometí, amando la manera en que mis dedos delgados desaparecían en sus manos grandes y calientes. Besó mis manos, luego retrocedió, caminando torpemente hacia el bosque.

—Vas a golpear tu cabeza —le dije, haciendo un gesto para que se diera la vuelta.

—Pero no puedo quitar mis ojos de ti —dijo.

—Entonces tengo que desaparecer. —Subí mi falda y salí corriendo del claro, decidida a no dar marcha atrás para que no me detuviera en sus brazos para siempre. Estaba sin aliento por la carrera y sus besos, pero me contuve, deslizándome sobre un trozo de barro seco y haciendo caso omiso de las zarzas que desgarraban mis medias. Correría a través de los arbustos, sin zapatos, bajando de cabeza por las colinas rocosas, si eso conseguiría acercarme a él.

En lo más profundo de mi corazón, sabía que había conocido a mi *mùirn beatha dòn*, a mi única alma gemela. Aún no sabía su nombre. Sólo sabía que era mío.

Presioné mi mano a un lado de mi falda, sintiendo el peso y el calor de la piedra rosa a través de mi bolsillo.

Sorprendente, me di cuenta, el poder de una gema encantada.

Aún más sorprendente fue el poder de mi propio hechizo. No había estado muy segura de la magnitud de la fuerza del poder, de mi poder, cuando yo había



ORIGINS

Cate Tiernan

Sweep



planeado hechizar la piedra para Kyra. Pero por la gracia de la Diosa, el amuleto me había traído amor.



capítulo 3

Traducido por dracanea y Naty^e

Corregido por Mishy

Teniendo un amuleto, *Esbat, Seed Moon*.

A la mañana siguiente me fui de la casa, a realizar mis tareas habituales con un alivio en mi corazón, como si una pesada carga hubiera sido levantada. De pronto, no parece en absoluto tedioso limpiar el ambiente de la cabaña y la ropa de cama y avivar el fuego para romper el ayuno.

Cerca de la última vez cuando mamá me había preguntado acerca de las hierbas que había reunido y que no tenía idea, ni cuando fui avisada sobre los peligros de volver a casa después del atardecer. No creo que ella haya creído mi historia acerca de que las hierbas son escasas y difíciles de encontrar, y podía sentir sus ojos sobre mí, miraba con curiosidad. No hay duda de que se sorprendió por mi repentino espíritu alegre.

Al igual que yo. La reunión en el bosque había cambiado todo en mi vida aburrida y sofocante. De repente la Diosa había llenado el aire a mi alrededor con la belleza y el conocimiento, segura de que volverlo a ver doblaría el placer en cada momento hasta entonces.

Cuando Kyra llegó, estaba ansiosa por ir con ella y contarle todo. Y desde la forma en que cambió de un pie al otro, pude ver que estaba igualmente ansiosa. Probablemente deseosa de su amuleto del amor, del que ella no sabía ni la mitad.

—Tengo que tomar algunas galletas en el mercado a Kirkloch —dijo Kyra, descansando un pesado canasto sobre la mesa dentro de la casa. Kirkloch era un pueblo cercano cristiano con un pequeño mercado y un herrero—. Papá y mamá estaban esperando que estuvieras de acuerdo. De lo contrario mamá postergará su hilado e ira conmigo.

—¿Puedo ir? —le pregunté a mi madre. Ya estaba desatando el delantal y cepillando el hollín de mi falda—. He terminado mis tareas.

Sin embargo, mamá no fue tan agradable.

—Después de nuestro encuentro con los ladrones ayer, no estoy segura de que sea seguro. ¿Y qué hay de los preparativos para Esbat de esta noche? —Se cruzó de brazos, mamá me miraba con recelo. Desde esta noche era la luna llena, nuestra secta se reunía en el bosque durante Esbat, una reunión de brujas. Queremos adorar a la Diosa y cuidar de asuntos aquelarre como hechizos y encantamientos—. ¿Han recogido lo que necesitan para el hechizo sobre el molino?

—No, todavía no. —Me limpié las palmas de las manos húmedas sobre mi falda.

—Entonces no puedes ir. No cuando no se puede confiar en que completes tus tareas y estés en casa antes del anochecer. —No podía creer que estaba emitiendo tal edicto, pero simplemente volvió a su hilado, como si estuviera siendo castigada. Sí, tal vez ella me estaba castigando por disfrutar exultante de alegría de la Diosa. A veces era imposible entender a mi madre.

—Pero mamá...

—Por favor, señora —Kyra le rogó.

—He tomado mi decisión, y ¡qué es eso! —Mamá se enfureció. A pesar de que no se molestó en mirarme, su enojo era palpable.

La respiración se precipitó fuera de Kyra mientras me lanzó una mirada desesperada.

Yo sabía que tenía que salir de la casa antes que mi noticia estallara como una ceniza saliendo de la chimenea.

—Los objetos filosos que necesito para el hechizo —le dije, pensando en voz alta—. Tengo una buena oportunidad de encontrar cosas a lo largo de la carretera. Puntas de lanzas rotas y piedras puntiagudas y tal.

Mi madre dejó de dar vueltas, considerándolo.

—Y ahí está la herrería —le dije—. Él está seguro de tener algunos metales desechados y puntas de flecha.

—¿Por favor? —añadió Kyra.

Mamá se tocó la frente.

—Al menos estás pensando como una bruja ahora mismo.

—Y vamos a estar de vuelta a tiempo para Esbat —le dije. Después de que oscurecía nuestra secta se reunía para celebrar la semilla de abril de la luna. Era una época de desterrar las influencias no deseadas y lanzar hechizos de protección, un momento perfecto para ayudar a la MacGreavys a salir de su dilema.



—Muy bien, entonces, puedes ir —cedió mi madre—. Pero no te olvides de tus tareas. No voy a tener los MacGreavys sin un hechizo de protección, porque una hija mía descuide sus deberes.

—Sí, mamá —le dije, sintiéndome una vez más como la hija explotada de la suma sacerdotisa. Lo odiaba, pero a menudo me sentía como si hiciera el trabajo, mientras que ella conseguía la gloria.

Agarré mi velo y capa, sin atreverme a cuestionar el cambio de mi madre de corazón. La piedra rosa estaba en mi bolsillo, un recordatorio del vislumbre del hechizo fantástico que había conjurado, y aunque se la había prometido a Kyra, ahora tenía miedo de separarme de ella. Por lo tanto me había colado en el gabinete de mamá por la mañana y encontré una piedra que podría hacer igual de bien para Kyra, una pálida piedra de luna verde, que era conocida por promover el amor y la compasión.

Antes de llegar al final de la ruta, le dije a Kyra de mi encuentro en el bosque y el hechizo que la espléndida Diosa me había dado. Mientras hablaba, su boca se abrió, dejando caer su mandíbula por el asombro.

—¡Un beso! —Se llevó la mano a la cara—. ¿Dejas que un extraño te bese?

—No es un extraño —le dije con confianza—. Es una bruja de sangre. Mi *mùirn beatha dàn*, estoy segura de ello.

—¿Quién podría ser? —Kyra se preguntó—. ¿Y de qué clan?

—Voy a descubrir su nombre y el clan hoy. Nos reunimos esta tarde —le dije, sonriendo a la promesa de ver el brillo de sus ojos de nuevo. Metí la mano en el bolsillo, saqué la piedra rosa y la levanté hacia el cielo. No brilló ni parpadeo al sol.

—¿Esa es la piedra rosa? —Kyra preguntó, mirándolo—. Oh, a la Diosa, desprende energía.

Mientras soñaba con encontrarme con él de nuevo, Kyra seguía y seguía con serias advertencias. Cómo no debería confiar en un extraño. Cómo no debo advertirle a nadie de otra secta. Cómo estaba mal mentir a mi mamá. Cómo no debería haber encantado la piedra en primer lugar.

—Sí, pero no tenías ninguna objeción cuando iba a ser encantada para ti —señalé.

—Tienes razón. —Pasó una trenza sobre el hombro y suspiró—. Soy una tonta en el amor, y ahora incluso he perdido mi oportunidad de tener un amuleto.

—No desesperes. —Tomé la piedra de luna de mi bolsillo y se la presenté con una reverencia—. Esta piedra promueve el amor y simpatía. Y oí a una de las brujas del

Cate Tiernan

aquejarre hablar de su capacidad mágica para calmar una pelea de enamorados. Ayuda a abrir las emociones entre dos amantes.

La cara de Kyra se volvió rosa.

—Sin embargo, ¡Falkner y yo no somos amantes!

—Ah, pero lo serán —bromeé con una voz de burla—. Vamos a parar en mi círculo y cargar la piedra de la luna para ti.

Mi círculo en el bosque estaba en el camino a Kirkloch, y Kyra había estado allí antes para la recolección y la práctica de hechizos de la nuestra. Kyra, siempre me aplazaba, ya que las dos sabíamos que mis poderes con la Diosa eran fuertes. En los últimos tiempos, algunos de los convocantes de Síle parecían darse cuenta de mis poderes. Una vez, mientras estaba Síle pintando bajo la luna, los convocantes vieron que un halo de luz me envolvía. A mí, no a la sacerdotisa. Mi cuerpo temblaba con la fuerza de la vida esa noche, pero mamá apenas había dicho una palabra más allá de recordarme a mí misma conectar la tierra cuando los ritos terminaran. A veces yo realmente creía que tenía envidia de mis poderes.

Barrí el círculo con la escoba, la limpieza es para el hechizo. Luego coloqué la piedra de luna sobre el altar y uní la mano con Kyra.

—¿Quieres poner el hechizo de tu encanto? —le pregunté.

—¿Lo harías por mí? —Se volvió hacia mí, sus ojos oscuros suplicando—. Tienes un fuerte vínculo con la Diosa, creo que es mejor viniendo de ti. Todo el mundo sabe que eres como la gran sacerdotisa que viene, cuando Síle disminuya.

Le apreté la mano, sintiéndome halagada.

—Yo no sé porque todo el mundo lo ha aceptado por el momento. Las propias preguntas de mamá de mis hechizos y mi paradero de cada minuto de cada día.

—Ella está tratando de enseñarte.

—Bueno, si el castigo y la desaprobación son la docencia, no voy a ser su alumna.

—Me fui al altar, donde la piedra de luna se posó a la luz del sol moteada. Mamá siempre decía que los hechizos eran emitidos mejor de noche y sin duda era más seguro, pero era casi imposible de robar y que hiciera magia bajo la luz de la luna con ella mirándome mientras lo hacía. Después de asegurarnos de que estuviésemos solas, le hice una reverencia a la Diosa, pidiéndole su bendición para esta piedra. Como siempre, llamé el poder de la tierra, el viento, el agua y el fuego. Entonces me volví y le entregué la piedra de luna a Kyra.

—Un momento al lado del latido en el pecho —le dije.

Apretó la piedra hacia el corpiño de su vestido.

Sentí el poder por encima de mí. Levanté la barbilla, vi la luna en el cielo a través de un claro en el círculo. Era plena y visible hoy en día, zumbando con la fuerza vital y el poder. Tanto poder para el Esbat de esta noche. Me fui a mi escondite de herramientas y saqué mi daga, una varita larga que había hecho de una rama de un árbol y una piedra preciosa en punta que había visto en el río. De pie en el centro del círculo, la daga en la mano derecha, sentí el temblor en la luna coronando sobre los árboles. Levanté los brazos encima de mí y apreté ambos en la base de la daga.

—Ahora dibujaré el poder de la luna dentro de mí misma —le dije—. La fusión con su poder, la esencia pura de la Diosa. —Mi respiración se hizo fuerte y rápida, la luna brilló en la punta de mi daga. Podía sentirlo ahí, fluyendo hacia abajo sobre la piedra afilada. Dejo que la luna llena se refleje en la daga, y bajándola, presiono su punta fuertemente en mi pecho. A la vez el poder recorría a través de mí. Plata fundida llena mi pecho, mi cuerpo, todo mi ser. Junto a mí oí a Kyra gritar, pero no podía volver la cabeza para mirar por encima, estaba muy concentrada en el dibujo de la luna.

Cuando estaba totalmente saturada, me di la vuelta y señalé con mi daga a Kyra, tocándole el pecho para que el poder volara a ella. Sus ojos oscuros reflejaban la luz plateada mientras observaba lo que transmitía a través de mi daga.

—En este día y en la hora que te invoco, antiguo poder —le hablaba lentamente, de manera constante—. Kyra tiene una necesidad que debe ser cumplida, un verdadero amor, llamar a Falkner para ella. Encanto esta piedra, oh Diosa de la luz. Trae su amor para apreciar y deleitar.

El hechizo terminó, alejé la daga y caí al suelo, tirando de Kyra a mi lado. Había aprendido de los círculos de aquelarre que tanto poder debilitaba a una bruja, lo que hace la luz debilita a la cabeza y el cuerpo.

La conexión a la tierra es esencial.

Después de unos momentos Kyra se sentó, sopló la suciedad de sus manos.

—La Diosa verdaderamente te ha bendecido, Rose —dijo ella—. La forma en que llamas a su poder, es como un círculo con los ancianos, que tienen una experiencia mucho mayor.

—El poder corre en mi sangre —le dije, sin presumir ni sintiendo miedo por ella. Yo había llegado a aceptar que mi destino estaba entrelazado con la Diosa, aunque mi propia mamá no estaba tan segura.

Parecía que había pasado horas dibujando bajo la luna, pero el sol todavía estaba alto en el cielo claro. Cuidadosamente escondí mis herramientas, y volvimos a la carretera de Kirkloch.

Cuando llegamos a la reunión de cabañas en el borde de Kirkloch, Kyra decidió ir directamente al mercado, pero yo no tenía que ir.

—Tenemos que parar primero con el herrero —insistí—. Necesito objetos punzantes para esta noche de protección.

Sus mejillas se sonrojaron.

—Sí, ¿y cuyo padre pasa a ser el herrero de Kirkloch?

Era nada menos que el Falkner, que yo conocía.

—Estoy aquí para ayudarte a ir más allá de tus miedos. —Me estaba burlando de ella—. ¿Dónde estarías sin mí, Kyra? ¿Oculta en tu casa, bajo las faldas de tu mamá?

—Yo no lo haría —insistió, pero se acercó y me besó en la mejilla a la ligera—. Pero tú eres una buena amiga, Rose MacEwan. Una verdadera amiga.

Sonreí, segura de que nuestros destinos iban a estar llenos de amor y felicidad. Fue una buena sensación después de todo lo que había caído sobre mí en los últimos tiempos, el peligro inminente de persecución de los cristianos, el odio desleal por parte de todos los clanes rivales. Tomé la mano de Kyra y salté por delante alegremente.

—¡Voy a dejar mi canasta! —protestó ella, riendo.

—Bueno, entonces, agárrate fuerte —le dije mientras le arrastraba. Fuera de la herrería, le permito componerse a sí misma antes de que nos agacháramos junto al poste y enfrentáramos el calor atronador del fuego bajo el alero. Ahí estaba el habitual torbellino salvaje de actividad cuando los herreros tocaban y golpeaban herraduras y similares, chispas volando y el fuego siseando.

Trajo a mi mente las muchas veces que había acompañado a Kyra aquí y, de hecho, a otros lugares en búsqueda de su amado Falkner, que ahora estaba a un lado, empujando el fuego con un palo largo. ¿Cuántas veces tuve que animarla a hablar con él, sonreírle, llamarlo por su nombre? Todo fue en vano. Por lo general le dirigía una mirada asustada, y luego se escondía lejos.

Pero hoy sería diferente.

Por el poder de la Diosa, mi Kyra tendría el amor de su chico.

Cate Tiernan

—Toca la piedra de luna —le susurré a Kyra.

Reflexivamente ella presionó su dedo en su cuello, donde había colgado la piedra sobre un trazo de cordel. Sus ojos se iluminaron por Falkner, quien levantó la vista del fuego...

Y dejó caer su atizador.

Era como si nunca antes hubiera visto a Kyra. Su caliente cara colorada se puso pálida mientras ignoraba el atizador y cruzaba a la barandilla donde estábamos. Kyra bajó sus ojos, pero su gran sonrisa revelaba su interés mientras lo saludaba y le ofrecía una galleta. Falkner aceptó agradecidamente pero no sacaba sus ojos de ella mientras levantaba el pedazo a la boca y le daba un mordisco.

Me palmeé la mejilla, muy contenta con que el encanto estuviera trabajando.

Bendito sea. Todo gracias a tu poder, dulce Diosa.

Falkner y Kyra todavía se estaban mirando el uno al otro cuando el padre de Falkner, un brujo en nuestro aquelarre, terminó con un cliente y nos saludó con un “buen día”.

—¿Y quién ha estado horneando aquí? —preguntó. Yo conocía a John Radburn de varios círculos. Él era un hombre jovial, mucho más enérgico que su hijo.

—Yo horneé con mi mamá —dijo Kyra, levantando la tela para ofrecerle una galleta.

Él tomó una y la colocó sobre un plato de estaño.

—Esto va a ir muy bien con mi cerveza del mediodía, gracias. ¿Y con qué puedo ayudarlas, jovencitas?

—Nosotras vinimos a vender las galletas en el mercado —dije—. Pero ya que estoy aquí, ¿te importa si curioso para encontrar restos de objetos afilados? Mi mamá los necesita para... para ahuyentar a los cuervos de su jardín —mentí. El herrero Radburn probablemente sabía de un hechizo de protección para ser lanzado sobre el molino, pero no lo diría para tener a forasteros escuchando por casualidad la conversación de nuestra magia.

—Sírvete tú misma. —El herrero movió la punta de la bota a través de la tierra para revelar unas cuantas piezas irregulares de metal.

Él las recogió y las puso en la baranda delante de mí.

—Pero recuerda no tocar nada que todavía esté caliente.

—Tendré cuidador, señor —dije, deslizando los objetos en una bolsa gruesa.



El herrero volvió a su trabajo, y me puse a buscar en el suelo objetos punzantes. Falkner me ayudó un poco mientras hablaba con Kyra; luego él, también, regresó para atender el fuego. Cuando tuve la bolsa llena de clavos astillados, fragmentos y puntas de flechas, Kyra y yo le agradecemos al herrero y nos alejamos.

Falkner hizo un emocionado gesto de despedida, como si Kyra acabara de traerle un regalo inestimable.

Ella me apretó el brazo a medida que avanzábamos hacia el mercado.

—¿Lo viste? Tu hechizo funcionó. ¡El encantamiento está extrayendo su amor!

—Por supuesto que funcionó —dije—. No puedes dudar de la Diosa.

—No, pero tuve dudas sobre cuán fuertemente uno puede estar conectada a ella. Hasta ahora. ¡Tú convocaste su poder para traerme amor! ¡Oh, Rose, esta es la cosa más maravillosa!

—Sí. —Pensé en mi chico misterioso. Aún no sabía su nombre.

—Y podré ver a Falkner esta noche en el círculo de Esbat. Y en todos los círculos. Y a partir de ahora, cuando me mire, realmente me va a ver en vez de mirar a través mí. ¿Qué podría ser mejor?

—Lo que me recuerda mi cita de esta tarde. Vamos a hacer rápidamente lo del mercado entonces podremos volver rápidamente.

Kyra asintió.

—Voy a vender las galletas a un vendedor, y volveremos a casa. —Mientras ella negociaba con los comerciantes en el mercado, vagué por delante de coches con brillantes cintas de colores, pasteles de carne de cordero, frutas frescas y vegetales. Un pequeño cerdo negro chillaba mientras los niños lo perseguían a través del laberinto de carros. Se apiñó más allá de las faldas de una mujer gorda y se lanzó hacia el cementerio.

Volví al carro de los vegetales, mis dedos pellizcando una papa. ¿Valía la pena el precio para espesar nuestro estofado Esbat? Podía sentir que el vendedor era una bruja de sangre. Mirando hacia arriba, vi que me estaba viendo con recelo.

—Una cosa rara, la papa —dijo una voz familiar—. Cuando excavas la tierra, uno tiene que preguntarse, ¿esto es algo para comer o una piedra para ser tirada?

Mi corazón cantó mientras me volvía hacia los brillantes ojos azules. ¡Era mi chico!

—Sí, señor, no me gustaría comer una piedra, pero haría bien en un estofado —dije, sosteniendo dos papas para él.

—Hmmm. O para los trucos de un bufón. —Tomó las dos papas y comenzó a arrojarlas hacia arriba, haciendo malabares con ellas acertadamente.

—¡Qué es eso, ahora! —gruñó el vendedor—. ¡No tienes que arruinar mi mercadería, muchacho! —El hombre, luciendo una espesa barba color marrón y la nariz roja, vino alrededor de su carro, estampando un pie en mi amado.

—Tranquilo, amable señor. —Mi chico detuvo su malabarismo y dejó las papas—. No las he dañado en lo más mínimo.

El vendedor miró furioso de él hacia mí, sus ojos estrechándose mientras estudiaba mi pequeña estatura y mi oscura coloración.

—Y tú las estabas tocando. —Él se acercó a gruñir en voz baja hacia mí—. Tú eres una Wodebayne, ¿no?

—Lo soy —respondí sinceramente, asombrada como estaba que él se atreviera a hablar abiertamente de los clanes y aquelarres en público.

Me volví hacia “mi” chico, preguntándome si lo había oído. ¿Sabía que yo era una Wodebayne, uno de los también llamados malvados? Si él lo oyó, no parecía intimidado por el hecho. Estudió al vendedor con una mezcla de repugnancia y curiosidad.

—Entonces tú —se quejó el vendedor, casi respirando en mi cuello—, no estás autorizada a tocar mi mercadería. ¿Cómo sé que usted no ha lanzado un hechizo oscuro sobre mis productos para que la persona que los coma no caiga con una tos atroz? O con un forúnculo horrible. ¡O quien sabe si una fiebre ardiente!

Mis sentidos se agitaron con alarma ante su ataque. El único consuelo era que este hombre, cualquiera que sea su clan, no quería poner los pelos de punta a la gente de este pueblo Cristiano.

—Señor, yo no lanzo hechizos dañinos —dije suavemente.

—Eso es lo que dicen todos los de tu tipo —gruñó el vendedor de nuevo, repentinamente consiente de que los ciudadanos estaban prestando atención.

Todo a nuestro alrededor parecía como si la gente hubiera dejado sus trabajos y conversaciones para mirar. Podía sentir la multitud cerrándose, observando, esperando. Las brujas entre ellos probablemente estaban esperando que la chica Wodebayne recibiera su merecido. Sentí un nudo en la garganta, no tanto por la desaprobación de la multitud sino que mi chico podría ser arrastrado a través de este alboroto. Y seguramente el odio de los Wodebaynes podría espantarlo lejos.

Cate Tiernan

—¡Un momento! —interrumpió el muchacho, manteniendo las papas en alto en sus manos. Él las levantó, pesando y midiendo con cierto grado de drama—. Ellas no hablan, y no veo ningún mensaje críptico tallado entre sus monturas. Allí verdaderamente no hay encantamientos —le dijo al vendedor—. Pero las papas ciertamente pueden ser más deliciosas habiendo sido tocadas por las manos de una hermosa doncella.

Unas pocas personas rieron, y él les asintió, sus pómulos altos y tensos por encima de su amplia sonrisa. La multitud empezó a alejarse. De alguna manera mi chico había disuelto la oleada de odio contra mí.

El vendedor cruzó los brazos sobre su pecho, todavía no satisfecho.

—Debo insistir, señor, que me deje comprar estas dos papas, ningún otro lo hará, porque encuentro que no puedo salir del mercado sin ellas.

El vendedor tomó la moneda del chico y se deslizó por atrás de su coche.

—Gracias, señor. Un placer hacer negocios con usted —llamó el muchacho. Él giró y me entregó las papas—. Mi regalo para usted. A pesar de que difícilmente pueda cubrir la manera en que ese ogro la trató de difamar.

—Su odio no me sorprende —dije—. He llegado a esperarlo, aunque no sé si alguna vez me voy a acostumbrar. —Puse las dos papas en los bolsillos de mi falda, donde rebotaban contra mis caderas.

Él miró con temor y reverencia.

—Ojalá pudiera aventurarme a donde ellas van —dijo roncamente.

Me reí ante la temeridad de sus palabras, aquí en el mercado abierto.

—¿No eres un perverso? —dije—. Cuando no estás colgando de árboles en el bosque, rescatas doncellas Wodebayne de multitudes locas, entonces sueñas con sus faldas.

Se encogió de hombros y me miró alegremente.

—¿Y me desprecias por eso?

Levanté la vista a su bello rostro y sentí el ritmo de mi fuerza de vida incrementándose.

—No, no, al contrario.

—¡Rose! —llamó Kyra, convocándome—. ¡Debemos irnos!

—¿Rose? —repitió él—. ¿Cómo la rosa en el rosal, suave y dulce, pero lista para pinchar un dedo cuando se acercan por el camino equivocado?

Cate Tiernan

—Así soy.

Él bajó su cabeza, el pelo cayendo sobre sus ojos en un velo secreto.

—Hablaemos más tarde, Rose.

Asentí, tratando de recordar cada detalle de su aspecto sensual, su cabello liviano marrón claro, sus ojos azul cielo, sus anchos hombros y largas piernas, delgadas pero fuertes.

Con una profunda respiración me di la vuelta y me uní a Kyra, quien aparentemente había presenciado la escena con el furioso vendedor.

—¡Estaba tan asustada por ti! —dijo—. ¿Qué piensas que quería el hombre? ¿Podría encerrarte en la cárcel porque tocaste sus productos? Todo el mundo examina la mercadería antes de negociar.

Negué con la cabeza, sintiendo una sensación de calidez, tierno amor. Se envolvió como un manto de seguridad, sólo sabiendo que mi chico se preocupaba por mí, estaba dispuesto a luchar por mí.

—El hombre estaba lleno de odio hacia los Wodebayne. No sé de qué clan viene, ¿pero viste lo que pasó? ¿La forma en que mi chico me rescató? Él es el chico del que te he hablado. Él es un héroe. “Mi héroe.”

—No estoy segura de eso —dijo Kyra con pesar—. Falkner lo conoce, Rose. Su nombre es Diarmuid, y es un Leapvaughn. No uno de nosotros.

—Diarmuid —dije, saboreando el sonido de su nombre. Lo repetí una y otra vez en mi mente.

—Él no puede ser tu amor verdadero, Rose. Falkner y yo tememos por tu corazón. Él te odiará tanto como su clan odia a los Wodebaynes.

—Sí, pero él no lo hace. Esa es la bendición de la Diosa. No importa si es Leapvaughn, Braytindale o Wyndonkylle. Él tiene buen corazón. Diarmuid no odia sin una razón. ¿No lo ves? Me defendió de ese vendedor. ¡Tendría que tirar las papas de ese viejo ogro en el arroyo!

—¡Él era un hombre horrible! —Kyra presionó su mano en su garganta, tocando su piedra de luna encantada—. Estoy de acuerdo con que Diarmuid te salvó. Te voy a conceder eso, y es un chico guapo. Falkner dice que no es de Kirkloch. ¿Donde vive él, Rose?

—Eso no lo sé, pero voy a averiguarlo. Debo amar este regalo de la Diosa.

Kyra negó con la cabeza.



—Pero él no puede ser un regalo de la Diosa, Rose. No un chico Leapvaughn.

—¿Puedes parar de decir eso? No voy a permitirte que seas tan estrecha de mente.

—Pero involucrarse con alguien de otro clan...

—Lo sé. —La realidad de eso me apuñaló. Diarmuid y yo tendríamos que hacer frente a más de nuestra parte de enemigos. Pero mientras caminaba a lo largo, las palabras de mi madre volvieron a mí. Ella siempre decía que los otros clanes un día verían lo bueno en los Wodebaynes.

Tal vez había sido elegida para ayudar a que el mundo vea nuestra bondad.

Me levantó el ánimo saber que Diarmuid ya vio la bondad dentro de mí. No podía esperar para verlo de nuevo.

Kyra caminó a mi lado, observando.

—Tú luces más enamorada ahora que antes de que supieras que él no era uno de nosotros. Pero entonces, siempre has sido terca, Rose MacEwan.

—Sí —dije, pensando en los ojos de Diarmuid, sus sugestivas palabras, su fuerte mandíbula—. Pienso que la Diosa tiene un plan —le dije a Kyra—. Y no dejaré a nadie entrometerse con “su” regalo para mí. No seré intimidada.



capítulo 4

A t r a y e n d o l a L u n a

*Traducido por Ellie y SOS Susanauribe
Corregido por Haushiinka*

—Me preocupa, Rose. Sé que piensas que puedes luchar tus propias batallas, pero a veces temo por ti, mi niña. —Mi madre restregaba las papas frenéticamente, molesta por lo que había sucedido en el mercado en Kirkloch.

Por supuesto, yo no le había dado todos los detalles de la historia. Había dicho que Diarmuid era un vendedor ambulante, probablemente un Wodebayne del norte. Y aunque no mencioné que algunas personas en la multitud parecían ansiosas de unirse a la golpiza de Wodebaynes, creo que ella lo entendió. Fuera por su visión interior o simplemente su experiencia, mamá había pasado su vida aguantando los prejuicios de otros.

—Pero se terminó, mamá —la alenté—. Terminó poco después de que empezó, y conseguimos dos buenas papas de ello.

Ella se giró, su rostro en las sombras para que no pudiera ver más que los huecos de sus ojos. —Le daré gracias a la Diosa por mi cena, no a algún vendedor insolente con odio en su corazón. —Su voz sonaba forzada, y creí ver algo en su mejilla: una lágrima oscura. ¿Estaba llorando?

—¿Qué sucede, mamá?

Sacudió la cabeza. —Este odio hacia los Wodebaynes tiene que terminar, Rose. Había esperado que disminuyera durante tu juventud, pero en su lugar parece estar aumentando como un río durante las lluvias de primavera.

Cate Tiernan

Quería decirle que el prejuicio contra nosotros no pesaba tanto sobre mí ahora, no desde que había encontrado a Diarmuid. Él era una ventana de luz, mi escape del odio oscuro que parecía estar cerrado alrededor de los Wodebaynes. Quería ir hacia ella, tocar su hombro y aliviar su dolor...

Pero no puedo.

Sabía que hablarle de un chico, especialmente un chico de otro clan, la alteraría aún más. Y temía que si la tocaba, si descansaba mi cabeza en su hombro o acariciaba su brazo, ella sabría la verdad: que la Diosa había intercedido, trayéndole a su hija el amor verdadero.

Fui hasta ella y saqué las papas en mi delantal, entonces las dejé caer en el caldero sobre el fuego. Los deliciosos aromas del tomate, las hierbas y los frijoles ya se elevaban del hervidor.

—La luna está llena ya —dije, ansiosa por cambiar el tema—. Puedes verla en el cielo de día, colgando grande sobre tu cabeza. —Batí el estofado, hablando por sobre mi hombro—. Querría ir y atraerla, mamá.

Otra mentira pero, ¿qué podía hacer?

—Esta es la Luna de Semilla² —dijo—. Tendremos un buen Esbat³ esta noche.

Di un paso lejos del fuego y me quité el delantal. —Ya reuní todo lo que necesitamos para el hechizo de esta noche. John Radburn fue muy útil.

Ella asintió. —Puedes ir. Pero no tardes mucho. Tenemos algunas cosas que hacer antes del círculo.

Me moví lentamente, tratando de ignorar el sonido de la sangre corriendo en mis oídos que me instaban a apresurarme y correr a encontrarme con Diarmuid. Colgué mi delantal en la baranda de afuera, controlando mis pasos mientras aún estaba a la vista de nuestra casa.

Uno, dos, tres... Cuatro pasos más cerca a él.

² **Luna de Semilla (Seed Moon):** es la luna del mes de Abril, ideal para hechizos que tengan que ver con algo que quiera incorporarse en la vida para que dé sus frutos.

³ **Esbat:** Los Esbats son las celebraciones Wiccas que se realizan en cada fase de la luna.

Cate Tiernan



El tener que esperar era casi intolerable.

Finalmente alcancé los arbustos al final del sendero. Sin mirar hacia atrás, me recogí las faldas y corrí hacia delante, asustando a un pequeño conejo a un lado del camino. Corrió adentrándose en los arbustos, y yo reí. —No te lastimaré, pequeño —dije mientras corría.

Cuando me acerqué a nuestro lugar de encuentro, mi cuello y mis manos estaban húmedos con sudor. Ralentiqué mi ritmo a una caminata vigorosa, fregándome el cuello con una tela que tomé de mi bolsillo. Recordé que la piedra rosa aún estaba allí, y me detuve para tomarla en mi mano y sostenerla contra la resplandeciente luna del día.

—Te doy gracias, Diosa, por el uso de tu poder.

Cuando bajé las manos, la piedra centelleó, viéndose más alegre y atrayente que nunca. Levanté la parte superior de mi vestido y dejé caer la piedra en el hueco entre mis senos. Su tibio resplandor hizo su magia allí, procediendo del centro de mi cuerpo como un rayo de sol abriéndose camino entre las nubes.

—¿Rose?

Era él. Pareció directamente frente a mí, colándose entre los árboles como si se hubiera manifestado del aire.

Me reí con nerviosismo. —¡Mi amor! ¿Cómo es que pareces aparecer de ningún lugar?

Mi chico rió entre dientes, sus ojos arrugándose en los rincones. —Hice un hechizo de no-ver, Rose. ¿Los conoces?

Asentí. Es un hechizo sencillo que uno hace cuando quiere ocultarse de otros ojos. Yo nunca lo había presenciado de forma tan convincente. —Diarmuid —dije, adorando el sonido de su nombre.

—Entonces, me has descubierto. —Se movió más cerca, sonriendo y llegando hasta mí. Le di mi mano y me sobresalté por una hermosa chispa de magia. Él me dirigió por el sendero, hacia mi altar especial—. Supongo que también has aprendido que soy un no-digno-de-confianza Leapvaughn.

—Un Leapvaughn, sí, aunque te encuentro confiable. —Levanté el mentón para estudiar su rostro—. Puede que estés lleno de trucos, columpiándote de los árboles y haciendo malabarismos con verduras en el mercado. Pero te encuentro honesto.

—Creo que eres más sabia de lo que indicarían tus años, Rose.

Bajo la cobertura de los árboles, él me tiró en sus brazos, mi cuerpo apretándose contra el suyo. Yo nunca había conocido a un hombre o a un chico de esta manera, sintiendo sus piernas y su pecho y sus manos sobre mí, envolviéndome, incitando descontrolados pequeños incendios debajo de mi piel.

¿Quién habría imaginado el poder del amor?

Yo había sentido el poder de la Diosa en muchas ocasiones, atrayéndome, pero nunca había sentido este deseo increíble de tocar a otra persona, de combinar nuestros cuerpos en la más sencilla de las uniones.

Bajó su cabeza, sus labios suaves encontrándose con los míos. Tomé su aliento y caí en su beso, un largo y dulce beso. Entonces otro, y otro, y pronto nos tocábamos el uno al otro y realizábamos un baile de besos. Primero suaves, entonces duros, luego ligeros, y entonces oscuros y tortuosos. Envolví mis brazos alrededor de su cuello, entregándome a él, y nos derrumbamos sobre un colchón de musgo, aún besándonos.

No sé cuánto tiempo estuvimos así, sumidos en un coro de gemidos y suspiros jadeantes. Cuando nos separamos y nos acostamos lado a lado, mirando hacia arriba al cielo de la Diosa, nuestras palabras parecieron brillar como hojas en la brisa del verano.

Aprendí que él vivía en Lillipool, una aldea de Leapvaughn a varias millas de camino. Su padre era un pastor, un trabajo que Diarmuid odiaba. Prefería el comercio, lo que su padre raramente le permitía manejar. Había estado en Kirkloch comerciando ovejas en una subasta el día en que nos encontramos. Le conté que mi padre había muerto cuando yo era joven, y que vivía con mi madre, quien era la suma sacerdotisa de nuestro aquelarre.

—No me importa que seas una Wodebayne —dijo—. Ni me importaría si fueras Ruanwande o Burnhyde o la hija de un dragón. Te amo, Rose. Tal y como eres.



Metí mi mano en la apertura de su camisa, sintiendo su tibio pecho. —Mis amigos no pueden creer que haya caído en los brazos de un Leapvaughn. Pero aquí estoy, en cuerpo y alma.

—Somos mùirn beatha dàns —susurró.

Yo asentí en silencio. Sí... mi amor lo sabía también.

Dos días, apenas habíamos tenido tiempo de conocernos. Sin embargo estaba completamente segura de que él había dicho la verdad.

Éramos almas gemelas. —Entonces estamos destinados a ser —dije.

—Sí, la Diosa ciertamente nos ha unido. —Sus dedos acariciaron el cabello en la base de mi cuello—. ¿Quién podría imaginar que Ella me traería a una pequeña chica Woodebayne, con cabello tan negro como el cielo Samhain?

—Ésta es una pareja extraordinaria, de seguro. Pero la Diosa debe tener un propósito. —Miré al cielo, viendo dos nubes moviéndose rápidamente interviniendo en el camino de la otra, mezclándose en una—. ¿Crees que somos un ejemplo para todos los clanes? ¿Para probar que si dos de nosotros, miembros de clanes rivales entre tantos riales, puede estar juntos en paz, también pueden todos los clanes?

Diarmuid se sentó y alzó mis hombros de la tierra. —Somos los campeones del amor. Nuestra unión establecerá diferentes clanes. El final de las guerras de muchos años. —Sonrió orgullosamente—. ¿Podría ser que la Diosa nos escogió para una tarea tan noble?

—Seríamos el ejemplo de la armonía debajo del cielo azul de la Diosa —Me incliné hacia adelante, acariciando mi mejilla contra la suya—. Una tarea noble, sin embargo una tarea difícil completamente.

—Mmm... —Sus labios encuentran los míos para otro profundo beso.

Me derretí contra él, sabiendo que era verdad. Habíamos sido escogidos. Lo nuestro sería un amor extraordinario.

El hechizo brillando encima de mi pecho era sólo el comienzo de todo, gracias a la Diosa. Sabía que necesitábamos ir a rendirle tributo a Ella.



Cuando el beso terminó, me levanté y preparé el círculo, limpiándolo con mi escoba. Sin desperdiciar palabras, Diarmuid se unió al ritual de limpieza, trabajando tan naturalmente conmigo que sentí como si hubiéramos sido criados en el mismo aquelarre. Él recogió dos manos llenas de suciedad y las esparció alrededor del círculo, moviéndose tan hermosamente que casi me pierdo en el ritual de limpieza.

Diarmuid se volteó hacia el este y estiró sus brazos.

—Ustedes Atalayas del Este, los invoco, despierto y llamo, para ser testigos de este rito y mirar por encima de este círculo. —Movié sus manos por el aire, dibujando algo. ¿Una estrella? No, un pentagrama.

Miré en confusión mientras él se movía hacia el cuarto del sur del círculo y hacía una seña hacia los Atalayas allí. Esta práctica, nunca la había visto, y me pregunté por las muchas cosas que aprendería de él.

Cuando él había llamado a los Atalayas del norte y oeste, terminamos juntos en el centro del círculo, frente al altar.

Levanté mis manos a la luna. —El círculo es un vacío, y estamos entre los mundos. Estamos lejos de los lazos del tiempo, en un lugar donde la noche y el día, el nacimiento y la muerte, la alegría y la pena se conocen como uno.

El bosque pareció silencioso de repente, nuestro círculo, un cielo de paz aparte de las guerras de los clanes cercanos y habitantes deprimidos.

—Oh Diosa todopoderosa, he venido este día honrar tu presencia y darte las gracias por traerme a Diarmuid. Quienes antes éramos dos nos convertiremos en uno, Diosa, mientras nos dedicamos a Ti.

Fui al altar y retiré una bolsa de mi bolsillo. Estaba llena de salvia seca, buena para la protección y sabiduría. Vertí la salvia en el altar, la aplaste finamente con una piedra lisa y presioné los pequeños copos en la palma de mi mano.

—Ofrecemos salvia —dije, regresando al lado de Diarmuid—. Salvia para la protección contra aquellos que nos hieran. —Vertí la hierba en copos sobre la cabeza de Diarmuid, y luego en la mía—. Salvia para la sabiduría de cumplir con la voluntad de la Diosa. —Sostuve mi mano hacia el rostro de él, y él movió su cabeza hacia atrás. Espolvoreé salvia en su lengua, luego vertí lo que sobraba en mi



Cate Tiernan



propia boca—. Salvia para protección y sabiduría —dije, sintiendo una bruma sobrecogiéndome.

—Pero ya eres sabia —Diarmuid dijo, tomando mis manos. Él comenzó a girarnos en un círculo. Nos movimos lentamente, pero la tierra parecía acelerarse debajo de nuestros pies—. Hemos sido elegidos. La Diosa nos miró con favoritismo. ¿Cómo es que Ella te conoce tan bien?

—Yo, Rose, soy la Diosa encarnada —respondí. No estaba pensando. ¿De dónde habían venido esas palabras? ¿Habías escuchado a mi madre cantarlas en el rito de Esbat hace mucho, o la Diosa había levantado mi lengua como un ave de cuatro alas?

Todo mi mundo estaba girando, mi cabeza mareando con el movimiento zumbante. Con mis manos unidas con las de Diarmuid, levanté mi rostro al cielo. Se abrió ante mí, enviando una hoja de luz hacia mi pecho.

La alegría me levantó de mis pies. De repente mi estómago estaba ácido, mis piernas volviéndose papillas debajo de mí. La tierra parecía acelerarse, chupando mi sangre.

La próxima cosa que puso fue que mi mejilla estaba presionada con la tierra, mis piernas dobladas debajo de mí como un niño amantándose de su madre. Mis ojos estaban cerrados, el zumbido se había detenido. El único sonido era la voz de Diarmuid diciendo mi nombre.

—¿Rose? ¿Estás bien?

Sus manos estaban encima de mí, frotando mis hombros, acariciando mi mejilla.

—Sí. —Suspiré y me senté en sus brazos—. ¿Qué pasó? Nunca antes había sido noqueada de esa manera.

—No lo sé. —Diarmuid me acercó más hasta acunarme contra su pecho—. ¿Estás segura de que no estás herida?

—Sólo... sintiéndome mareada. —Alejé un mechón de cabello oscuro fuera de mis ojos. Estaba asombrada por el repentino ataque de la Diosa. ¿La había molestado?—. Estoy tan confundida. ¿Por qué me pasó a mí?



—He visto algo como eso, pero sólo una vez. Nuestro aquelarre estaba reunido en un círculo para el rito de Esbat, y la Diosa golpeó a una de las brujas, muy parecido. Los del aquelarre como si las manos de la Diosa hubieran bajado, señalándola a Ella como la elegida, su sacerdotisa. Poco después, la mujer fue designada alta sacerdotisa de nuestro aquelarre.

—Alta sacerdotisa... —Froté mis ojos, todavía mareada por una quemadura dentro de mí—. Pero no estoy en el aquelarre buscando ser una líder.

—Ah, pero la Diosa te ha elegido —Diarmuid insistió—. Sé que profundo dentro de mí, Rose, estás destinada para la grandeza. ¿No has pensando del inherente papel de tu madre como alta sacerdotisa?

—Sí, pero no por muchos años. Ma no está lista para ceder su papel, y todavía me ve como un bebé en cuanto a la Diosa. Siempre está revisando mi Libro de Hechizos y tratando de husmear en mis rituales. En verdad, ella no confía en mí.

—Bueno, en eso ella está equivocada. —Diarmuid desliza una mano alrededor de mi cintura, casi quitándome el aire—. Estoy seguro de que estás destinada a guiar tu propio aquelarre, o algo incluso mejor. Eres especial, Rose. No sólo en mis ojos, si no en los ojos de la Diosa.

—Tengo que ir a casa —dije, tratando de ponerme de pie. Tosí, y Diarmuid se arrodilló junto a mí, luego me puse de pie.

—¿Puedes caminar? —preguntó—. Sin inconvenientes te puedo cargar hasta ahí, eres una chica menudita.

Intenté unos cuantos pasos. —Puedo hacerlo. Pero odio irme.

—Te ayudaré con el camino —dijo, levantándose en sus brazos.

Me agarré rápidamente a sus hombros, permitiéndome unos momentos de descanso y protección en sus brazos. Había pedido protección, y la Diosa ya había respondido.

Diarmuid. Él sería mi pilar.

Mi alma gemela.



capítulo 5

El tarro de la bruja: un hechizo de protección

Traducido por Dai y Sprinkling

Corregido por Haushiinka

Cuando la oscuridad cayó, el doloroso zumbido comenzó a establecerse en mí, aunque el recuerdo de eso todavía me asustara.

Mientras Ma⁴ y yo comimos nuestro guiso espesado con papas de Diarmuid, me di cuenta de que ella todavía estaba de un humor severo. Me quedé tranquila, sin querer que descargue su furia conmigo.

Después de que limpié los platos de la cena, Ma sacó un tarro de arcilla para prepararse para el hechizo de protección. —No te creo que nunca antes hiciste el tarro de una bruja ¿lo hiciste?

Negué con la cabeza. —No, pero junté muchos objetos afilados. Tal como dijiste. —Abrí la bolsa gruesa y sacudí el contenido en la mesa, haciendo un ruido metálico.

—Llena el tarro con todo lo que encontraste —me dijo Ma—, y recuerda, hay unas hierbas que tienen que añadirse. Déjame ver. —Tomó su Libro de las Sombras de su escondite bajo el alero de la azotea de la casa de campo y lo puso sobre la mesa. —Es por esto que espero que hagas una crónica de todo en tu Libro de las Sombras, Rose. La mente no siempre recuerda tan bien como el pergamino y la pluma.

⁴ Ma: mamá.



Otra crítica. Dejé caer clavos en el tarro, preguntándome qué tendría que hacer para complacer a mi madre con lo que esperaba de la Diosa.

Mi madre hojeó su libro, sus dientes presionando su labio inferior, hasta que encontró la página correcta.

—Sí, necesitamos salvia y hiedra —dijo ella—, y un poco de laurel nos advertiría de cualquier acto de violencia que provenga de los MacGreavys. —Ella bajó el dedo por la página, asintiendo. —Y mejorana⁵. ¿Tenemos eso en nuestra colección, Rose?

—Creo. —Me levanté de la mesa para comprobar las bolsas que colgaban de las vigas—. Sí, Ma, aquí están. —Mientras coloqué la bolsa sobre la mesa, ella agarró mi mano entre las suyas.

Su toque mandó una chispa a través de mí. Sorpresa, tal vez. Aunque yo ya sabía que me sentía culpable por esconderme tanto de ella.

—Algo ha cambiado, como el viento. —Levantó la mirada hacia mí, sus ojos negros se cerraron en mí—. ¿Por qué tengo el presentimiento de que no me estás diciendo algo, Rose? ¿Estás bien?

Asentí, tratando de mirar a otro lado.

Má se paró, enfrentándome. —¿Qué te pasó hoy? ¿Algo fue mal en tu ritual?

Asentí de nuevo, demasiado asustada por la dolorosa experiencia de guardarlo retenido dentro mío. —Estaba... estaba agradeciéndole a la Diosa cuando Ella me golpeó desde el cielo. —Junté mis manos en mi pecho—. La fuerza me golpeó aquí, tirándome al suelo. Era como un relámpago en un día soleado... ay, Ma, fue doloroso.

Ella me sostuvo entre sus brazos. —Niña, niña ¿Fuiste dañada?

Cerré los ojos y apreté mi cabeza contra su blusa, aliviada por haber sacado afuera la verdad. —Al principio apenas podía respirar, pero ahora estoy mejor. Aunque todavía asustada. ¿Por qué la Diosa me golpearía?

⁵ **Mejorana:** también conocida como orégano.

Cate Tiernan

—Es difícil decirlo. —Ma me acarició el pelo, luego me movió hacia la silla—. ¿Hiciste algo que pudiera ofenderla? Piensa bien, Rose, y se honesta. ¿En qué clase de hechizos estuviste trabajando hasta tarde?

Froté mi frente, preguntándome cómo mantener mi red de mentiras sin tropezarme. Seguramente, mi hechizo de amor por Diarmuid no había ofendido tanto a la Diosa. —Bueno, hicimos un hechizo bajo la luna. Lo hice con Kyra.

—Eso no es un hechizo, creo.

—Hicimos trabajo mágico —insistí—, teníamos un hechizo que necesitaba ser cargado.

—¿Qué clase de hechizo?

Tan pronto como formuló la pregunta, sabía que el problema me estaba amenazando. —Era una piedra lunar para Kyra —dije simplemente.

—¿Y el propósito del hechizo?

—Traerle el amor de Falkner Radburn.

—Oh, por la Diosa... —Ma golpeó su puño contra la mesa, haciendo que el tarro saltara un poco—. ¿Cuántas veces les dije que no intervinieran en el libre albedrío de la gente? Puedes hacer un hechizo o un encantamiento para atraer el amor, pero está mal atrapar el amor de una persona específica. Entrometerse en la vida de una persona para controlar su destino... eso es magia oscura. —Golpeó su puño de nuevo—. ¡Está mal, Rose!

Mi interior se volvió de piedra fría ante su enfado. ¿No podía ver que sólo estaba ayudando a una amiga desesperada?

—¿Por qué todas las instrucciones que te doy vuelan por el aire y caen al suelo? —me preguntó mi mamá—. No me estás escuchando, Rose, y lo de hoy es sólo un ejemplo de como el poder de la Diosa puede dañarte si no practicas brujería como los mayores. ¿Quieres lastimar a las personas, Rose?

—No, Ma —dije en voz baja. Era verdad.

—Entonces ¿por qué insistes en entrometerte en la voluntad de otra persona? Eso no está bien, Rose. Cuando sales a recoger plantas ¿las cortas sin disculparte?

¿Cortas los tallos por voluntad, tomando más de los necesarios, dañando a la naturaleza?

—No. —Pasé los dedos por mi cabello, dejando caer mi barbilla contra mi pecho. Odiaba ser regañada de esta manera. Pensé en el comentario de Diarmuid de que había visto a una mujer abatida de la misma manera porque ella estaba destinada a ser la suma sacerdotisa del aquelarre. ¿Por qué mi Ma no podía siquiera considerar el pensamiento de que había una buena razón? ¿Podría ser que ella sabía que yo había sido elegida por la Diosa para la grandeza, y ella estaba celosa de nuestra conexión? Mi cara se puso roja por la idea.

—Entonces ¿por qué arremeterías así contra una persona, forzando su destino?

No había ninguna respuesta, al menos ninguna que la satisficiera, entonces me quedé callada.

—Debes volver a tus primeras lecciones —dijo Ma severamente—. Empezando mañana, revisarás tu Libro de las Sombras desde el principio. Pasarás menos tiempo lejos con tus amigos y más tiempo estudiando de mi Libro de las Sombras también. Y dejarás de inventar tus propios hechizos hasta que esté segura que realizarás la voluntad de la Diosa. ¿Entiendes?

—Entiendo —dije. Presionando los dientes contra mi labio inferior, preguntándome si se habría dado cuenta de que no le había prometido nada.

Era todo tan injusto. Había intentado ganarme el apoyo de mi madre diciéndole sobre el doloroso golpe del cielo, y en cambio ella solamente quiere inutilizarme.

Si Sile, la suma sacerdotisa, tenía su camino, yo sería encerrada en la casa de campo, secando hierbas e inscribiendo hechizos.

¿Cómo podría dejar de hacer hechizos cuando sabía que la Diosa me estaba llamando hacia ella? ¿Cómo se atrevía mi madre a interferir con el destino que la Diosa tenía para mí?

Ma no entendía sobre mis poderes. Y por su reacción cortante en ese tema, sabía que sería una catástrofe decirle sobre Diarmuid.

Por ahora él sería un secreto, y hasta que mi madre aprendiera a verme más que como su hija incapaz, seguiría siendo un secreto.

Abajo del camino oscuro, Miller MacGreavy dirigió la marcha. Era seguido por su esposa, que caminaba al lado de mi madre, sus voces eran bajas para no despertar a nadie de las casas de campo por las que pasábamos. Yo caminaba detrás de ellos, sintiéndome torpe y cansada. La noche de los ritos de Evan apenas me movió. Sólo enfatizaron como Sile y su aquelarre seguían cansados y desgastados por su camino mientras que yo estuve al borde de abrir una nueva entrada para la Diosa.

La brisa hizo crujir a los árboles maduros con brotes; sus ramas haciendo ruido me recordaron a las campanas tocadas en Esbat.

Tres veces.

—No dañéis a nadie, haz tu voluntad —cantó Sile.

—No dañéis a nadie, haz tu voluntad —repetimos todos.

—De esta manera funciona la bruja de Rede —continuó Sile—. Recuérdenlo bien. Independientemente de lo que desean; independientemente de lo que le pregunten a la Diosa, asegúrense que no dañará a nadie, ni a ustedes. Y recuerden que como ustedes dan, les regresará el triple.

Caminé trabajosamente, tratando de sacar la voz de mi madre de mi cabeza. Había escuchado sus palabras en el círculo tantas veces, podría recitarlas de memoria.

—Soy Ella que te cuida desde ti —dijo Sile, la alta sacerdotisa.

—Madre de todos. Sepa que me alegro de que no me olvides, rindiéndome homenaje a la luna llena. Sepa que tejo la madeja de la vida para ti y cada una de usted...

—Suficiente, suficiente, ¡suficiente! —refunfuñé apretando los dientes. Había escuchado tantas veces las palabras de mi Ma, se habían quedado sin significado para mí.

Cuando nos acercamos al molino, me pregunté si el hechizo de protección de Ma funcionaría. Al menos era algo que me interesaba, como nunca había hecho uno



antes. Miller MacGreavy descorrió el pestillo de la gran puerta del molino, y nosotros cuatro entramos. Durante los rituales de Esbat, Ma y MacGreavy habían convocado a la Diosa para su protección y la del molino, entonces imaginaba que eso implicaría más reparto para el hechizo que el ritual.

Pronto Ma tenía la luz de las velas, y la Sra. MacGreavy puso sus instrumentos sobre la mesa que montamos alrededor. Normalmente habría ayudado con las preparaciones, pero desde que Ma tenía en claro que yo estaba castigada, me contuve. Ma ya había colocado las hierbas en el tarro de la bruja, que ahora estaba en el centro de la mesa, pero yo sabía que había algo más para añadir antes de que lo sellemos.

Cerrando los ojos, Ma alzó sus manos, abriéndolas a la diosa. —Con este tarro de bruja lanzaremos un hechizo de protección sobre el molino y la familia del molinero —dijo ella. Mirando para abajo a la mesa, ella movió la jarra hacia la Sra. MacGreavy—. Necesitamos una gota de sangre tuya. Toma tu cuchillo y hazte un leve pinchazo en tu dedo.

La esposa del molinero presionó la afilada punta del cuchillo contra la yema de su dedo. Una gota color carmesí comenzó a formarse, y ella la dejó caer en el tarro.

Luego mi madre le pasó el tarro al molinero. —Escupe en él —dijo ella. Él lo hizo. Después Ma empezó a sellar la parte superior del tarro, usando la cera caliente de la vela. Mientras trabajaba, cantó:

“Protege a este molino, protege a esta gente, protégelos del daño y la enfermedad. Regresa la oscuridad a quienes la enviaron. Proyecta una luz de bondad a su alrededor, deja que el amor y la protección abunden”.

Mirando por encima del tarro sellado, mi madre le dijo a MacGreavys que uniera sus manos. —Debes permanecer acá, en el molino, mientras Rose y yo damos vueltas alrededor de él con el tarro. Tres veces. —Se puso su capa y fue a la puerta—. Volveremos cuando el hechizo esté terminado.

En silencio seguí a mi madre. Tenía permiso para sostener el tarro mientras trazábamos un gran círculo alrededor del molino. En el lado en que el arroyo era más profundo y rápido, había un puente que lo cruzaba. Pero cuando alcanzamos las sombras del otro lado del molino, era claro que no había camino de regreso.

Cate Tiernan

—No hay un camino al otro lado —Ma dijo, recogiendo la pollera—. Sube tu vestido, Rose. Esta noche estaremos caminando por las aguas de la Diosa. —Levantó su pie, mirando su sandalia—. Demasiado mal, no es un zapatero al que estamos buscando para hechizar. Necesitaremos nuevo calzado después de esto.

Me reí, desconcertada del humor impetuoso de mi Ma. Era una parte suya que veía raramente. Levanté mi pollera y di un paso en el arroyo. El agua fría se arremolinó alrededor de mis piernas y el fango se filtró por mis zapatos, pero continué al lado de mi Ma, el tarro de la bruja metido debajo de mi brazo.

Rodeamos al molino tres veces, luego nos escabullimos dentro con las sandalias empapadas y las piernas mojadas. El frío no me molestó. Era una clase de frescor durante una cálida noche, y consideré a este hechizo como valioso, ciertamente merecía ser incluido en mi Libro de las Sombras.

Dentro del molino, los MacGreaveys esperaban en la luz parpadeante de la vela.

—El hechizo está hecho —dijo Ma—. Necesitamos enterrar el tarro, pero no hay ningún lugar seguro alrededor. Rose y yo lo esconderemos en el bosque donde nadie lo encontrará.

El molinero se acercó a mi madre, apretando sus manos. —Gracias, Sile.

Ella asintió. —Y ahora creo que necesito un trapo para limpiar mis sandalias. Parece que Rose y yo tuvimos que meternos en el arroyo en la noche. —Se sacó sus sandalias y cayeron al piso como un pescado muerto.

—¡Oh, mi dios! —se rió la Sra. MacGreavy, yéndose a buscar ropa.

El molinero trajo sillas y vino para todos, y habló con su esposa en el oscuro y tranquilo cuarto mientras Ma y yo secamos nuestros pies. Tomé un sorbo de vino —dulce y embriagador. Como el beso de Diarmuid. Por supuesto, casi todo me hacía pensar en Diarmuid. Era un esfuerzo concentrarme en lo que era antes en vez de en la encantadora imagen suya que flota en mi mente. Y, en este momento, la conversación era tan sombría, con el molinero quejándose de los negocios lentos, que preferí soñar con mi amor.

—Al menos esta era nuestra estación más lenta —estaba diciendo la Sra. MacGravy.



—Sí, pero si no conseguimos pronto aquel engranaje fijo que se rompió, no vamos a tener ningún negocio —dijo Miller MacGreavy—. Todo es el resultado de una maldición, probablemente de los malvados Burnhydes —se volvió hacia Ma—, y te agradezco por haberla borrado. Nuestra suerte cambiará ahora, aunque no puedo decir que veo mejores días por venir para los Siete Clanes. Es una antigua batalla que estamos luchando, y está empeorando en vez de mejorar, con maldiciones y ladrones de ovejas y vendedores escogiendo muchachas inocentes en el mercado. —Sus ojos ardían de la convicción cuando me miró, yo mordí mi labio inferior, preguntándome si todos en Higlands habrían escuchado de mis aventuras en el mercado. Si la historia estaba circulando por alrededor, pronto los verdaderos detalles del chico que me había salvado, irían camino a mi madre. Más problemas para mí.

—Ian... —La esposa del molinero trató de calmarlo, pero siguió forjando.

—Digo que ya es hora de que los Wodebaynes paren de decir los prejuicios contra nosotros —insistió—. Hora de usar magia para luchar.

Cerrando sus ojos, mi madre sacudió su cabeza gentilmente. —No, Ian, esta no es la respuesta.

—Bueno, entonces, ¿Cómo vamos a pararlo, Sile? —el molinero preguntó—. Tú conoces las historias, aunque hay muchas, he perdido la cuenta. Un Leapvaughn engañando a una chica Wodebayne va mal. Mientras tu propio esposo, Gowan, estaba presa de los prejuicios, Sile.

—¿Mi padre? —Abandono el trapo en el suelo. Tanto tiempo estuve ansiosa por oír historias sobre mi padre, Gowan Maceran, pero todas las veces que pregunte, mi pregunta se marchaba con una mirada severa de mi madre—. Cuénteme —pedí, volviéndome hacia el hombre.

—No hay mucho de la historia, Rose —dice el molinero, tocándose la barba—. Pero un día, cuando tu padre estaba viajando por la carretera hacia un pueblo cercano, se encontró con un Wyndonkylle en un caballo. El jinete pasaba sin ningún incidente pero luego volvió para acosar a tu padre. Acusó a tu padre de buscar sobre él con maldad en los ojos. Luego, cuando entendió que tu padre era un Wodebayne, su caballo se encabritó y tiró a tu padre debajo de los cascos.



Hice una mueca. —Esto es un cuento terrible. Pero Pa sobrevivió.

Ma asintió con la cabeza. —Si, pero él caminaba con una cojera desde entonces.

Como el Señor MacGreavy se estaba lamentando por las diferencias de los clanes, yo pensaba en mi padre. Él había muerto cuando yo era joven, por lo que recordaba poco de él. Había oído unos pocos rumores oscuros, cuentos de que él había estado interesado en magia negra, aunque nadie me habla de él directamente. Y mi madre se negó a rellenar los detalles perdidos. ¿Por qué era tan renuente a hablarme de él?

Después de la conversación y de quedarnos sin vino, dijimos nuestros adioses y nos dirigimos a casa. Ma y yo fuimos a través del río y bajando la calle un poco cuando se dio cuenta de que se había olvidado el jarrón de bruja.

—Date prisa y tómallo —me dice—. Te esperaré aquí.

Levantando mi falda, corro de vuelta a lo largo de la carretera. Pero como me acerco al molino, veo una solitaria vela quemándose tras el umbral. Desacelero el paso como mis pies silenciosos se apoderan de fresca tierra. Había magia aquí—sentía los límites de un círculo de bruja, y fui forzada a parar en sus perímetros. Uso mi vista mágica para estudiar los detalles. ¿Era esto un pentagrama dibujado en la suciedad de la pared? ¡Pero estaba al revés! Esto no era parte del hechizo que Ma había echado...

Cuando me detuve en las sombras, una figura se alzaba en la puerta abierta— Millar MacGreavy. Él no sintió mi presencia cuando se asomó y vertió un líquido oscuro sobre el pentagrama, todo el tiempo pronunciando palabras que no entendí. Jadee, dándome cuenta que el líquido que Ian MacGreavy estaba usando era sangre.

El tono de la escena me hizo estremecer. Era como si un viento frío hubiera arrastrado el río, volteando todo en su camino de hielo.

Magia negra. Me estremecí.

El molinero MacGreavy tembló de miedo, mirando punzantemente hacia mí. —¿Rose? —pregunta suspicazmente—. ¿Qué estás haciendo aquí?

—El jarrón de bruja —grazno de miedo—. Nosotras... nosotras lo dejamos detrás. —Me frunció el ceño, luego se agachó dentro. Un momento después reapareció con

Cate Tiernan



el jarrón, paseando alrededor del pentagrama y dibujando una puerta en su círculo al salir hacia mí.

Sus ojos brillaban con la luz de la vela cuando me entregó el jarrón. —Vete, Rose MacEwan —dijo enojado—. Y ni una palabra a nadie de lo que fuiste testigo aquí esta noche.

—Si, señor —dije sin aliento. Aunque temía su magia, sabía que no la emitiría en mi contra. Aun así, su advertencia me asustaba. Mejor mantenerlo para mi misma. Después de todo, parecía que no estaba haciendo daño a un inocente.

Sin embargo, incluso cuando escondí mi memoria de Miller MacGreavy, decidí no dejar el asunto de los restos de mi padre. En el camino del molino esa noche esperé hasta que el latido de mi corazón se desaceleró a un paso más relajado, luego me lancé en el tema. —Estaba contenta de escuchar la historia de Pa —dije, caminando lentamente bajo la luz naranja de la luna—. Establecemos un lugar para él todos los años en la mesa de Samhain, pero todavía nunca me contaste historias sobre él. Tú nunca hablas de él, Ma. ¿Por qué es eso?

Mi madre toma una respiración profunda, buscando la respuesta. —Siempre me duele hablar de él. La forma en que su vida se apagó... la forma en que terminó. Eso fue una cosa terrible, Rose. —Enlazó su brazo alrededor mío—. Supongo que pensé que si no hablábamos de esto, tal vez te salvabas del dolor que siento.

Sacudí la cabeza. —Cuando pienso en él, no hay dolor, realmente. Solo curiosidad. —¿Qué recuerdas sobre él?

Pensando en Pa, sonrío. —Su gigantismo. Era un oso de hombre, ¿no es así?

—Bastante alto. —Ma está de acuerdo.

—Me recuerdo andando en sus hombros grandes, anchos hombros. Y sus manos. Ellas eran tan grandes, mi pequeña mano desaparecía dentro de ellas. Recuerdo su profunda, sonora risa. Y un viaje a la costa. ¿Me llevó a la costa?

Mi madre asiente.

—He oído rumores sobre él —digo—, que estaba de acuerdo con la magia negra. ¿Es eso cierto, Ma?

Cate Tiernan

—No —dijo gentilmente—, nunca creí eso. Él era un buen hombre; amaba a su familia, sus niños, su clan. Él simplemente era un incomprendido.

Como yo, pensé. Ma no entendía mis poderes o mi espíritu aventurero. Ella no podía aceptar que su camino hacia la Diosa no era el único camino.

—Desearía que hubieras tenido la oportunidad de conocerlo mejor —dice mi madre.

Caminamos por algunos momentos, luego le pregunto: —¿Qué de su muerte? ¿No murió cuando dormía?

—Si lo hizo.

—¿Entonces qué sobre todos los rumores? ¿Qué estaba maldecido, o envenenado por un clan rival?

—Esta es la parte más difícil —admitió mi madre—. Su sospechosa muerte. Repentina e inexplicable. Algunos dicen que un clan rival lo maldijo en represalia; no lo sé.

—¿Represalia por qué?

Ma sacudió la cabeza y su boca creció tirante. —No puedo hablar de temas de los que no se nada. —Cuando se giró hacia mí, lágrimas brillaban en sus ojos—. Y te lo digo de verdad, Rose, no sé la verdad de su muerte.

Hizo silencio, pero este silencio me obsesionaba mientras caminábamos. Si, Ma tal vez no había entendido la muerte de Pa, pero ciertamente ella sabía más detalles que yo. Como es usual, no me estaba dando suficientes piezas para arreglar las cosas juntas en mi mente.

Pensaba en Ian MacGreavy, en el modo en que su cuerpo se alzaba sobre el pentagrama de sangre. ¿Había mi padre incursionado con taibhs, también? Alcé mis ojos a la distante luna, preguntándome...

Al día siguiente, después de esconder el jarrón de bruja en el desierto matorral, me encontré a Diarmuid en nuestro lugar secreto en el bosque. Este día no gastamos tiempo con pequeñas pláticas o burlas. Él me empujó dentro de sus brazos y puso sus labios sobre los míos. El beso robó mi aliento, y nos desplomamos en el verde



musgo y nos colocamos allí, besando, sosteniendo y acariciando al otro hasta que el sol se aventuró por debajo de las copas de los árboles.

Me contó que la magia en su propio círculo Esbat había palidecido en comparación de lo que habíamos hecho juntos.

—Si —le digo—, me sentí del mismo modo anoche. —Me acerco hacia mi pequeño, improvisado altar y aliso mis manos sobre la superficie de la roca. Mirando alrededor, me doy cuenta de que éste era el lugar perfecto para un círculo, nuestro círculo.

Agarro mi escoba y con medidos pasos camino más rápido de lo que lo he hecho antes. Me gustaría hacer un círculo más grande, esta vez incluyendo la cama de musgo que nos gustaba retozar. ¿No era nuestro amor dedicado a la Diosa, un resultado de sus bendiciones?

Diarmuid fue hacia las cuatro esquinas del nuevo, más grande círculo, donde convocó las Torres de Vigilancia la otra vez, dibujando un pentagrama en el aire cada vez. Mirando a Diarmuid, sentí mi mundo hinchándose con redescubierto, conocimiento y amor. La rosa de piedra entre mis pechos enciende mi corazón radiante, recordando mi buena fortuna al haber encontrado un verdadero amor quien era también una bruja de sangre.

El día después nos encontramos de nuevo, misma hora, mismo lugar. Y el día siguiente y el siguiente. Mis tardes de primavera eran lozanos asuntos de labios arrastrándose en la piel e incontables sueños susurrados bajo el fresco amparo de las hojas de primavera. Todos los días manteníamos nuestro altar siempre agradeciendo a la Diosa por unirnos, por traernos tanto placer.

—Nuestro destino no esta claro para mi todavía —una vez le dije a Diarmuid—, pero sé que hay una razón para habernos reunido.

Metió su cara en el escote de mi vestido, acariciándolo seductoramente. —¿No es suficiente que nos hayamos reunido por amor?

—Amar es un regalo, en efecto —digo, deslizando mis manos en la parte superior de su camisa para encontrar su pentagrama dorado—. Pero estoy hablando sobre un gran objetivo. Reuniendo a los Siete Clanes juntos, tal vez.



Se mueve para besar mi cuello. —Nuestro amor está verdaderamente más allá de todos los demás. —Para de besarme para mirarme a los ojos—. Conozco gente que dicen que son mùirn beatha dàns. Ellos realmente creen que son almas gemelas para la vida. Pero no puedo imaginar que ellos puedan entender el modo en que me siento sobre ti.

Alisó su mano sobre mi corpiño, tomando un pecho gentilmente. —Te amo, Rose. —Jadeo, sintiéndome fundir en las yemas de sus dedos. Nunca había conocido a un hombre antes, y Diarmuid juró que yo era su primer amor, sin embargo parecía conocer bastante de un cuerpo de mujer, los lugares para acariciar, para cepillar, o para tomar ligeramente. Ahora estaba debajo de mis piernas, sus manos volando bajo mi falda. Sus dedos estremeciéndose sobre mis rodillas hacia mis muslos hasta que soy incapaz de parar el temblor dentro de mí.

—Vamos a estar juntos por siempre —susurra.

—No tendremos secretos —prometo

—Seré tu primer y único amor —dice, moviendo su mano hacia arriba entre mis piernas—. Y tú serás mía.

—Que así sea —susurró, ofreciendo nuestro amor a la Diosa.

Aquí, en nuestro círculo secreto en el bosque, nos encontramos todas las tardes. Un día cuando Diarmuid y yo nos acostamos juntos en el musgo, me di cuenta que habíamos estado juntos por cerca de un ciclo de luna completo. La celebración de Mayo de Beltane estaba a pocas semanas de distancia, y Diarmuid y yo nos habíamos encontrado justo antes de la luna llena de Abril.

Pensé en las dos piedras preciosas encantadas que habían sido las semillas del amor: la piedra rosa y la piedra lunar de Kyra. Dos encantos con poderes muy distintos.

Oh, Kyra y Falkner todavía estaban juntos y muy enamorados. Pero no como Diarmuid y yo. Solo esta mañana había visto a Kyra en la misa del domingo, y ella había estado llena de risitas y chillidos por su chico. Como un niño. Ella sabe que conocí a Diarmuid ese día, y ella no podía creer que le permití besarme, por no hablar de otros placeres.

—¿Pero qué haces con Falkner? —le pregunté.

—Le doy biscochos y galletas de mantequilla que Ma y yo siempre cocinamos —ella dice—. Y él se detiene en casa si tiene que entregar algún caballo recién herrado cerca. Lo cual no es a menudo. Por lo que a veces Ma me permite acompañarla al mercado y paramos en la herrería.

—Oh. —No le dije que todo esto sonaba tedioso y deslucido para mí. Si esto es adecuado para Kyra, estaba bien. Pero oyendo sobre su amor por Falkner me hizo darme cuenta del nivel de madurez que Diarmuid y yo habíamos alcanzado. Nosotros estábamos mucho más allá de risitas y chillidos. Nuestro amor se aventuró en pasión, promesa...

Y compromiso.

—Vuelve a mí, mi amor —dijo Diarmuid, tirando de mí hacia un lado—. Vagas tan lejos en las nubes, que no me animo a aventurarme a adivinar tus pensamientos.

—Ah, pero estoy aquí —dije—. Pensando en ti.

Como Beltane se acercó y los preparativos comenzaron, empezó a ser más y más difícil para Diarmuid y para mí robar tiempo para nuestros encuentros de la tarde. Un día él estaba tardando, y me preocupé por el tiempo que estuve fuera, desesperada de que no lo viera en absoluto. Estaba por irme cuando recibí un “tualabra” de Diarmuid, un mensaje silencioso que solo brujas podían enviar: *Espérame, mi amor*. Esperé, y en unos momentos él estaba rápidamente entre mis brazos, disculpándose y explicando sobre las tediosas tareas que su padre le había dado ese día.

Otro día Ma parecía más suspicaz de lo habitual, y tuve que inventar una absurda mentira para escapar de sus brazos.

—El esfuerzo de decirte adiós todas las tardes me está llevando —le cuento cuando estamos sentados en el musgo.

—Sí, y cada vez es sin saber que vamos a hacer de nuevo. —Trago una respiración profunda.

—Está tomando más y más dificultad para nosotros estar juntos, Rose. Tu Ma está sospechando, y mi Pa me sigue cargando con trabajo.

Cate Tiernan



—Lo sé, y pienso que la Diosa aliviaría nuestras cargas. —Levanta la mano hacia mi mejilla, y me apoyo contra él con nostalgia.

—¡Destruimos a todos, debemos contarles! ¡Hagámosles saber de nuestro amor!

Su impetuoso espíritu hizo disparar mi corazón. —¿Querías? —dijo—. ¿Y sería este un acto de valentía o locura? Nadie está listo para saber de nosotros aún. O bien tratan de separarnos- ¡o nos destierran de nuestros clanes!

Los azules ojos de Diarmuid estaban nublados con preocupación. —Tienes razón. Y te voy a proteger, Rose. No te voy a condenar al ostracismo de los Leapvaughns o los Wodebaynes o nadie.

—Debemos ir con cuidado —dije. Sabía que la Diosa se había dignado a que estemos juntos, pero ¿cómo podíamos comenzar a despejar nuestro camino con el resto del mundo?

Mientras Diarmuid acariciaba mi cabello gentilmente, la respuesta vino a mí.

Hacer la unión final.

—La Diosa quiere que estemos juntos —dije—. Corazón, espíritu... y cuerpo. —Agarrando la remera de Diarmuid, lo acerque más a mí—. Debemos sellar nuestro amor con una unión física.

Sus ojos brillaban de admiración. —¿Esto es lo que la diosa quiere?

—Si. —Asentí, pensando en la celebración por venir. Cintas de cruz de mayo flotaban en la brisa, flores y canciones y el aroma de salvia quemada. Cada miembro de un aquelarre debe tomar una cinta y bailar alrededor de la cruz de mayo, simbolizando la unión de un hombre y una mujer, uniendo todo junto—. Y Beltane será el momento perfecto.



capítulo 6

V i s i o n e s n o c t u r n a s D e d o s d i m i n u t o s

Traducido por flochi

Corregido por Aldebarán

Tengo los dedos pequeños y regordetes, y mi papá tiene las manos de un gigante. A veces me sostiene en su palma y me levanta en el aire, permitiéndome ver el mundo de la manera en que las aves y las moscas lo hacen. Otras veces, como ahora, me monto en sus hombros, riendo porque él extiende sus manos para hacerme cosquillas detrás de las rodillas.

Estamos a la orilla del mar. La hierba es muy verde aquí, y desde los altos acantilados puedes ver millas y millas de campo verde esmeralda y furiosas aguas turquesas. Papá camina a lo largo del acantilado conmigo sobre sus hombros. Ocasionalmente, el océano se levanta y choca contra el acantilado rocoso con un temperamento feroz, pero nos reímos de ello. Mi papá incluso baila más, intentando atrapar la espuma. Pequeñas gotas de agua nos empapan, pero nos regocijamos.

Papá se vuelve tan repentinamente que casi me suelto de sus brazos. Miro para ver lo que lo ha alarmado, y allí está, alzándose como un dragón. El océano está aumentando, más y más alto en una feroz ola.

Y entonces, cuando miro nuevamente, mi papá ya no está más allí. Solo su risa permanece, un sonido hueco y diminuto mientras una ola gigante se cierne sobre mí. Sus monstruosos tentáculos se alzan, su poder alzándose en lo alto.

Estoy sola en el acantilado, una ola ondulándose sobre mí.

Cate Tiernan

Intento correr, pero mis pequeñas piernas son débiles, como las ramas de las piernas de una marioneta. No hay una salida en verdad... sin embargo escapar lo es todo.

De alguna manera sé que hay mucho que perder si sucumbo a la ola. No solamente mi vida está en juego, sino también las vidas y el futuro de todo mi clan, de todos los Wodebaynes, así como los Braytindales, Leapvaughns y las brujas de todos los Siete Clanes.

Demasiado en juego, pero, ¿cómo puedo escapar?

¿Cómo puedo escapar de la ominosa ola cerniéndose sobre mi cabeza?

—¿Rose? ¡Rose! Debes despertar.

Jadeando buscando aire, intento retirarme del sueño y navegar de manera segura hacia el sonido de la voz de mi madre.

—Rose, hija, has tenido una visión nocturna.

Sentí sus manos sobre mis brazos, sacudiéndome suavemente. Abriendo los ojos, me doy cuenta de que estaba en la cabaña, a salvo y seca. Pero el miedo se aferraba a mí, y era incapaz de quitarlo.

—Está todo bien, hija —dijo mamá—. Dime lo que viste.

Apreté los ojos con fuerza, temiendo hablar sobre ello. Temiendo abrirme a la mujer que me había mentido tanto últimamente. Había protegido mis sentimientos y miedos de mamá. ¿Cómo podría abrirme a ella ahora?

Ella frotó mi espalda con suavidad pero firmemente, arriba y abajo entre mis hombros. Un calor tranquilizador me atravesó, recordándome todos los momentos en que mamá me había frotado la espalda cuando estuve enferma, asustada o frustrada al no poder dominar algo. Ya fuera la emoción del sueño o la ternura del gesto de mamá, no estuve segura. Pero repentinamente me encontré llorando.

—Estaba en la costa con papá —dije, soltando todos los detalles de mi sueño. Le conté a mamá todo... sobre papa dejándome y sobre la ola gigante que estuvo a punto de golpearme—. No lo entiendo. Por favor, mamá, dime la verdad —dije—. ¿Papá era un hombre malo? ¿Alguna vez intentó hacerme daño?

—¡Oh, no, pequeña! —insistió mamá—. Gowan MacEwan te amaba, cariño. El hombre hizo todo lo que estuvo en su poder para protegernos.

—Entonces, ¿por qué me abandona en el sueño, mamá? ¿Qué significa?

Mi madre frunció los labios pensativamente. Bajo la tenue luz de la luna derramándose a través de la ventana ella parecía vieja, con arrugas en las esquinas de su boca.

—Quizá te dejó en el sueño porque te dejó demasiado pronto en la vida —dijo—. O quizás los rumores de su muerte te hicieron sospechar de él.

—¿Realmente murió mientras dormía, acá en la cabaña?

—Aye. —Suspiró, y sentí con certeza que iba a cambiar de tema como de costumbre—. Fue tan repentina, su muerte —murmuró, como para sí misma—. Todos los del aquelarre sospecharon que alguien le lanzó un hechizo oscuro. Muchos dijeron que la ley de tres en la magia fue la razón de su muerte.

Pensé en la ley triple de que la magia regrese a quien la envía magnificada tres veces. De esta manera, la magia oscura afectaría más a quien la envía.

—Pero eso significaría que él estaba practicando magia oscura, que había caído lejos de los senderos de la Diosa.

—Aye —estuvo de acuerdo mamá, mirando a la distancia—, y nunca creeré eso de tu padre. —Se puso de pie frente a mi cama y me hizo señas para que la siguiera—. Ven. Vamos a limpiar la casa para los buenos sueños.

Mientras mamá encendía las velas, limpié el centro de la cabaña para crear un pequeño círculo alrededor de nuestra mesa. Me sorprendió ver que ella había tomado nuestras velas amarillas, las cuales por lo general reservábamos para ocasiones especiales, pero explicó que iba ayudarme a conseguir una visión verdadera.

—Es hora de que aprendas a tener una segunda visión, para ver más allá de lo ordinario y atestiguar la voluntad de la Diosa.

Tragué saliva con fuerza debido al asombro. ¿Cómo sabía ella de mi plan? En ese momento, quise sentarme y contarle todo sobre Diarmuid, pero cuando empezó un cántico sobre las velas, algo me refrenó. Parada en el centro del círculo de luz color limón, miré cómo mamá le suplicaba a la Diosa traerme una visión, mostrarme Su voluntad.

Entonces me llevó al centro del círculo, y, parándose frente a mí, envolvió sus brazos alrededor de mí. Me sentí tan querida y protegida en sus brazos como si fuera una niña nuevamente.

—Diosa Misericordiosa —dijo—, deja que Tu amor descienda sobre Rose. Muéstrale el sendero que debe seguir para cumplir con su destino. Camina junto a ella en este tiempo de oscuridad para traer una vez más la luz.

—Que así sea —dije.

Las manos de mi madre fueron a mi cabeza. Acarició suavemente mi cabello hacia atrás, entonces juntó sus manos alrededor de mi cráneo.

—Libera su mente de aterradoras visiones nocturnas. Déjala ver solo Tu visión, Diosa. Deshazte de los pensamientos oscuros de nuestras mentes. Persigue el mal de nuestra casa.

—Que así sea —repetí mientras una cálida sensación llegaba sobre mí. Apoyándome sobre mamá, recordé cómo ella había convocado a la Diosa para ayudarme cuando era pequeña... para enfriar una cabeza enfebrecida, para protegerme contra comer hierbas venenosas, para darme la sabiduría para aprender mis runas. Mamá y yo habíamos estado en desacuerdo por mucho tiempo, pero supe que a pesar de su rechazo y crítica, me quería, su única hija.

Y con el tiempo, llegaría a querer a Diarmuid como a un hijo.



capítulo 7

Rituales Beltane, el Quinto Día de Mayo

Traducción SOS por Little Rose y Vanehz

Corrección Aldebarán

— **M**argaritas de primavera y azulinas —dijo Kyra, trepando unas rocas planas para cortar otro ramo de flores silvestres—. Con la temprana primavera que tuvimos este año, este será uno de los rituales Beltane más coloridos de la historia.

Como era nuestro ritual anual, Kyra y yo nos habíamos levantado antes del amanecer para ir al bosque en busca de flores. Colgábamos flores frescas en las puertas de nuestras cabañas y las esparcíamos sobre el círculo de la decoración alegre para las festividades de la noche. También hacíamos una corona de flores frescas para la suma sacerdotisa. Hoy me haría una corona extra para mí misma.

—Creo que el Beltane es mi celebración favorita del año —dije—. Y este año será la más memorable.

En silencio agradecí al arbusto de lila por su regalo, después usé mi azada de mano para cortar un tallo particularmente hermoso.

—¿Porque estás enamorada? —preguntó Kyra.

Me llevé una flor de lavanda a la mejilla.

—Porque me convertiré en una mujer enamorada, en cada ritual.

Cuando Kyra alzó una ceja curiosamente, me expliqué.

—Diarmuid y yo tendremos nuestra propia celebración esta noche. ¿Ves las cintas que tomé de la cabaña? —Las saqué de mi bolsillo, blancas y rojas.

—¿Qué? —Kyra estaba boquiabierta.

—Aye, cintas rojas y blancas para simbolizar la sangre que fluye de una mujer cuando le quitan la pureza. Así es como Diarmuid y yo celebraremos el Beltane.

—¡No lo puedo creer! —gritó Kyra—. ¿Te das cuenta de lo que haces, Rose?

—Aye. —Giré alrededor del prado donde estábamos haciendo fluir las cintas detrás de mí—. Lo sé. Creo que la Diosa nos ha unido para esto. Y el Beltane es un festival de amor y unión ¿no es así?

Kyra tragó con fuerza.

—No sé si la Diosa quiere que nos tomemos todo tan literalmente.

Bailé hasta donde estaba Kyra y le apreté la mano.

—¡No seas tan anticuada! Tenemos diecisiete años bajo el cielo de la Diosa.

—Aye, pero no ha habido unión, no se han unido en el círculo.

—Eso vendrá después —insistí, tirando de ella para bailar juntas.

Soltó su canasta y comenzó a dar vueltas conmigo, riendo las dos hasta que nos mareamos y caímos a la hierba.

—Oh, querida Diosa, ahora Tú me has convencido —dijo Kyra mirando hacia el cielo claro y azul—. Rose ha perdido la cabeza.

—¡No es verdad! —protesté—. Y apuesto a que pronto me estarás diciendo tú a mí esto, pero sobre ti y Falkner.

—No lo puedo imaginar, aunque estoy muy enamorada.

Rodé para quedar de costado y apreté su brazo.

—Debes fingir que estoy contigo, esta noche después del círculo.

—Oh, Rose, sabes que soy una terrible mentirosa.

—No pasará nada. Los más jóvenes siempre terminan celebrando un poco por su cuenta, mientras los otros bailan junto a las fogatas de Beltane. Sólo dile a mamá que estoy contigo.

—Mentirle a la suma sacerdotisa —dijo—. Diosa, perdóname.

—Sabía que podía confiar en ti. —Me puse de pie—. Mejor vamos a ver las decoraciones.

Llenamos nuestras canastas de flores, hasta que estuvieron rebosando de flores y volvimos a las cabañas. Mamá nos vigilaba mientras hacíamos las coronas para las



puertas, dejando flores para decorar el círculo. Luego Ma puso unas hojas de salvia en un tarro y las quemamos hasta las cenizas y se produjo un humo acre que repartimos por toda la casita.

Mientras hacíamos todo eso, Kyra hablaba de Falkner, de cómo él pensaba que ella era la mejor cocinera del lugar, de cómo había ido a visitarla el día anterior.

Ma no comentó nada hasta que terminamos de humear la casa y nos preparamos para ir a hacer lo mismo en la cabaña de Kyra. Fue entonces cuando trajo el costurero con unos fragmentos de ropa vieja.

—Al escucharlas hablar así del joven Falkner, se me ocurrió que deberían ponerse en acción —le dijo a Kyra—. Si realmente quieres traer el amor a tu vida, está mal atar a una sola persona, como hiciste con la piedra lunar encantada.

Kyra agachó la cabeza.

—Lo sé señora, lo lamento.

—Atar a una persona con un encanto es magia negra —dijo Síle—. Tiene el potencial de lastimar a alguien por manipular su destino y aplastar su libertad de elección. Sin embargo —prosiguió Ma—, la Diosa puede ayudarte a traer el amor a tu vida, siempre y cuando no busques a una sola persona e interfieras con su destino. Puedes trabajar la magia del amor con muñecos.

Juntó dos piezas de tela y comenzó a cortar. Mientras cosía, empezó a formarse la silueta de un hombre.

—Debes hacer dos pequeños muñecos, uno te representará a ti, y el otro al chico, u hombre de tus sueños.

Miré cuidadosamente mientras Ma nos mostraba cómo hacer los muñecos. Ayudó a Kyra a coserle un moño marrón a la muñeca para que se pareciera a ella misma.

Luego Ma le dio el muñeco a Kyra para que lo decorara.

—Hazlo apuesto para tus ojos, pero no le pongas ningún nombre ni símbolo que recuerde a alguien en particular.

Kyra le agradeció a Ma cuando terminamos, luego nos fuimos a decorar su cabaña y el punto de reunión del grupo en el bosque. Era ya tarde cuando terminamos. Kyra fue a su casa a hornear unas tortitas ceremoniales con su ma, y yo me fui a decorar mi propio maypole. Estábamos a punto de separarnos cuando la aparición de un majestuoso caballo castaño llegó trotando por el camino. Era una visión magnífica el jinete sentado en lo alto.

—Es Falkner —dijo Kyra, acomodándose el cabello.

Cate Tiernan

—No lo es —murmuré parpadeando por la luz. Kyra tenía razón, aunque no esperaba que este chiquillo se convirtiera en un caballero.

—¡Buen día! —saludó Kyra agitando alegremente la mano.

Falkner detuvo su caballo cuando se acercó más, luego se bajó y aterrizó a los pies de Kyra.

—¿Les gustaría dar un paseo? —nos ofreció—. Debo devolver el caballo. Pa le arregló las herraduras, pero podrían cabalgarlo un rato.

—Me dirijo hacia el bosque —dije—, pero Kyra ha estado caminando todo el día, preparándose para noche.

—¿Entonces estás cansada? —le preguntó, con una admiración evidente.

Ella le asintió dulcemente, y él la subió al caballo.

—Allí vamos.

—Gracias.

Mirándolo, Kyra parecía alguien diferente. No la chica infantil que solía saltar entre las rocas en el arroyo, sino... una mujer.

La imagen se quedó en mi cabeza mientras tomábamos caminos separados. En mi camino por el bosque me detuve por el arroyo y me senté en la orilla del agua. Aquí el agua disminuía en una charca clara y tranquila, donde diminutos pececillos se lanzaban a través de la maleza y los insectos se deslizaban a lo largo de la superficie cristalina. Me agaché para tomar un poco de agua pero me detuve, sorprendida.

Mirando hacia mí estaba el rostro de la Diosa.

No, era sólo el reflejo de una mujer.

Yo.

Había crecido en los caminos de la Diosa, y estaba lista para dar el siguiente paso. Beltane no era sólo una fiesta de amor, era una fiesta de fertilidad. Era tiempo de unir dos mitades para formar un todo, la tercera entidad. Y aunque cada joven bruja conocía el hechizo que debía lanzar para cerrar la entrada a la matriz, yo no pronunciaría ese hechizo. Mi sangrado lunar pasó hace más de una semana, y mi cuerpo estaba listo para su semilla.

Esta noche haríamos un niño.

La risa retumbó a través del bosque como si la celebración del aquelarre de Beltane decayera. Sentado en un tronco, el padre de Kyra tocaba el laúd y otro miembro

del aquelarre tocaba los tubos, haciendo música alegre para que disfrutaran los otros jueguistas. En otra parte del círculo, yo estaba sentada con otras jóvenes miembros del aquelarre, terminando los últimos pasteles y el vino.

—Allí estas —le dijo Falkner a Kyra, quien rió detrás de su mano—. Te digo que te ves bastante bien de esta manera, desenfundada y sin ataduras. —Él le había quitado una de las trenzas del cabello y lo peinaba íntimamente con los dedos.

Kyra presionó una gran flor en su rostro.

—Eres tan tonto —bromeó.

Por lo que a mí respecta, los dos eran bastante tontos, pero tal vez sólo estaba impaciente por marcharme a mi propia celebración de Beltane. Y preocupada. ¿Qué pasaría si Ma no me dejaba ir? ¿Qué pasaría si Diarmuid no se podía escapar?

—Es hora de dejar el círculo a los mayores —dije a los otros a mi alrededor. Kyra estuvo de acuerdo e hicieron planes para encontrarse fuera de la cabaña de Falkner. Crucé los dedos mientras íbamos hacia nuestros padres para que lo aprobaran, pero la festividad, el ambiente relajado, prevaleció.

—Sólo tengan cuidado que no los vean viajar en grupo. —Nos avisó mi madre—. Esta noche es para deleitarse, pero no debemos dejar que los cristianos se enteren de nuestra celebración

Pude oír a mi madre reír con amigos mientras dejábamos el círculo. A los pocos minutos estábamos a cierta distancia, y yo estaba diciendo adiós a Kyra.

—¡Ten cuidado! —susurró antes de que Falkner la alejara con los otros.

Sólo sonreí mientras caminaba rápidamente a través de la noche oscura.

La oscura figura de Diarmuid era inconfundible. De pie, desnudo bajo un árbol de Maypole recortado por el pequeño fuego que había encendido en el cuadrante norte del círculo. Ahora mis ojos se daban un festín con lo que mis manos habían explorado, sus músculos redondeados, extremidades largas, piel suave. Era un dios. Las cintas rojas y blancas revoloteando en el aire sobre su cabeza; el mismo viento que emplumaba el cabello de su noble frente. La noche era oscura, la luna nueva acababa de pasar, pero la piel de Diarmuid parecía brillar desde el otro lado del claro mientras me detenía.

El espacio entre nosotros parecía avivado con el calor. A nuestro alrededor, el bosque cantaba, los grillos, los sapos y los árboles meciéndose en una sinfonía tan clara y dulce que incluso un sordo podría oír su respuesta.

Me solté la faja de la cintura, y luego dejé caer mi propio vestido al suelo, por lo que sólo llevaba puesto una camisola.

El crujido de la tela le hizo volverse en mi dirección y sonreír. Corrí a través del claro y Diarmuid me cogió en sus brazos contra su cálido cuerpo. Estábamos destinados a estar juntos, para participar en este rito esta noche. Noté que ya había encendido las velas, por lo que barrí el círculo mientras él llamaba a las cuatro Torres, dibujando pentagramas en el aire. Entonces, nos acercamos al arce y cada uno tomó una cinta.

—Este es tiempo de alegría, un tiempo para compartir —dije, mientras comenzaba a caminar alrededor del árbol—. La riqueza de la tierra acepta la semilla. Ahora es tiempo de que esa semilla sea derramada.

Conocía las palabras de los más grandes Sabbats de memoria, pero hoy para este ritual en particular, ¡parecía tan oportuno!

—Vamos a celebrar la siembra de abundancia —seguí.

—Los giros de la Rueda, la temporada de la Diosa. Digamos adiós a la oscuridad y saludemos a la luz.

—La Rueda gira —dijo Diarmuid. Caminando detrás de mí, sosteniendo su cinta sobre la mía.

—Sin cesar, la rueda gira.

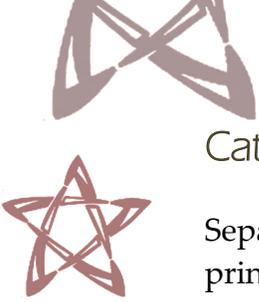
—Y vuelve a girar —dijo él, mientras nuestras cintas se entrelazaban de forma inexorable, con nuestro amor.

Cuando el árbol estuvo envuelto con un precioso tejido de rojo y blanco, nos fuimos al altar, donde la corona de las primeras rosas rojas y margaritas descansaba. Diarmuid levantó mi camisola para sacarla, luego cogió la corona y la mantuvo por encima de mi cabeza.

—La Diosa nos ha llevado a través de la oscuridad a la luz —dijo. Bajando la corona a mi cabeza, y sentí la embriagadora fragancia de las rosas rodeándome—. Ahora nuestra Diosa está entre nosotros —Diarmuid susurró, sus ojos brillando—. Hable, Señora.

—Soy la única que gira la Rueda —dije uniformemente. Sentí el impulso de la Diosa dentro de mí, fuerte y constante, hambriento y voraz. Mi cuerpo estaba listo para tomar su semilla, mi espíritu preparado para mezclarse con el suyo.

—Cuando tuviste sed —dije—, dejé mis lágrimas caer sobre ti como suave lluvia. Cuando estabas cansado, te detuviste a descansar sobre la tierra que es mi pecho.



Cate Tiernan

ORIGINS

Sweep

Sepan que el amor es la chispa de vida, el fuego de su interior. El amor es el principio y el final de todas las cosas.

Abrí mis brazos a Diarmuid, la luz del fuego danzando sobre mi cuerpo desnudo.

—Y yo soy amor —susurré.

La mañana siguiente dejé mi cama al amanecer para bañarme en el manantial. La mayoría de los días simplemente me lavaba con un paño, pero hoy fui a la parte más profunda del arroyo para una limpieza más completa.

En la orilla cubierta de hierba, eché un vistazo a mi alrededor para asegurarme de que nadie más estaba levantado. Un pavo real se precipitó a través de los arbustos, pero por lo demás, el bosque estaba tranquilo. Rápidamente salí de mi bata y me metí al arrollo. El agua estaba fría, apenas dos ciclos lunares lejos de la nieve del invierno pasado, pero me aventuré todo el camino hasta el fondo, sumergiéndome hasta el cuello, justo por debajo de donde mi cabello estaba atado.

Una limpieza.

Y una ofrenda.

Toqué mi vientre, maravillada por el pequeño bebé en mi interior. Tenía una nueva vida que ofrendar a la Diosa, el bebé de Diarmuid. Nuevamente supe que era verdad, pero mi secreto crecería seguro dentro de mi vientre por unos meses. Habría tiempo suficiente para trabajar en nuestros dos clanes, tiempo para ayudarles a aceptarnos a Diarmuid y a mí, como marido y mujer.

Agitando mis brazos a través del agua, sonreí. Mi cuerpo entero se sentía radiante con la promesa de la maternidad. Este niño que nos uniría de manera física. Sabía que nuestro bebé era otra parte del plan de la Diosa, que lentamente nos estaba siendo revelado. Estaba ansiosa por contárselo a Diarmuid, pero por ahora debía mantener mi secreto como una sorpresa para ser disfrutada después, ya que nuestro amor fue sancionado por los clanes.

Sintiéndome limpia y fresca, emergí de las aguas, y subí a la orilla fangosa. Rápidamente me puse mi bata y mis sandalias.

Pero ¿qué era ese ruido?





ORIGINS

Cate Tiernan

Sweep



Me asomé entre los arbustos, buscando el sendero. No había nadie a la vista, aunque sentí un fuerte presentimiento de otra presencia.

¿Alguien había estado observándome?

capítulo 8

R i t o d e E s b a t , M e d i a d o s d e J u l i o

Traducido por Nanndadu y Dianthe

Corregido por Mari NC

*“Cuando la luna está llena y el cielo está oscuro,
nos encontramos dentro de nuestro círculo.*

*Ahora escucha el canto de la Alondra
y baila en el círculo, muévete en el círculo.*

*Haz lo que quieras sin dañar a nadie,
como la Diosa lo haría, puede ser hecho.”*

Un miembro del aquelarre cantó, mientras estábamos de pie en el círculo del aquelarre, rodeando a la Gran Sacerdotisa Síle. Falkner tocaba una gaita, y Kyra se unió a la música tocando un pequeño tambor. Pienso que Falkner había ideado el truco de practicar su propia música con el fin de pasar tiempo juntos, como si sus padres no fuesen conscientes de sus crecientes emociones. Kyra había mencionado algo de eso, pero yo había estado tan absorta en intentar ver a Diarmuid que había perdido el rastro de los detalles.

La música terminó, y Síle llamó a dos miembros del aquelarre —los padres de Kyra— para que presentaran el pastel y el vino ceremonial. Uno junto al otro, Lyndon y Paige dieron un paso frente al altar, donde Ma le entregó a Paige una copa de vino.

Paige levantó la copa con ambas manos y la sostuvo entre sus pechos. Frente a ella, Lyndon tomó su athame y sostuvo su empuñadura entre sus dos palmas, la hoja apuntando hacia abajo. Lentamente sumergió la hoja en el vino, diciendo:

—Del mismo modo pueden unirse un hombre y una mujer para la felicidad de ambos.

—Dejen que los frutos de la unión promuevan la vida —respondió Paige—. Que todos sean fructíferos y que la prosperidad se esparza por toda la tierra.

Lyndon levantó su athame, y su esposa sostuvo la copa en sus labios para que pudiera beber. Cuando terminó, él le tendió la copa a ella cariñosamente.

Viéndolos, sentí una agitación dentro de mí. *¿Podía estar mi hijo despertándose con pereza?* Mi vientre no había comenzado a crecer todavía, pero había notado una pesadez en mis pechos. Diarmuid también lo había notado, y me había molestado con que estaba llegando a la pubertad. Yo aún no se lo había dicho, y él no se había dado cuenta de que mi cuerpo se estaba preparando para amamantar a un niño. Echando un vistazo alrededor del círculo, mis ojos se fijaron en Kyra, cuyo rostro estaba encendido esta noche, probablemente calentado por su amor por Falkner. Algunas veces casi había decaído y había estado a punto de contarle sobre mi bebe. No quería que se enterara de la peor forma, pero no pensaba que fuese justo que lo supiera antes que Diarmuid.

Mientras el vino pasaba, pensé en todas las parejas bendecidas por la Diosa: Kyra y Falkner, Lyndon y Paige, Diarmuid y yo. Habíamos estado juntos durante más de tres meses, apenas viéndonos todos los días a pesar de los obstáculos. El mes pasado habíamos celebrado el solsticio de verano, reuniéndonos en nuestro círculo, rodeados de plumas rojas de pasión. Estaba enamorada de él, ahora más que nunca, todavía feliz de proteger nuestro amor secreto, nuestro hijo secreto, pero tenía que admitir que quería más. Viendo una ceremonia como la de esta noche, me di cuenta de que el cambio tenía que venir. Si íbamos a criar juntos a nuestro hijo, en un aquelarre fuerte, era hora de revelar nuestro amor a nuestros clanes.

Después de que el vino y el pastel pasaran alrededor, la conversación pasó a hechizos para ser lanzados y brujas ahorcadas. Un miembro del aquelarre informó que una mujer de Wyndonkylle, de una villa del sur, había sido sacada de su casa y acusada de sacrificios humanos. Ella seguía en prisión, los guardias asustados se habían negado a quemarla sin un juicio.

—Es peor de lo que dices —dijo Ian MacGreavy—. ¡Para el aquelarre de esa mujer piensan que fue entregada a las autoridades por uno de los nuestros! ¡Están acusando a Wodebaynes de nombrarla como una bruja!

—¡No! —se quejó todo el mundo—. ¡No puede ser!

—Pero no hay Wodebaynes residiendo en el sur —dijo la mamá de Falkner.

Cate Tiernan

—Sí, pero en ese momento, dos de los nuestros resultaron estar viajando al sur, justo hacia la villa de los Wyndonkylles —respondió el molinero.

—¿Nunca tendremos justicia? —espetó un anciano. Era Howland Bigelow, un viejo artesano de madera—. ¡Una vez más estamos siendo acusados por el mal de otro! ¿Por qué no simplemente nos condenan sobre nuestra ya agraviada reputación?

Sentí la ira de los miembros del aquelarre incrementándose a medida que la gente se rompía en pequeños grupos para contarse sus propias historias de actos de odio contra los Wodebaynes. Un par de veces atrás, habíamos discutido sobre la intolerancia en el círculo, pero nunca con este nivel de descontento e ira. El brillo de odio en los ojos de Ian MacGreavy me recordó a la vez en que lo había visto lanzando un hechizo oscuro, y me pregunté si otros de los miembros del aquelarre se habían vuelto a la magia negra en privado. ¿Quizás Aislinn, el joven rebelde, no mucho mayor que yo, quien a menudo había arremetido contra los intolerantes que nos odiaban?

Presioné una mano sobre mi vientre, preocupada por el niño dentro. Estaba convencida de que mi hijo era niña, otra futura Gran Sacerdotisa. Pero ella no podía venir a un mundo de odio y caos; este rencor tenía que disminuir antes de que mi hijo entrara a esta vida.

—Sería prudente calmar sus temperamentos y miedos —dijo una voz firme. Los miembros del aquelarre miraron a mi madre, quien habló con la autoridad de una Gran Sacerdotisa—. Me atrevo a decir que esto no es nada nuevo.

—¡Pero Síle, se está poniendo peor! —afirmó el viejo Bigelow—. Tengo casi decidido lanzar un hechizo oscuro sobre los Wyndonkylles para mostrarles lo que es la verdadera magia negra. Estamos tomando la culpa por ella; ¡bien podríamos hacer el acto!

Mi madre se mantuvo en silencio mientras la gente se quejaba, luego respondió:

—Howland, sé que eres muy gentil para desear el mal en otro.

—Oh, puedo desear —dijo él—. Puedo pedirle a la Diosa que envíe una bruma sobre sus campos para humedecer sus tierras. ¡Arruinar sus plantaciones!

—¡Él tiene razón! —Aislinn se empujó al centro del grupo—. ¿No hemos soportado suficiente odio? ¿No es el momento de luchar?

Las personas murmuraron en aprobación, asintiendo.

No podía creer lo ansiosas que estaban las personas de nuestro aquelarre de empezar una guerra entre clanes. Hice una mueca de dolor, dándome cuenta de lo imposible que sería ver a Diarmuid si tomábamos la batalla.

Cate Tiernan

—¡Eso es suficiente! —dijo Síle con severidad.

Los miembros del aquelarre se quedaron en silencio, mientras ella exigía su atención.

—No vamos a hablar más sobre hechizos malignos. ¿Han olvidado todos ustedes su propia iniciación al círculo? ¿Su promesa de hacer la voluntad de la Diosa? ¿Han olvidado que se comprometieron a fomentar el amor y la paz bajo el cielo de la Diosa?

Aislinn metió un mechón suelto de su cabello rojo tras su oreja y dejó escapar un suspiro de decepción, pero la mayoría de los otros parecían pensativos. Parecían estar escuchando las palabras de Ma.

—¿Recuerdan el Concejo de Brujas? —preguntó Síle, en una voz de mando—. Lo que sea que deseen, lo que sea que le pidan a la Diosa, no debe dañar a nadie. Y recuerden que lo que dan, debe ser devuelto tres veces.

—Ese es el pensamiento correcto, Síle —dijo Ian MacGreavy—. Este aquelarre nunca participará en la magia oscura, así que es inútil desperdiciar palabras en ello.

Lo miré con asombro, recordando su propio rito oscuro. *¡Qué hipócrita era!*

Pero Ma se veía satisfecha mientras los miembros del aquelarre se dividían en pequeños grupos y hablaban de otros asuntos. Mi madre había calmado el alboroto, pero el descontento se mantenía en la cálida noche de verano. Me preocupaba que esto pudiese fomentar una terrible tormenta y prometí compartir mis miedos con Diarmuid.

A la mañana siguiente mientras iba a encontrarme con Diarmuid, sentí una extraña pesadez dentro. La furia del aquelarre seguía girando dentro de mí, junto con mi desayuno. Me di cuenta de que la amarga sensación podría ser por cargar a mi bebé. ¿Tal vez había un hechizo en el libro de Ma para aliviarlo? Tenía que echarle otro vistazo. Había estado leyendo muchos de sus hechizos últimamente, incluyendo uno que quería probar con Diarmuid. Aunque Ma me había animado a estudiar su Libro de Sombras, no había esperado que encontrara la entrada de magia amorosa. ¡Afirmaba que las parejas a veces hacían en amor en el centro del círculo, ofreciendo la fuerza de su amor a la Diosa! Nada como eso había tenido lugar en los círculos de nuestro aquelarre, pero me sentí atraída por la idea de hacer magia amorosa con Diarmuid.

También estaba preocupada por el hecho de que había perdido mi encanto amoroso. Había tenido que llevar la piedra rosa en mi bolsillo desde que Diarmuid

y yo nos habíamos despojado de nuestras ropas, pero no me había acordado de ello durante semanas hasta ahora. No eran los mejores días.

Diarmuid estaba de mejor humor. Me persiguió a través del claro, lanzándose directo a mis faldas y luchando conmigo en el musgo. El juego despreocupado levantó mi ánimo, pero después de que nos besáramos por un rato, él sintió que algo estaba mal.

—Rose, no hay luz en tus ojos hoy. ¿Qué sucede, amor?

Le conté sobre los problemas fomentándose entre los Wyndonkylles y los Wodebaynes.

—He escuchado la misma historia —dijo él—. Pero sin duda los Woodbanes no están involucrados.

—No lo estamos, pero estamos siendo inculcados, y me temo que una tormenta se avecina entre los clanes. Una guerra destruiría nuestras oportunidades de vernos de nuevo.

—No dejaré que eso pase —insistió.

—Entonces tenemos que actuar ahora. —Me detuve, reacia a presionar—. Déjame preguntarte, Diarmuid, cuando piensas en nosotros, ¿cómo nos imaginas estando juntos?

—Siempre he querido casarme contigo, Rose —dijo, sus ojos brillantes con promesa—. ¿No puedes vernos en el círculo para un handfasting ?

—Apostaré a que lo he imaginado —dije, estudiando su hermosa cara—. Oh, Diarmuid, deberíamos casarnos. Y pronto. Deja que pase ahora.

—¿Hoy? —bromeó—. Déjame correr y buscar a mi Ma, porque ella no va a querer perderse esto.

—Querría que eso pudiese pasar tan pronto.

—Sí, pronto. Eso sucedió ayer y somos una vieja pareja casada, conmigo hurgando alrededor y preguntándote que hay para cenar.

—Eso sería una bendición. Mucho mejor de lo que temo podría ocurrir.

—¡Detente! —Él presionó sus manos sobre mis ojos, luego sobre mis oídos—. No escuches lo que las personas del aquelarre digan. Vamos a estar casados. —Se puso de pie y enderezó su camisa blanca—. Voy a ir a mi aquelarre y les contaré todo. Que te amo, que eres la mejor cosa bajo el cielo azul de la Diosa, y que nosotros vamos a casarnos.

Cate Tiernan

—Y si ellos argumentan que estás casándote con un Wodebayne...

—No lo harán. No les daré la oportunidad. —Me puso de pie—. Te amo, Rose. Haré las cosas bien para nosotros.

En ese momento supe que lo haría. La Diosa había escogido un verdadero héroe para mí.

Me puse de puntillas y lo besé.

—Y tengo un hechizo que nos ayudará a llevarlo a cabo. ¿Has escuchado alguna vez sobre magia amorosa?

Diarmuid sonrió.

—No, pero creo que me gustará.

El hechizo en el Libro de Sombras de Ma era simple. Barrí el círculo y le dije a Diarmuid que se despojara de su ropa, se recostara, y pensara en lo que queríamos consagrar.

Cuando había terminado las preparaciones, me acosté a su lado, mirando al cielo nublado.

—Imagínanos juntos —susurré—, nuestra unión aceptada por nuestros clanes, por todos los clanes. —Me acerqué y toqué su hombro. Él rápidamente se puso de lado y me besó.

—¿Podríamos estar juntos de esta manera? —preguntó, pasando una mano por mi muslo.

—Sí, siempre.

—¿Así de cerca? —Levantó su cuerpo sobre el mío y se apretó contra mí.

—Sí —susurré, ofreciéndole nuestro acto a la Diosa. Dentro del círculo, nuestros cuerpos se levantaron en calor y esplendor, y sentí el resplandor de nuestro amor levantándose a los cielos.

—Sí, Diosa, estamos aquí para Ti —susurré mientras Diarmuid y yo nos dejábamos controlar por la pasión.

Nuestra magia amorosa era fuerte. Esa noche cuando dejé nuestro círculo escuché un trueno sobre mi cabeza. Estaba segura de que la Diosa había recibido nuestro ofrecimiento. Ella estaba sacudiendo los cielos ante la preparación del gran anuncio de Diarmuid.

Pero al día siguiente, cuando Diarmuid tenía que encontrarse conmigo en nuestro lugar secreto, no apareció. Tampoco lo hizo el día siguiente. En el tercer día le



envié un mensaje atua labra: *¿Dónde estás? ¿Por qué no puedes encontrarte con tu amor?* Pero no recibí ninguna respuesta. Me pregunté si había recibido mi mensaje.

¿Había ocurrido algo terrible?

Mientras cada día pasaba, esperaba que el estruendo del cielo se manifestara en la tierra. Seguramente si miraba cuidadosamente, vería a Diarmuid vagando por el camino a nuestra casa, sus padres marchando obedientemente detrás de él, deseosos de desarrollar con Síle los detalles de nuestra unión. Con el amanecer de otro día abrí la persiana y me asomé, anhelando vislumbrar a un tartán Leapvaughn o un destello de los hermosos ojos azules de Diarmuid. En el camino no había más que una liebre buscando verduras. *Mi salvador no había venido por mí... al menos, pensé, no todavía.*

Esa tarde, Kyra y yo fuimos al bosque a buscar hierbas frescas de verano. Mientras Kyra estaba cortando un trébol, fui a buscar uno, el cual era bueno para asentar el estómago. Cuando nuestros bolsillos estuvieron llenos, fuimos al círculo donde Diarmuid y yo nos habíamos reunido tantas veces. Allí, en el altar de roca, consagramos nuestras hierbas. Mientras terminábamos, noté que Kyra había estado inusualmente callada hoy. La observé clasificando hierbas en su canasta, su cabello castaño trenzado en la parte superior de su cabeza.

—Sabes que con tu cabello hacia arriba de esa forma, te pareces a tu ma —dije.

Ella sonrió.

—A Falkner le gusta mi cabello libre y suelto, pero eso es demasiado para soportar en este calor. —Dejando su canasta, levantó el cabello de mis hombros y lo agitó por encima de su cuello—. Vas a rostizarte bajo el sol con tu cabello suelto.

—Estaré bien.

—Debo decir que estoy preocupada por ti, Rose. ¿Cuántos días han pasado?

Sabía que ella estaba hablando acerca de cuánto tiempo desde que había visto a Diarmuid.

—Siete... no, ocho.

—¿Ocho días y tú todavía crees que él regresará?

—Por supuesto que sí. Nosotros hemos compartido juntos una magia muy poderosa, Kyra. Justo aquí en este círculo. —Mi cabello escapó de sus manos a medida que me quitaba mis zapatos y entraba al círculo. Había llegado a conocer cada árbol, raíz, y pedazo de tierra de este lugar sagrado. Me acerqué al musgo verde que nos había servido a menudo como nuestra cama y me senté—. La última

vez que lo vi, nosotros trabajamos en magia amorosa. ¿Oíste el trueno en el cielo esa noche? Fuimos nosotros, dedicando nuestro amor a la diosa.

—Pensé que el ruido era el sonido de la lluvia viniendo —dijo Kyra—. Rose, estoy realmente preocupada por ti.

—No te desesperes por mí —dije—. Mi Diarmuid estará aquí pronto. Tú debes ayudarme a planear la ceremonia de unión.

Kyra sonrió.

—Seré muy feliz por ti el día de tu boda, Rose. Que un Leapvaughn pueda amarte... es realmente trabajo de la Diosa.

Le devolví la sonrisa, tratando de no preocuparla. No quería admitirle a Kyra que había empezado a preguntarme qué le había pasado a Diarmuid. *¿Dónde estaba mi amor? ¿Por qué se estaba tratando tanto en venir a mi clan y a mi aquelarre y anunciar sus intenciones de casarse conmigo?* Yo sabía que la diosa quería que estuviéramos juntos, pero mi paciencia empezaba a agotarse. Regresamos a mi casa y la encontramos vacía.

—Ma dijo que iba a Kiskloch hoy —dije, vertiendo dos tazas de té frío. Nosotras colocamos la parte de mis hierbas a secar, luego fuimos afuera a sentarnos en el césped con sombra, con la esperanza de atrapar una brisa.

Kyra me habló de su primer beso con Falkner y de cómo ahora se besaban constantemente, como si ambos acabaran de probar su primer bocado de pasteles de miel. Mientras escuchaba, miré atentamente al borde del sendero de la casa, deseando que Diarmuid apareciera.

Mientras, mis ojos se esforzaban a ver en la distancia, vi los arbustos moverse, dejando ver un par de pies.

—¡Ahí viene! —grité, luchando por levantarme y ajustarme mis faldas. Cuando estuve organizada, vi que no era Diarmuid, pero era un muchacho joven—. No es él. —Mi voz decayó con decepción.

—Pero es un Leapvaughn —dijo Kyra con entusiasmo— Mira la tela escocesa de su tartán.

—En efecto. —Mi corazón dio un vuelco cuando el chico nos sonrió con timidez.

—Aquí tengo un mensaje para Rose MacEwan.

—Esa soy yo —dije, yendo a su encuentro.

Cate Tiernan

Él buscó en su bolso y sacó un trozo de lino prensado, parecido al pergamino que utilizábamos en nuestro libro de sombras. Entregándomelo, se inclinó.

—Buenos días.

Mi corazón se llenó de alegría cuando tuve la nota en mi pecho.

—¡Apenas puedo respirar!

—¡Léelo! ¡Léelo! —jadeó Kyra.

Empecé a leer.

“Mi querida Rose, es con gran tristeza que te escribo. Yo siempre te amaré, pero...”

Las palabras empezaron a pegarse en mi garganta, no podía hablar, pero tampoco podía apartar mis ojos.

“He llegado a ver que nosotros nunca podremos estar juntos. Fue una estupidez de mi parte pensar que podríamos casarnos, aunque siempre pensaré en ti con anhelo, en nuestro lugar especial del bosque. Piensa en mí cuando vayas allí, puesto que mis ojos jamás volverán a regocijarse ante ese lugar ni ante ti otra vez.

Por favor, Rose, no llores por mí. Habrá otros para ti. ¿Quizás un corpulento, y cordial muchacho Wodebayne? Mientras tanto, la mejor cosa que puedes hacer es olvidarme. Atentamente Diarmuid.”

El dolor me cortaba como una lanza por el centro de mi cuerpo. Me doblé sobre la nota, desplomándome en el suelo. Sollozando en el suelo, apenas fui consciente de Kyra revoloteando, tratando de llevarme adentro, para traer un poco de agua, para acariciar mi cabello.

Diarmuid no iba a venir.

Él no se casaría conmigo.

Mi vida estaba realmente llegando a su fin.

Los días fueron un torbellino de dolor y lágrimas no derramadas. Cuando Ma me encontró primero en cama en casa, presionó su mano en mi frente con alarma.

—¿Estás enferma? —preguntó, sus ojos acosados por la inquietud.

—Bastante enferma —le dije—, es mi digestión. Ya nada sabe del todo bien.

Rápidamente se dedicó a colocar trapos fríos sobre mi cabeza y muñecas, y me hizo una poción especial para beber. La observé mientras lo hervía todo junto: reina de la pradera, menta y hojas de la menta gatuna y flores. Esto era una clase de hierbas. Pero una dolorosa. No sabía cuánto tiempo podía fingir que todo mi

dolor era físico, pero no podía empezar a contarle a mi madre la verdad sobre Diarmuid.

¡Mi Diarmuid!

Estaba devastada. ¿Cómo podía el alejarse de mí? Apreté mi rostro en la almohada cuando una nueva ronda de lágrimas atormentó mi cuerpo. Ma me preguntaba dónde me dolía; yo le mentí y dije que el dolor estaba en mi vientre. No podía soportar revelarles que estaba sufriendo de un corazón roto.

Kyra vino a verme todos los días, trayéndome flores y galletas recién horneadas que me cayeron bien una vez las ingerí.

Una tarde Kyra se quedó conmigo, mientras Ma fue a hacer un recado, y me animó a ponerme un chal de verano y aventurarme fuera de la casa en busca de un poco de aire fresco.

El sol estaba caliente, pero había una brisa fresca, haciendo al calor tolerable. Mi cuerpo se sentía débil, como un viejo carro chirriante, pero Kyra dijo que era por quedarse en cama tanto tiempo. Nos sentamos bajo un viejo árbol del camino.

—No puedes dejar que un chico te deprima así—Kyra me dijo—. Lo olvidarás con el tiempo.

—Nunca —dije, alcanzando a tocar mi vientre. Un pequeño montículo estaba creciendo allí, a pesar de que todavía era demasiado pronto para que cualquier persona lo notara—. No puedo dejar ir a Diarmuid, porque voy a tener a su hijo para Imbolc.

Kyra jadeó.

—¡Un bebe! No es de extrañar que te estés sintiendo enferma.

—Sí, pero el té de menta y reina de los prados de Ma han ayudado a la enfermedad en mi cuerpo. Es el dolor en mi corazón lo que no cede.

—¡Oh, Rose... pobre Rose! —Kyra frotó mi espalda suavemente a través del chal—. ¡Tener un hijo! Debe ser terrible para ti. Desearía que me lo hubieras dicho antes. Voy a ayudarte a deshacerte de él. Hay hierbas que...

—Quiero al niño —dije.

Ella sacudió la cabeza tristemente.

—¿No aquí, no ahora? Tener un hijo bastardo en estas partes es peligroso. Serás condenada al ostracismo por todos, ¡incluso en nuestro propio aquelarre!



Kyra tenía razón. Dar a luz a un niño fuera del matrimonio era un pecado rechazado por todos en las tierras altas. Mi vida estaría arruinada. Doblé los brazos sobre mi vientre.

—Todo estará bien, porque el niño tiene un padre. Diarmuid vendrá a mí antes de Imbolc.

—¿Y si no lo hace?

Me mordí los labios con fuerza, negándome a responder.

—¡Nadie tiene que saber que perdiste al bebe! Yo he escuchado que puedes preparar un té...

—¡Basta de hablar de eso! —insistí—. Diarmuid será un padre para mi hijo. —Traje más cerca chal que me rodeaba—. Estoy segura que él estaría aquí si lo supiera...

—A medida que mi palabras se fueron apagando, me di cuenta que había encontrado la solución.

Este bebé traería a Diarmuid a mí. Una vez el supusiera de esta vida, saltaría los obstáculos entre nosotros.

—Eso es —dije, parpadeando—. Tengo que decírselo. —Me puse de pie, sintiendo la fuerza aumentando en mi interior—. Tengo que ir a él.

Kyra me miró sacudiendo su cabeza.

—¡Si voy con la noticia de nuestro hijo, seguramente pensará en una manera para que nosotros estemos juntos! Estará tan lleno de alegría, nada lo detendrá.

—Pero la nota... —Kyra se puso de pie y cepilló sus faldas—. Él dijo que...

Sacudí la mano para desecharlo.

—Él no sabía nada de nuestro hijo cuando escribió eso. —Me dirigí a la casa de campo, pensando en las nuevas posibilidades—. Quizás cuando sus padres sepan sobre nuestro bebé, se ablanden, también. Nosotros podríamos vivir con ellos. O si ellos nos rechazan, Diarmuid se vendrá a vivir entre los Wodebaynes. Sé que nuestro aquelarre sospechará de él, pero una vez lo lleguen a conocer, lo aceptarán.

Con cada aliento, el rubor de la salud llenaba mi cuerpo. Había estado enferma por Diarmuid, pero la cura estaba a mi alcance ahora. Podría ir a mi amor. Y una vez que él supiera acerca de la bendición del niño dentro de mi vientre, me daría la bienvenida con los brazos abiertos.

Al siguiente día me fui en una carreta tirada por caballos hacia Lillipool la aldea de Diarmuid. Falkner había logrado obtener la carreta y el caballo de la tienda de su



padre, y Kyra estaba sentada entre nosotros, advirtiéndolo el castigo que nosotros tres tendríamos que enfrentar si nuestros padres supieran la verdadera razón de nuestra visita a Lillipool.

Ella a veces podía ser muy enérgica, aunque tenía que agradecerle por organizar la carreta. En mi condición actual, no estaba segura de que pudiera caminar todo el camino hasta Lillipool sin incidentes.

Lillipool era considerado como un pueblo cristiano, aunque durante algún tiempo nuestro aquelarre había sabido que los Vykrothes tenían un círculo cercano, y pastores Leapvaughn vivían en casas de campo a sus alrededores. Allí estaba la usual pequeña iglesia, que supongo era donde el clan de Diarmuid asistía para eludir la persecución de las brujas. Había un molino de manivela en el borde de la aldea. Pasamos por él, y a continuación nos encontramos en el centro de la aldea. En la pequeña Lillipool, la plaza era polvorienta, los vendedores ambulantes mostraban sus mercancías en medio de nubes de polvo. Nadie sabía porque la hierba se negaba a crecer aquí en la plaza del pueblo, pero mi madre me había dicho una vez que a pesar de que los Leapvaughns tienen un don para la carpintería y las ventas, se sabía que ellos eran agricultores estériles.

Falkner guió el vagón a través del carril, deteniéndose por algunos aldeanos que pasaban, que no nos prestaron atención. Él llevó la carreta a un vagón al final de la plaza, el lado lateral de esta escrito con “Los Mejores Talladores de Madera”.

—Tengo que recoger una mesa para Pa —él dijo—. No llevará mucho, por si ustedes quieren recorrer los alrededores.

Él nos ayudó a bajar de la carreta, y nosotras quitamos el polvo de nuestras faldas y caminamos hacia adelante con cautela, nuestros brazos entrelazados.

—Espero que esté aquí —dije—. Su padre quiere que cuide de las ovejas, pero Diarmuid prefiere pasar su tiempo en la aldea y el mercado.

Kyra asintió con la cabeza, desviando la mirada cuando un vendedor ambulante de estaño la miró de reojo.

—Es un pueblo extraño —dijo—. Como un desierto en las tierras altas.

A medida que pasábamos junto al vagón del hojalatero, un carro cargado con frutas, y otro con una gran variedad de sombreros, seguía buscando a Diarmuid. Vi a un muchacho que caminaba de la misma manera y otro que parecía compartir su amplia sonrisa, pero no vi a mi amor.

Cate Tiernan

Cuando llegamos al final de la hilera de carros, vi una cabeza de cabello castaño rojizo. Su rostro adornado con plumas, revelando unos sorprendentes ojos azules y una sonrisa que calentaba mi corazón.

Diarmuid.

—¡Allí está él! —jadeé.

Kira me apretó el brazo.

—Lo encontraste.

Pero él no estaba solo. Una chica alta como un cisne, con cabello rubio pálido estaba a su lado.

—¿Quién es ella? —Kyra murmuró.

—No lo sé. Quizás una amiga.

Kyra miró atrás hacia la carreta.

—Iré a ver si Falkner puede informarse.

Apenas me di cuenta que ella se había alejado de mi lado. Mi Diarmuid estaba a mi alcance, tan cerca que podía correr a sus brazos, sin embargo algo me mantenía allí, mis pies atascados en el suelo. *¿Quién era esa chica?* Miré con horror como ella le decía algo a él, haciéndolo reír. Tenía todas las marcas de coqueteo. Pero entonces él le dio una palmadita en la barbilla de ella, parecía más como un hermano mayor. Una mujer mayor se acercó y entregó a la chica una tarta. Ella tomó un bocado, entonces le dio de comer el resto a Diarmuid con sus dedos desnudos.

Tal gesto íntimo. Y él la tomó de sus manos, lamiendo sus labios. ¡Oh, diosa! ¿Qué significaba esto?

—Rose —dijo Kyra, suavemente apoyando su mano sobre mi brazo—. ¡Es terrible... tus peores temores están confirmados! ¡Ella es la prometida de Diarmuid! ¡Ellos fueron prometidos el uno al otro cuando eran niños, y están a punto de casarse el Samhain que viene!

Negué con mi cabeza.

—¿Un matrimonio arreglado? —¿Cómo puede ser? ¿Por qué él nunca me lo había dicho? Apreté mis manos en mis mejillas calientes. Si Diarmuid estaba prometido a otra, él no tenía ninguna posibilidad de estar casado.

—¡Oh, Rose! —Kyra apretó mi brazo—. Estas terribles noticias, y con el niño...

No podía ser. Mis manos se redujeron a puños a mi lado, y por un momento quise precipitarme y golpearlo. Diarmuid no era el héroe que había pensado que era.

Pero entonces, él se había enfrentado a obstáculos abrumadores. Tal vez había estado tratando de protegerme de esto hasta ¿que lo arreglara? Y si sus padres habían arreglado el matrimonio, eso significaba que no había tenido otra opción.

—Entonces él no la ama —dije, pensando en voz alta—. Y por supuesto, sus padres quieren que se case dentro de su clan. Estoy segura de que es parte de la razón por la que ellos no quieren que se case conmigo.

—No realmente —dijo Kyra—. El nombre de esta chica es Siobhan MacMahon, y ella no es una Leapvaughn, pero sí una Vykrothe.

—¿Un matrimonio arreglado con alguien de otro clan? —La ira creció en mi garganta, caliente y dolorosa. Sus padres pensaron que era aceptable que él se casara fuera de su clan, pero no ¿conmigo? ¿O era que no podía casarse con una Wodebayne?

—Falkner tiene la mesa cargada en la carreta —dijo Kyra—. Está listo para salir.

—Pero no puedo... —Eché un vistazo más a Diarmuid. Siobhan todavía se cernía sobre él como una abeja recolectando néctar de una flor. No era el momento de ir allá y decirle al chico que iba a tener a su hijo. Esta reunión no había funcionado del modo que había planeado. No, en absoluto.

—Rose, estás llorando —dijo Kyra con suavidad.

—No importa. —Quitó las lágrimas de mis ojos con el dorso de mis manos.

Necesitaba verlo con ella. Necesitaba ver al enemigo.

Me quedé mirando a la chica con cuello de cisne que estaba adulando a Diarmuid. Era alta y esbelta, con el cabello rubio oro. Todo en ella era el opuesto físico de mí.

Diarmuid no podía amar a alguien tan diferente a mí. ¿Cómo podía ser, Diosa? ¿Cómo era posible que él pudiera amar a otra en absoluto?

—Estaremos mejor si nos vamos —dijo Kyra.

Sentí su mano sujetar mi brazo y tirar de mí hacia la carreta, mis ojos todavía sobre la prometida de Diarmuid.

¿Cómo podía siquiera pensar en casarse con otra?

¿Cómo podría?



capítulo 9

H a c e r y e n c a n t a r m u ñ e c o s .

Traducido por Ellie

Corregido por Mari NC

Me prometí que no lloraría más. Todos sabían que llorar demasiado podría dañar al niño en la matriz de una madre, y comenzaba a entender que las lágrimas eran inútiles. Debía hacer algo para asegurar la felicidad y la salud de mi bebé.

Era tiempo de usar mis poderes.

¿Por qué no pensé antes en esto?, me pregunté, mientras cosía y decoraba mis muñecos, trabajando en ellos un poco cada día y cada noche. El curso de mi relación con Diarmuid corría paralelo al de mi magia. ¿No lo había cautivado completamente con la piedra rosa? Y entonces, cuando la había perdido, él se había alejado, sin volver ya a nuestro círculo secreto. Estaba tan claro. Necesitaba conseguir la ayuda de la Diosa para recuperarlo.

Busqué en la alacena de piedras de mamá, intentando encontrar una gema para reemplazar la piedra rosa. Pesé cada piedra en la palma de mi mano, esperando sentir el tirón o el resplandor del poder, pero nada sucedió.

Quizás un encantamiento ya no sería correcto. Necesitaría de un hechizo.

Primero dediqué una vela para él, gravando runas en uno de sus lados para formar su nombre. Aunque tenía que ocultar la vela de los ojos de mamá, la encendía siempre que ella salía, cantándole a la Diosa para reavivar la llama del amor en este chico. Y cuando la vela se consumió, bendije mi vientre con el humo, invitando a mi bebé a sentir mi amor por su padre.

Al trabajar la magia de la vela, también busqué un poderoso hechizo de amor. Aunque mamá instruyó a Kyra para hacer muñecos de amor, no podía recordar los detalles. Buscando en el Libro de las Sombras de mi madre, encontré el hechizo. Se llamaba simplemente "Muñecos":

Cate Tiernan

Debes cocer a mano dos muñecos para representar a los dos amantes.

Lo que sea hecho a los muñecos, les sucederá a los amantes.

Corta dos pedazos de tela formados como un hombre, entonces otros dos formados como una mujer. Al cortar la tela, piensa en la persona a la que representa. Si el amante ideal tiene largo y fluido cabello o una barba tupida, así que debe ser su muñeco. Debe tenerse en cuenta que el amante que se busca es el compañero ideal, no un hombre o mujer específicos.

Llena la figura con hierbas gobernadas por Venus. Tales hierbas son: verbena, matricaria, milenrama, madre tierra, capullos o damiana. ¡Esta magia es muy poderosa! Sólo debe utilizarse para un amor que tendrá permanencia, no para un mero enamoramiento.

Debes de realizar tres veces un ritual de amor sobre los muñecos durante la Luna de Cera.

El hechizo era muy específico y prometía ser muy poderoso. Y yo le daría aún más poder haciendo que mi muñeco no sólo luciera como Diarmuid, sino también bordando su nombre en él. Mi propia marca de magia había funcionado bien al encantar la piedra rose; me sentía segura de que esto sería aún más fuerte.

Me tomó días el construir los muñecos, días en los cuales mamá advirtió y favoreció mi trabajo. —Tienes diecisiete años de edad, Rose. Quizás sea tiempo de que te enamores de un brujo apacible.

Ella no vio el nombre que había cosido sobre el muñeco, y no se dio cuenta de que se parecía a Diarmuid, que estaba diseñado para captar su amor, y yo no me atreví a decirle que usaba magia que ella consideraba oscura. Cuando los muñecos estuvieron listos, tuve que esperar hasta la Luna de Cera para empezar el hechizo. Me sentía impaciente, pero supe que el hechizo tendría su potencia máxima sólo si seguía todas las instrucciones.

Cuando estuve lista para realizar el hechizo por tercera vez ya era agosto, y los preparativos de Lughnassadh estaban sobre nosotros. Durante las semanas en que preparé los muñecos, extrañé a Diarmuid desesperadamente. Mi único consuelo era que tendríamos juntos el resto de nuestras vidas una vez que pasáramos este obstáculo.

También noté que el bebé crecía, empujando la ringlera de tela que había envuelto alrededor de mis faldas. Tuve que ajustar la faja más alta, lo que sólo pareció acentuar la nueva lozanía de mis senos. Quizás este era el propósito de la Diosa al hacerme esperar: el mostrarle a Diarmuid una señal visible de mi amor por él, el niño en mi vientre.

capítulo 10

L u g h n a s s a d h

Traducido por rihano, Malu Cullen y Susanauribe

Corregido por Mari NC

Levantándome antes del amanecer en el día de Lughnassadh, la celebración en honor al dios sol, me fui a mi círculo secreto para completar el hechizo de amor. Como lo había hecho antes, coloqué los muñecos boca abajo en el altar de piedra y consagré el círculo. Acomodé a la muñeca para que fuera yo, luego cogí al muñeco, con el pelo marrón ligero hecho de lana hilada. Rociándolo con agua salada e incienso, canté: —Este muñeco es Diarmuid, mi mùirn beatha dan en todos los sentidos. Como el vivo Diarmuid, así vive este muñeco. Lo que le haga a esto, se lo hago a él.

Besé al muñeco Diarmuid, y luego lo puse de regreso al lado del otro en el altar. Arrodillándome ante ellos, moví los dos muñecos más cerca el uno al otro, tocándose, girando, presionando cara a cara. A medida que los movía, me imaginé a mí misma llegando a Diarmuid, encontrándome con él, tocándolo, besándolo y sosteniéndolo tan cerca en mis brazos, que podía saborear la sal en su piel.

Cuando los muñecos estuvieron cara a cara, envolví mi cinta roja alrededor de ellos.

—Ahora la Diosa puede vincular a estos dos juntos, mientras yo los uno aquí — dije. Dando vueltas y vueltas, los rodeé con la cinta, y luego lo até con fuerza para que nunca, nunca se separaran—. Ahora ellos son eternamente uno. Puede cada uno convertirse verdaderamente en una parte del otro. Separados, parecerán incompletos. ¡Que así sea!



Apoyé mi athame sobre los titeres unidos, pidiéndole a la diosa que me prestara su poder para esto y todos los hechizos que lancé. Luego envolví los muñecos en un paño blanco limpio. Los guardaría en las vigas de la cabaña para que ningún animal o humano pudiera meterse con mi magia.

Después de que mi tarea estuvo terminada, levanté la cabeza hacia el brillante cielo del mediodía. El calor era abrasador hoy, arrojando un resplandor blanco en toda la tierra. Sí, éste era el día correcto para honrar al dios sol. Iría a Lillipool, pero no hasta que el sol hubiera pasado. Era mejor no hacer un viaje en el calor. Además, últimamente mi bebé había agotado mi fuerza. Ya no necesitaba hierbas especiales para calmar mi mareo, ¡pero parecía que la bebé quería que durmiera todo el día! Necesitaba descanso y un sorbo de té frío.

Al caer la tarde, cuando el aire se había enfriado y Ma estaba fuera preparando la celebración del Lughnassadh, yo sabía que era el tiempo para irme. Mientras caminaba, canté fragmentos y pedazos del hechizo de amor.

—Ahora puede la Diosa vincular a estos dos juntos, mientras yo los uno aquí... Separados parecerían incompletos... —El hechizo sosteniéndome, y en poco tiempo el antiguo molino de Lillipool se alzaba delante de mí.

Hoy no fui tan afortunada de encontrarlo en el mercado polvoriento. Sabía que su aquelarre también se estaría preparando para celebrar la Fiesta del Sol, pero ¿cuáles eran sus tareas? ¿Calentar el vino o consagrar el círculo? No me atrevería a acercarme a otro círculo de brujas, no es que sería capaz de encontrarlo.

Ayúdame, Diosa, recé. Señálame la dirección de mi amor.

Di la vuelta al triste mercado, esperando por una respuesta. Diarmuid no apareció, pero a medida que caminaba, me encontré con una pluma roja. Asentada en el medio de la calle, sola y abandonada, y la visión de esta me recordó a las plumas rojas entrelazadas con la hiedra que yo había utilizado para nuestra celebración de la noche de verano. Había torcido la hiedra alrededor de las plumas, de color rojo para la sexualidad, y las coloqué adornando en torno a nuestro círculo.

Ahora bien, esta pluma apuntaba hacia un camino. ¿Estaba apuntando hacia mi amor?

Yo creía que así era. Apurándome, seguí el camino, el cual pasaba más allá de la iglesia y las pintorescas cabañas de la campiña. Mis ojos siguieron los parches de color verde oscuro del pasto hasta un pequeño hueco donde una figura dormía a la sombra.

Diarmuid.

Cate Tiernan

Probablemente se suponía que estuviera cuidando las ovejas, aunque el calor de este verano llevaría a cualquier muchacho a dormir la siesta. Me aventuré fuera del camino y me acerqué a él, mis zapatos susurrando en la hierba fresca. Aunque no lo llamé, se agitó con mi aproximación, frotándose los ojos. Se volvió hacia mí, me vio, entonces se puso rígido.

—¿Qué visión es esta? —jadeó—. ¿Ha descendido la diosa misma, o soy yo, que duermo y sueña con el amor?

Mi corazón se derritió. Seguía siendo el mismo Diarmuid, un poeta y un bromista.

—He venido a reclamarte —dije con firmeza.

Él tomó mi mano y la llevó a sus labios. —Siempre tendrás mi corazón, Rose.

—Quiero más —dije, emocionada por la chispa de sus labios en mi mano—. Hemos convocado a la Diosa para bendecir nuestra unión, y ella lo hizo. Mira hacia abajo sobre nosotros con simpatía, y sin embargo ¿tú permites a otra convertirse en tu novia?

Se quedó mirando al suelo.

—No era mi intención Rose.

—¿No recuerdas tus últimas palabras para mí? ¿Que estaríamos casados inmediatamente?

—Sí —dijo él tímidamente—. Sin embargo, no es tan sencillo.

—Sí, hay complicaciones, pero he venido a ayudarte a atravesarlos.

Sus ojos azules brillaban con pesar.

—Me temo que no puedes evitarlo, Rose. Nadie puede ayudarme. He aprendido que un hombre no puede enfadar a sus mayores o desafiar a su clan. Necesito la aprobación de mi aquelarre, y ellos han votado para no darlo.

—Sí, me enfrento a los mismos desafíos —le dije, pensando en mi mamá y los del aquelarre que querían despotricar contra los clanes rivales—. Pero esto no es ninguna sorpresa, Diarmuid. Hablamos de ello con frecuencia. No será fácil, pero debes mantenerte firme y fuerte, bajar la cabeza y embestir, al igual que el carnero en el campo aquél.

—Ojalá yo fuera un carnero, destinado a masticar la hierba y holgazanear al sol.

—Llevó una mano a su garganta y apretó nerviosamente el pentagrama escondido por su camisa—. En cambio, soy un joven casadero, una propiedad de mis padres, colgando como una zanahoria delante de un caballo.

Cate Tiernan

—Dime que no la amas —le dije.

—Ella tiene razonables encantos —dijo él, cortándome.

Mis rodillas casi se doblaron debajo de mí. ¿Era este mi amor, el que había comprometido su amor en el círculo de la Diosa? Él había prometido amarme sólo a mí. Se suponía que iba a ver sólo mis encantos.

¿Él la besaba de la forma en que me había besado? ¿La tocaba y...? oh, ¡insostenible tortura! Yo no podía pensar en esas cosas ahora. *Piensa en el hechizo, me dije. Tu razón de estar aquí, tu bebé.*

—Pero sobre todo, es la facilidad con que mi vida va a progresar si acepto su mano.

Sus palabras me dieron algo de alivio. Me di cuenta de que era el momento para decirle.

—Sin embargo, yo no te ofrezco una vida fácil, sino un signo de nuestra unión. —Valientemente tomé su mano y la coloqué sobre mi vientre—. Hay un niño dentro, Diarmuid. ¿Lo sientes agitándose?

Él se quedó sin aliento, dando un paso más cerca de mí. Había poder en su tacto, magnificado aún más por el brillo del niño creciendo dentro de mí.

—La diosa nos ha dado un bebé, un signo de nuestra unión. Será el niño que una a los Wodebaynes y los Leapvaughns. Tal vez nuestro hijo unirá a todos los clanes. Oh, Diarmuid, esto es lo que la diosa se proponía. ¿Podrías negar un destino tan poderoso?

—No podría —jadeó—. No lo haré. —Su rostro se suavizó mientras acariciaba mi vientre—. Un hombre no abandona a su hijo, no importan los obstáculos.

Mi estado de ánimo se elevó. Él entendió. Sabía que nuestro bebé era una señal de la Diosa.

—Debemos casarnos ahora, ¡hoy! —dijo, tirando de mí en sus brazos por un beso. Luego se apartó y cayó de rodillas para besar mi vientre—. Mi hijo. ¡Alabada sea la Diosa! —Besó al bebé una y otra vez.

Yo sonreí.

—¿Cómo te casarías? ¿En una iglesia? ¿O crees que una de nuestros aquelarres añadiría un altamente inusual matrimonio a prueba para los ritos de Lughnassadh?

—Lo haremos de cualquier forma que podamos —insistió él—. Quizá tu pueblo es lo mejor, lejos de Siobhan y mi familia. Vamos a ir con el reverendo presbiteriano primero, esta noche. Seguramente nos ayudará.

Mi corazón se levantó. *Diarmuid iba a venir a casa conmigo. Estaríamos juntos, ¡casados!*

—Después de eso vamos a organizar un matrimonio a prueba —añadió—. Nadie se atreverá a negarnos una vez que estemos juntos. Primero tengo que correr a casa por unas pocas pertenencias, y luego voy a encontrarte. —Levantó la vista, midiendo la posición del sol.

—Vamos a reunirnos en nuestro círculo en el bosque antes de que el sol se ponga.

Puse mi mano en su pelo, amando la sensación del mismo.

—Desearía que pudiéramos viajar juntos.

—Sí, pero tu presencia podría levantar demasiado revuelo en mi casa ahora mismo. Nos encontraremos en el bosque en nuestro círculo antes del atardecer. —Se puso en pie y me besó de nuevo—. Oh, Rose, tú eres el mundo para mí. Después de hoy, nunca nos separaremos de nuevo.

—Nunca —le dije, pensando en las palabras del hechizo de amor—. Nunca.

El viaje de regreso a mis propios bosques fue fresco por las brisas de la tarde y los sueños que persistían en los brazos de Diarmuid. En el camino me detuve en el arroyo por un trago de agua, luego me dirigí a preparar el círculo para nuestra reunión formal. Barrí el círculo, entonces decidí descansar sobre el musgo por un tiempo, ya que los largos viajes habían hecho mella en mi fortaleza. Me senté allí cantando el hechizo de amor e imaginando a Diarmuid en mi cama cada mañana cuando me levantara. ¿Dónde viviríamos? Quizás Ma nos acogería una vez que superara su enojo inicial. Además, ella querría estar cerca del bebé, para ayudar a cuidarla, luego le enseñaría los caminos de la Diosa mientras crecía. Escuchando los sonidos de los bosques, el trino de los pájaros y el susurro del viento en los árboles, me quedé dormida.

Cuando me desperté, estaba oscuro, excepto por el brillo enfermizo de una luna amarilla.

¿Dónde estaba Diarmuid? Me senté de golpe, y mi lugar sagrado parecía un desierto extraño. Mi fuerza de vida golpeó en mi pecho mientras la realidad me golpeó.

Él no estaba aquí. ¿Estaba viniendo?

Cate Tiernan



¿Qué había sucedido?

—Oh, diosa, cuídalo y protégelo —susurré, segura de que algo terrible le había sucedido. No podía haber otra explicación. Yo había visto la determinación en sus ojos, había sentido su compromiso. Nada podría alejarlo de mí. Nada excepto... algo terrible y malo.

Me puse de pie, sacudiendo el polvo y las semillas de mi pelo. Volvería a la aldea de Diarmuid. Seguramente me había perdido el círculo del aquelarre, pero pensaba perder muchos más en mi vida con Diarmuid. ¿Quién sabía a dónde nuestras aventuras nos llevarían? Y justo ahora él me necesitaba. Tenía que ir a él.

La oscuridad se cerró en torno a mí, mientras me deslizaba por el bosque, siguiendo mis puntos de referencia familiares hacia la carretera.

Me puse en camino, dirigiéndome a una subida. Mirando hacia arriba, vi a una chica de mi edad acercándose.

Cuello de cisne. Cabello rubio.

Siobhan MacMahon.

Estaba atrapada por el odio hacia ella, todo acerca de ella, desde su pelo acariciado por el sol hasta su cuello largo y grácil. Pero mientras ella me veía, me di cuenta de que tal vez estaba siendo injusta. Tal vez, al estar Diarmuid en problemas, él la había enviado a buscar por mí. Tal vez ella era la mensajera de mi amor. Di un paso hacia ella, ávida de noticias.

—¡Oye! —le grité—. ¿Has venido en busca de mí, de Rose MacEwan?

—Sí. —Ella llamó de cerca, una acidez filtrándose de su boca—. Yo he venido en busca de la ramera de Diarmuid.

Me sentí herida.

—Acabo de dejarlo, el pobre muchacho —dijo ella—. Estaba a punto de arruinar su vida corriendo detrás de una mujer que podría satisfacer sólo sus deseos básicos. ¡Una Wodebayne! Tal locura. Lo detuve en el último momento.

—¿Cómo lo detuviste? —le pregunté, temiendo el daño que ella podría haberle hecho—. ¿Lo lastimaste?

—No fue necesario. Yo sólo necesité saciar sus deseos para recordarle su atracción por mí. Él está bien. Durmiendo como un bebé, si debes saberlo.

Sentí que mis manos se apretaban en puños ante las implicaciones. ¿Ella se había acostado con él? Yo no podía creer que fuera cierto. Él había jurado ser mi primer y

Cate Tiernan

último amor y yo el suyo. —No te creo —le dije—. No creo una palabra de lo que estás diciendo.

—Sí, pero claro, ustedes los Wodebaynes no son brillantes, ¿verdad? Eso fue lo que le dije. ¿Por qué desperdiciar una vida hermosa conmigo para que puedas malgastarla con una Wodebayne salvaje y sin educación?

—¿Tal vez él no quiere ser contado entre belicistas como los Vykrothes? —solté.

Ella ladeó la cabeza, como si se cansara. —Él está perfectamente bien con mi clan. Eso es parte de su problema. Diarmuid encaja con todo el mundo. Por lo menos, con cada muchacha. Supongo que podrías llamarlo el encanto de los Leapvaughns. A ellos les gusta engañarnos. Tú no eres su primer errorcito, sabes. Ha tenido otros antes que tú. —Ella se cruzó de brazos con satisfacción—. Pero siempre vuelve a mí.

¿Un error? ¿Un truco? Sus palabras atravesaban el aire como flechas. La evalué. Si yo fuera a luchar con ella, sentí que ganaría, y la tentación de echarla al suelo fue irresistible.

—¡Cómo te atreves! —Yo hervía, alcanzando su brazo.

Siobhan se alejó un paso, evitándome.

—Ten cuidado. —Ella sonrió como un gato que se había caído pero que había aterrizado de pie.

—No puedes luchar contra las fuerzas trabajando aquí. Él y yo estamos prometidos por nuestros padres hace mucho. Era un plan para unir a los Vykrothes y Leapvaughns. Y aunque mi Diarmuid ha perdido el gusto contigo, él siempre vuelve a mí. —Sus pálidos ojos grises llenos de maldad—. Me ama. Eres sólo un capricho pasajero.

—Eso dices —dije en tono cortante, aunque sentí mi fuerza deslizarse en la creciente marea de duda. Permanecí de pie allí, tratando de luchar contra los sentimientos que barrían a través de mí hacia la implicación de que Diarmuid se había acostado con otra, quizás muchas otras. ¡Oh, Diosa! Quería tumbarme en el piso y sollozar pero no le daría a Siobhan la satisfacción de presenciar el pleno desarrollo de mi dolor.

¿Me había traicionado?

¿Había dormido con otra?

Oh, Diarmuid.

—No he venido para pelear contigo, si no para darte una advertencia. —Continuó Siobhan—. Sé de tu tonta magia y tu tendencia Wodebayne a volver hacia las fuerzas oscuras. —Alcanzó su bolsillo y sacó un pequeño objeto. La sostuvo hacia la luna, entonces la tiró hacia mis pies.

¡La piedra rose! ¿Cómo la había conseguido?

—Es inútil ahora —dijo ella—. Me encargué de eso.

La pequeña piedra lucía oscura y gris en el polvo del camino. Me sentía demasiado sorprendida para recogerla o responder.

—Permanece lejos de Diarmuid, o lo lamentarás tanto como vivas. —Con eso, Siobhan se giró y marchó hacia Lillipool.

Miré tras ella en absoluta impresión. ¿Ordenándome alejarme de mi amor? ¡Deshabilitando mi encantamiento mágico! ¡Desafiando a la Diosa! Malicia elevándose en mi interior, revolviéndose, quemando. La urgencia de shootdealandé hacia ella hizo que mis manos se retorcieran. Levanté mi mano...

Pero ella se giró con el ceño fruncido.

Sostuve el fuego en mi interior, sostuve el deseo de explotarlo en su rostro.

—¡No has visto mi final! —grité—. No tendrás a Diarmuid, y pagarás por frustrar nuestros planes.

Siobhan rió. Era un cruel, sonido helado que parecía bailar en la brisa del verano. Estaba aun riendo cuando se dio la vuelta y se fue a zancadas. Incluso desde atrás, su largo cuello y pálida belleza era majestuosa y atractiva. ¡Deseé que cambiara de forma a un gordo cisne y echara a volar!

Allí en el centro del camino, estiré mis brazos hacia fuera, hacia la Diosa y levanté mi rostro al cielo. ¡Estaba tan frustrada! ¿Por qué continuaba perdiendo a mi amor en cada giro? A pesar de la debilidad de Diarmuid, sabía que la Diosa deseaba que estuviéramos juntos. Sabía que él estaba destinado a ser el padre del niño que estaba en mi panza.

La luna sobre mí estaba rodeada de un halo acuoso, un signo de desbaratamiento. Mientras observaba, se movió como un anillo de aceite, serpenteando fuera y dentro. Un anillo de demencia. Me hizo cautelosa. Nada en el aire esta noche era de fiar. Era una luna de ilusiones e interrupciones. Medio esperaba que el piso bajo mis pies se combara y cediera, arrojándome profundo hacia una terrosa tumba.

Oh, ¿qué estaba haciendo, sufriendo histeria aquí en medio del camino, donde asesinos, ladrones, y desaprobadores cristianos podían venir en cualquier



momento? Abrumada, me salí del camino para esconderme detrás de algunos arbustos, presioné mis palmas en mi rostro, y comencé a llorar. ¡Era demasiado para soportar, estaba perdiendo a mi amor otra vez! Y dolía todo mucho más ahora que él sabía de nuestro niño.

No solo se estaba volviendo contra mí: ¡estaba rechazando al pequeño bebé en mi vientre!

Estaba sobre mis rodillas, sollozando, cuando sentí a otra bruja de sangre en la maleza detrás de mí. Me di la vuelta y miré hacia la oscuridad, usando mi magesight. Aislinn, la joven bruja del aquelarre de Síle, estaba acercándose a un conejo. Saltó hacia un parche de acuosa luz lunar, tratando de atraparlo, pero el animal se escabulló en el último segundo.

Estaba probablemente en su camino a casa desde el círculo Laughnassadh, pero ¿qué estaba haciendo tratando de atrapar a un conejo?

—¿Aislinn? —llamé entre lágrimas—. ¿Qué estás haciendo? —¿Podría estar tratando de atrapar a una criatura para verter su sangre en un hechizo oscuro?

—Oh, sólo tenía un juego con la criatura —dijo Aislinn, cerrando la distancia entre nosotras. Su boca se torció un poco, haciendo preguntarme si mi sospecha era correcta—. ¿Qué dices tú, Rose? Tu ma dijo que estabas enferma, ¿pero estás aquí, colapsada en el camino? —Se apresuró hacia mí y me ayudó a ponerme de pie—. ¿Puedes caminar?

—Eso creo —dije—. Aunque no tengo ningún lugar al que ir ahora que... —Una nueva ola de histeria se me vino encima, y me atraganté con mis palabras.

Aislinn le dio palmaditas a mi espalda.

—Ven ahora, Rose. Nunca te había visto en tal estado. Debemos sentarnos. —Me llevó hacia un tronco caído, donde nos sentamos en medio de las libélulas—. Te extrañamos en el círculo esta noche, sé que tu ma estaba preocupada, aunque te excusó, reclamando que tu enfermedad se había presentado una vez más. Siento que no es enfermedad lo que te mantiene lejos, si no algunos otros angustiantes asuntos.

Mientras ella hablaba, sequé mis ojos con el dobladillo de mi falda veraniega. Cuando empujó hacia atrás su cabello rojo, me di cuenta de que tenía inscritas runas de plantas teñidas en su frente como parte de su devoción al Dios del Sol. Jadeé. Era la típica Aislinn, pero el Reverendo Winthrop del pueblo la tendría colgada por las prácticas paganas si veía las marcas. Parecía sin embargo que estaba arriesgando su vida para exhibir su devoción a la Diosa.



Aislinn había sido siempre una rebelde, y encontraba mucho de su comportamiento impactante. No estaba segura de si podía confiar en ella, pero era miembro de mi aquelarre, y al momento tenía tan pocas opciones.

—Supones bien —le dije—. Parece que estoy atrapada en un terrible triángulo amoroso, ¡y he pasado la tarde forcejeando con una cruel chica Vykrothe que intenta arrebatarme a mi amor!

Su rostro estaba inundado de luz lunar e interés, así que le conté mis pesares. De mi amor por Diarmuid a pesar de nuestras diferencias entre clanes. De sus intenciones de huir conmigo. De la interferencia de Siobhan. Me las arreglé para excluir mencionar a mi bebé, no queriendo darle a Aislinn más que su cuota de sórdidos detalles. Y parecía que su pasión estaba encendida por toda la situación.

—¡Otro ejemplo de la conspiración de otros clanes contra nosotros! —despotricó ella—. Oh, ¡pobre chica! Por ser la víctima de su odio.

Sentí nuevas lágrimas deslizarse por mis mejillas a sus palabras. Hasta el momento no me había preocupado mucho por el odio entre los clanes, solo quería a Diarmuid de vuelta.

—No te culpo por llorar —dijo Aislinn. Su cabello rojo caía sobre una mejilla como un espeso velo mientras se inclinaba hacia mí—. Es una pesada carga sobre tus hombros ahora, lo hace todo peor el hecho de que tu ma no lo entiende para nada. ¡Ella continúa diciendo a la gente Wodebayne que se tumben mientras otros clanes nos pisotean!

Olfateé, sorprendida de que Aislinn entendiera cuán difícil era ser la hija de una alta sacerdotisa, especialmente una con tales fuertes consideraciones. Aunque los Wodebaynes habían soportado la intolerancia a lo largo de mi vida, mi madre nunca había flaqueado de su posición de paz entre clanes.

Me pregunté sobre Ma ahora. Estaría molesta por mi desaparición. Pero su verdadera furia emanaría cuando se enterara de mi amor por un chico de otro clan y de mi embarazo.

Presionando una mano contra mi vientre, me di cuenta de que debía regresar a Síle esta noche. Era tarde, y sería de lejos muy peligroso, sin mencionar insensato, para mí y mi bebé tratar de hacer el viaje hacia Lillipool esta noche.

Oh, ¿Cómo me había puesto en semejante posición?

—No puedes dejar esta situación así —dijo Aislinn, sus ojos iluminados con determinación.

—Aye, mi corazón no me lo permitirá. —*No lo hará el niño en mi interior*, pensé mientras me deslizaba del tronco.

—Debes contraatacar —continuó Aislinn—. Síle y los miembros de su aquelarre continúan tratando de apisonar los fuegos, pero no hay que extinguir el incendio ahora. Los otros clanes han asestado los primeros golpes, y ahora está en nosotros demostrarles la fuerza de nuestra magia. Tenemos el poder de castigar a los otros clanes. ¿Por qué no lo usamos?

—Efectivamente. —Por una vez estuve de acuerdo con Aislinn. Había soportado tantos desaires como resultado del odio contra los Wodebaynes. Todo era demasiado. Podía apenas sostener mi cabeza firme mientras comenzaba a andar hacia casa.

—Te veré en casa —dijo Aislinn, deslizando un brazo por mi cintura—. Hablaremos más cuando te sientas mejor.

Agradecida por la firme mano en mi cintura, traté de concentrarme en hacer mi camino a casa. ¿Qué le diría a Ma cuando llegara allá, y cómo reaccionaría?

Deambulé por el camino hacia la casita de Ma cautelosamente, esperando a que ella volara de la puerta y viniera a mí. Pero la casita estaba en silencio y oscura, y cuando abrí la puerta, vi que Ma no estaba. Caminé hacia el interior de la ensombrecida casa y me saqué los zapatos, agradecidamente aliviada. El sueño no podría venir lo suficientemente pronto.

Esperando nada más que caer en mi cama, me quité la faja de mi cintura y me deslicé fuera de mi liviano vestido de verano.

De pie detrás del lavabo, incliné la jarra de agua para enjuagar mi cara y manos...

Y una rana saltó hacia fuera.

Me encogí hacia atrás. ¿Una rana? ¿En la casa? Mientras iba a encender una vela del fuego, escuché un croar.

Y cuando me di la vuelta hacia la habitación, las vi: ¡ranas en todas partes! Desiguales, ranas manchadas enfilaban en el piso, montadas en las sillas, posadas en la cama.

Chillé. ¡Estaban rodeándome! ¿Cómo habían llegado hasta aquí?

Sintiendo como si no tuviera ninguna parte a donde girarme, agarré la escoba, abrí de un portazo la puerta, y comencé a echarlas.

—¡Váyanse! —dije—. ¡De vuelta a donde pertenecen! —No quería herir a las criaturas de la Diosa, pero su presencia me ponía de los nervios. Las hice



marcharse de la cama, las empujé de las sillas, las barrí a través del piso. Las gordas, pegajosas criaturas eructaron en respuesta. Balanceé la escoba, enviándolas saltando—. ¡Váyanse! —grité a través de lágrimas de frustración.

Mientras echaba a una pequeña criatura que parecía determinada a regresar, noté un farol flotando por el camino.

Era Ma. Su rostro parecía apacible, incluso divertido mientras se aventuraba más cerca para un mejor vistazo. Miró a las criaturas ahora enfilando el camino hacia nuestra casa.

—¿Ranas?

—La casa estaba plagada de ellas cuando volví.

—¿Qué tipo de hechizo infantil es éste? —preguntó, dando un paso al costado mientras una rana resbaló fuera de la puerta.

¡Un hechizo! Por supuesto. Era un hechizo de Siobhan, la vil chica.

—No había visto los gustos de ella desde que era una niña —dijo Ma—. Es una cosa tonta y pequeña, comúnmente en un Libro de las Sombras de un niño.

Paré de barrer mientras una lágrima rodaba por mi mejilla y caía, haciendo pop sobre una rana. Repentinamente algo dentro de mí chasqueó, y mis lágrimas se volvieron carcajadas. La criatura golpeada por la lágrima saltó de la puerta, croando su queja.

Ma rió, también, y caímos juntas, abrazadas en medio de la absurda escena. Después, nos recuperamos lo suficiente para espantar a las ranas restantes por la puerta. Mientras Ma se movía con el farol, revisando las esquinas de la casa por rezagadas, hablé.

—He estado preocupada por ti. Estaba justo afuera buscando, sabiendo cuan poco característico es para ti perderte un Greater Sabbat. ¿Estás enferma?

—Es terrible, Ma —dije—. Aunque no estoy enferma. —Me senté a la mesa y le conté. Le conté como me había enamorado de alguien de otro clan, otro aquelarre, y como había perdido a mi amor Leapvaughn por causa de su arreglo matrimonial con una Vykrothe. Le conté todo, omitiendo sólo la mención del bebé, porque sería mucho para ella soportarlo de una vez.

—No es algo nuevo que me preocupe —dijo Ma—. Sabía que estabas llevando una pesada carga estos días, sin embargo no lo sabía específicamente. —Se paró de la mesa y fue hacia el armario de sus cosas mágicas—. Debo admitir, Rose, estaba bastante alarmada de descubrir esto justo antes de irme al Sabbat. —Desde el

armario sacó una cartera blanca. No, no una cartera, una tela blanca. ¡Lo levantó para revelar a las dos marionetas que había hecho! ¡Pero ya no estaban atadas juntas con el lazo rojo! Estaban separadas. Ma los puso en la mesa entre nosotras.

—¿Dónde encontraste esto? —pregunté.

—En el piso.

¡Debieron caerse de las vigas! Y Ma había sido la que las había cortado y separado.

—¿Por qué te metiste con ellas? —pregunté—. ¿Por qué frustraste la magia?

—Las iba a dejar juntas hasta que noté las runas que bordaste sobre ellas. —Levantó la que decía Diarmuid—. ¡Pusiste el nombre de un chico en ésta! Verdaderamente, Rose, sabes que está mal. Lo dije esa vez y de nuevo. Esta es magia oscura, y no vendrá de mi hija, o ningún Wodebayne, si puedo prevenirlo.

La vista de las marionetas me frustró tanto, que apenas podía escuchar sus palabras. Así que mi hechizo había funcionado hasta que Ma había descubierto las marionetas y las separó. Sentí fresca ira, esta vez hacia Síle. Estaba poniendo sus creencias sobre la magia antes que a mí.

¿Y qué pasa con el amor de Diarmuid por mí? ¿No es suficiente para lograr nuestro matrimonio sin magia? Todo era tan confuso.

—Rose... —La voz de Mamá interrumpió mis pensamientos—. ¡No estás escuchando! ¡No tienes derecho a intervenir en el destino de ese chico! Puede parecer como si esa fuera la forma de salir, pero tu hechizo intrusivo volverá a hechizarte ¡el triple! Y me preocupo por ti involucrándote con esa chica Vykrothe. Son una tribu feroz, y tienes una historia con ellos de la que no me había atrevido a hablar antes.

—¿La tengo? —Me estremecí—. ¿Cuándo me comprometí con Vykrothe?

—¿Recuerdas ese viaje a la costa con tu padre? —preguntó. Cuando asentí, continuó—. Mientras estabas ahí, las lluvias cayeron, causando una terrible inundación en la costa. Muchas de las cercas vecinas a Vykrothe y los campos fueron inundados... arruinados. Y hay un rumor sobre que las inundaciones vienen como un hechizo conjurado por tu padre.

—¿Entonces papá practicó magia negra?

Mamá suspiró profundamente.

—No lo creo, pero así es el rumor. Dijeron que hubo un terrible enfrentamiento entre Gowan y un hombre Vykrothe en la ciudad. Como resultado, dicen que tu padre conjuró un hechizo en el poblado... De ahí la inundación.

Cate Tiernan

— ¿Alguna vez le preguntaste a Papá?

Mamá miró hacia abajo.

— Ni siquiera supe de la inundación costera hasta que tu papá se había ido.

Negué con mi cabeza.

— Eso es una historia.

— Sí, eso es lo que yo creo que es... una historia descabellada. — Mamá se levantó de la mesa y vertió agua fresca en la vasija—. Ahora, a la cama. Hablaremos sobre esto cuando venga la mañana.

Me lavé y me hice un ovillo en mi camastro. El sueño vendría rápido, lo sabía, mientras que mi mente y cuerpo estaban cansados. Pero mientras me dormía, la imagen de Aislinn saltó en mi mente. Su feroz cabello rojo estaba apagado en la luz de la luna, sus ojos salvajes.

“Tenemos el poder de castigar a otros clanes” había dicho. “¿Por qué no lo usamos?”

¿Porque el poder podía ser peligroso? Pero las brujas se escudaban del poder de la Diosa todo el tiempo. ¿La Diosa no imponía su propio sentido de justicia? Además, yo no había conjurado el hechizo de las ranas. Y no había robado el amor de alguien. Diarmuid se había prometido a mí bajo la Diosa; su conexión con Siobhan era una cuestión de negocios determinada por sus padres. ¿No podría defenderme contra esta vengativa chica? Yo estaba meramente protegiéndome a mí y a mi bebé. Incluso mi padre debía haberse defendido de un Vykrothe todos esos años atrás.

Era mucho para poner en orden esta noche. Bostecé mientras Mamá se acercó, metiendo una sábana delgada encima de mí.

— Buena noche, Rose. Desharemos tu hechizo en la mañana.

Quizá, pensé. O quizá encontraría una nueva forma de conjurar un nuevo hechizo en Diarmuid. Respiré suavemente, sintiéndome mimada por su amor. Ese era un sentimiento adorable por el momento, pero sabía que no me preservaría.

Había alcanzado un momento en el que el amor maternal no era suficiente.

Necesitaba a Diarmuid.

Al día siguiente el Dios Sol envió rayos de luz en la cabaña. La luz me despertó, infundiendo mi cuerpo con energía renovada y esperanza. Pensé en las palabras del rito Lughnassadh.

Cate Tiernan

*“Diosa, te agradecemos a ti
por todo lo que ha sido criado de la soya.
Que crezca fuerte
de ahora hasta la recolecta.*

Te agradecemos a ti por la promesa de las frutas advenedizas.”

Froté mi vientre. Mi bebé no había sido nada excepto una semilla en Beltane, pero sería un buen hijo para nacer alrededor del tiempo de los ritos de Imbolc. Crecer en paz, una pequeña, pensé cuando me levanté de mi cama. Tu madre se ocupará de las cuestiones difíciles y te traerá tu padre.

Esa mañana enlisté la ayuda de Kyra en la batalla. Sabía que si quería tener a Diarmuid, primero tendría que apuñalar a Siobhan.

—Un pequeño hechizo es necesario —le dije a Kyra—. Algo para asustarla. —Después de pensar un poco, añadí—: Algo para estropear su adorable cabello dorado.

Estábamos sentadas en mi círculo sagrado, tratando de recordar algo que alguna vez hubiera escuchado sobre hechizos oscuros. Esa no era la clase de cosas que aprendías en el círculo o mirando el Libro de Las Sombras de tu mamá.

—He escuchado sobre convertir las uñas de alguien negras —dijo ella—. ¿O tal vez puedes enviarle un rayo a su cabeza?

—Eso es demasiado —dije—. No puede causarle daños graves, aunque debo decir, que es tentador.

Deambulamos por los bosques, hablando de lo que sabíamos sobre hierbas y hechizos. Cuando llegamos a una planta con púas, fui y la rodeé con mi bolline.

—Esto es justo lo necesario para enredar su adorable cabello. ¿Puedes imaginarte a Siobhan atrapada entre una zarza de espinas?

De regreso a mi altar corté un adorable iris purpura para darme la sabiduría de trabajar en un nuevo hechizo. Trabajando juntas, Kyra y yo barrimos el círculo y consagramos las espinas. Luego hice una canción.

*“¡Oh Diosa de la Luz, Diosa tan justa,
por favor lleva estas espinas a su cabello.*

Deja que Siobhan conozca mi ira,

no dejes que ella se meta más en mi camino!"

—¡Que así sea! —dijo Kyra, sus ojos se encendieron con expectativa.

Después de eso apenas podíamos contener nuestra curiosidad. ¿Nuestro hechizo sería exitoso?

—Tal vez deberíamos ir y ver con nuestros propios ojos —dije—. Además, estoy programada para un viaje a Lillipool. Debo hablar con Diarmuid y tratar de resolver las cosas.

Kyra metió un aciano detrás de su oreja.

—¿Tal vez deberíamos ir a visitar a Falkner en la tienda de su padre? Si puede conseguirnos un caballo, estaremos en Lillipool en poco tiempo.

Sonreí.

—¿Es porque quieres ver el hechizo o porque quiere ver a Falkner?

Un brillo travieso bailó en sus ojos.

—¡Ambos!

En la tienda de herrería de Kirkloch encontramos a Falkner, que habló con su papá para hacer un mandado a un comerciante en Lillipool. Falkner había conocido a Siobhan en el mercado en más de una vez en una ocasión.

—Esa cree que es la reina de los Highlands —dijo él, rodando sus ojos—. Sería satisfactorio verla llevarse su merecido.

En poco tiempo estábamos en el polvoriento poblado de Leapvaughn, buscando a Diarmuid en el mercado. Resultó que él estaba fuera ocupándose de las ovejas en las colinas, pero Falkner se arregló para aprenderse la dirección de la cabaña de Siobhan. Dejamos el caballo atado cerca al agua en la ciudad y fuimos a la cabaña de los MacMahon a pie. La casa era pequeña, mirando a un campo seco que daba paso a una ciénaga.

Las contraventanas habían estado abiertas desde las ventanas, y humo se alzó de la chimenea. Nos posamos en una colina cercana, justo detrás de un tronco caído.

—¿Ella está en casa? —Kyra preguntó—. No veo a nadie.

—No lo sé —dijo Falkner—, pero no puedo quedarme aquí observando a una cabaña solitaria toda la tarde. Papá tiene trabajo que hacer. Además es mortalmente aburrido.

—Un poco de espera valdría la pena al ver a Siobhan en apuros —dije, mirando a la cabaña.

Encima de las ciénagas unos cuantos pájaros graznaron. Era una tarde perezosa todavía de agosto.

—¿Tal vez podríamos tomar turnos para hacer siestas mientras esperamos? —añadí.

Justo entonces el viento aceleró el calor, vibrando por entre las plantas. Voló desde las ciénagas, pasando nuestra pequeña colina y dirigiéndose directamente hacia la cabaña. Mientras se agitó, voló semillas y se dirigió hacia la cabaña.

La puerta de la cabaña se abrió, y Siobhan salió con furia.

—¡Ahí está! —gritó Kyra.

Con su falda recogida en lo alto Siobhan corrió por la cabaña, tratando de cerrar las ventanas. Presionó una contraventana para cerrarla, pero el fuerte viento la volvió a abrir. Alcanzo la contraventana de nuevo, pero polvo y cardos soplaron directamente hacia ella, enredándose en su falda y encima. Docenas de agujas de pino se engancharon en su pelo, pero cuando ella se estiró para sacarlas, perforaron sus dedos.

—¡Eeow! ¡Ow! ¡Ohh! —gritó, bailando mientras las filudas semillas volaron debajo de las ataduras de sus sandalias.

—¡Ja! —reí con satisfacción. Los tres ya no nos escondíamos detrás del tronco si no que estábamos en él para tener una mejor vista de nuestra presa.

—Oh, Diosa, ¡mírenla! —Kyra se rió conmigo—. Es una visión lastimera.

—De lo que sé de ella, se lo merece un poco —dijo Falkern—. Nunca pensé que la vería gritando por eso.

—Muchas gracias —dije mientras Siobhan continuó saltando, sacando agujas de su ropa y cabello—. Al menos esto debería detenerla de enviar más hechizos en mi dirección. —Y pensé, ¡tal vez la mantendría lejos de Diarmuid también!

—Oh, querida —dijo Kyra, su mano volando a su boca—. ¡Nos ve! Está viniendo en esta dirección.

Me levanté y me paré derecha, sin temerle a esta puta Vykrothe.

—¡Eres tú! —gritó Siobhan, dando zancadas hacia mí—. Esta es tu magia, ¿verdad?

—Sí, aunque debo admitir, tuve que practicar mi moderación —dije—. Es muchísimo menos de lo que te mereces.

Cate Tiernan

—¡Al infierno todos ustedes! —dijo Siobhan, alzando su puño en el aire—. ¡Los maldeciré a ustedes y a sus familias, también!

Ella era un espectáculo, su cabello rubio enredado y apelmazado como tantos cortes burdos de lana sucia. Se movió sin gracia, como si cada giro le doliera.

Eso fue satisfactorio.

—¡Calma! —Falkner caminó hacia ella y gentilmente tocó su hombro—. Calmada, ¡ahora! Estás tan alocada como una bestia salvaje. ¡Tal vez necesitas un sedante!

—¡No me toques! —se estremeció, alejándose de él—. Tendrás que saber que estoy prometida en matrimonio, y deben importarte tus manos.

Falkner levantó sus manos defensivamente.

—¡Me disculpo! Sólo estaban tratando de ayudar.

—Váyanse, ¡todo ustedes! —gritó Siobhan mientras se volteó hacia la cabaña—. Váyanse ustedes y sus viciosos hechizos.

—De la misma manera que cualquier bruja convocaría ranas del estanque —le grité.

Mientras Siobhan golpeaba en la cabaña, me volteé hacia mis amigos.

—Eso valió la pena por esperar, y volverás a la tienda de tu papá en poco tiempo —le dije a Falkner.

—¡Pero esperen! —dijo misteriosamente. Extendió una mano como si estuviera empeñando un arma invisible.

—¿Qué es esto? —dijo Kyra—. ¿Más magia?

Él sonrió.

—Cuando toqué el hombro de Siobhan, me las arreglé para extraer un valioso objeto, una hebra de su cabello. —Él movió sus dedos cerrados ante mí, y lo vi... una delgada línea dorada.

Casi estaba impresionada. Todo este tiempo había pensado que Falkner era de poca inteligencia, pero tal vez él simplemente había estado manteniendo sus pensamientos para sí mismo. En cualquier caso, tuve que admirar su osadía en robar algo que podría mostrar algo valioso, especialmente si necesitaba conjurar otro hechizo contra Siobhan.

—Gracias —dije, quitando el cabello dorado de sus manos y metiéndolo en una bolsa en mi bolsillo.



Kyra limpió su falda mientras nos dirigíamos de nuevo al centro de Lillippol.

—Eso fue sorprendente, aunque pienso que Siobhan es un desperdicio de tu tiempo y poder —me dijo—. Necesitas ir directamente hacia Diarmuid. Hablarle. El verdadero poder está con él, no con esa niña tonta.

—Creo que tienes razón —dije mientras caminábamos—. Y debería ir con él esta noche cuando regrese de los campos. La Diosa le dará la fuerza de desafiar su nombre y clan. Sé que será nuestro destino.

No podía esperar a la noche.



capítulo 11

Hechizando una bebida de muerte con magia oscura

Traducido por Katfly

Corregido por La BoHeMiK

Falkner me dejó en la ruta que dirige a la casa de mamá, y dije adiós a mis amigos con el firme propósito de resolver las cosas antes del anochecer. Pero a medida que me acercaba, me percate de un grupo de coveners amontonados fuera de nuestra casa. El pánico se apoderó de mí. Algo no iba bien. Sus expresiones eran austeras, entonces corrí hacia ellos.

—¿Qué sucede? —dije sin aliento—. ¿Qué ha pasado?

—Es que tu mamá... —respondió Ian MacGreavy. Se acercó a mí y me cogió la mano—. Ella ha sido herida, Rose.

Presa del miedo, me solté y me abrí paso entre los demás en la cabaña. Algunas mujeres del aquelarre se amontonaban alrededor de la cama de mamá, acariciándole el pelo y hablándole en voz baja. Cuando me acerqué aún más, vi a mamá tendida, con los ojos abiertos, pero vidriosos. Un charco de sangre manchaba las sábanas debajo de ella.

—¡Mamá! —Me arrodille a su lado, tomándola de la mano—. ¿Qué pasó?

Su rostro era una máscara de dolor, y por la mirada en sus ojos pude ver que no estaba del todo en este mundo.

—No puede hablar —dijo una de las ancianas. La señora Hazelton puso su mano sobre mi hombro—. Al Parecer un cazador accidentalmente atravesó a tu madre con una flecha. Ella acababa de salir de mi casa, después de haberme entregado un bálsamo para la respiración de mi marido. ¡Fue tan rápido! El cazador nunca se dio a conocer, pero el zumbido de la flecha provenía de entre los árboles.

—Apuesto a que la flecha provino de un clan rival —dijo Aislinn, su rostro estaba contraído de rabia—. Un acto deliberado de agresión.

—No estamos seguros —señaló la señora Hazelton.

Me levanté y miré por encima del cuerpo de mamá. La flecha se encontraba todavía en la espalda. —Esto debe ser extraído —dije, preguntándome cuán profundo había penetrado.

—Pero su temperatura es alta —dijo otra anciana llamada Norn. La mujer parecía una pasa arrugada, pero siempre había sido aficionada a su espíritu y sentido del humor. Norn tocó la frente de mamá, chasqueando la lengua—. Es peligroso extraer la flecha mientras ella tenga fiebre

—Entonces tenemos que cuidar de su fiebre. —Me recogí el cabello, y me dirigí a lavarme las manos.

Era el momento de recurrir a la magia que había aprendido. Pasé la escoba a Aislinn para barrer un círculo, luego busque el Libro de las Sombras de mamá para buscar un remedio. —Necesitamos algo para bajar la fiebre, y debemos ayudarla a dormir. La extracción de la flecha será dolorosa, sería genial si ella pudiera descansar —dije mientras hojeaba el libro—. Sé que podemos comenzar con manzanilla y pasionaria.

—Anís en el té le ayudará a dormir —dijo Norn—. Y el romero le ayudará con el dolor.

—Agrega pimienta para detener el flujo de sangre —dijo la señora Hazelton.

Asentí con la cabeza mientras hojeaba el libro. Finalmente encontré un remedio para la fiebre. —Vamos a necesitar eupatorio en el té para bajar la fiebre —dije, corriendo hacia los frascos y las bolsas para guardar las hierbas—. Oremos, ¡Diosa que ella pueda beber todo esto!

Norn ya había puesto la tetera en el fuego. Trabajamos juntas, para preparar un poderoso té para mamá. Mientras se preparaba, fui hasta el altar; consagre el té y la cataplasma de consuelda que Norn estaba preparando. No sabía que decir en un momento tan difícil, así que sólo invoque a la Diosa para que sanara a su hija y trabajara a través de mis manos, mientras los otros respondían—: ¡Que así sea!

Nos las arreglamos para sostener a mi madre para que pudiera tomar el té. Todavía aturdida, bebía la mayor parte del contenido. Después de eso, cerró los ojos y su respiración se normalizó.

—Está funcionando —dijo Norn, restregando la cabeza de mi madre con un paño húmedo—. La fiebre está cediendo.



Agradeciendo a la Diosa, me dispuse a extraer la flecha. Tuve que cortar un poco la piel con mi daga para extraer la punta, y mientras lo hacía, la sangre de mamá fluía constantemente. Cuando la flecha estuvo fuera, cubrí la herida con la cataplasma y la vende con tiras de tela limpia.

—Ahora... ella deberá descansar —dijo Norn, su propia voz quebrada por el cansancio—. Sabremos si funcionó cuando se despierte.

Levanté el platón que contenía los vendajes ensangrentados y la flecha extraída. Al observarla, me di cuenta de que estaba marcada con runas.

Me quede fría cuanto descifre su procedencia. —Vy Krothes... —Así que esto no fue un accidente de caza. La flecha era parte de un hechizo lanzado por Siobhan, estaba segura de ello. ¿No dijo la señora de Hazelton, que el cazador nunca había aparecido? ¿Un cazador no se habría presentado a reclamar su preciado ciervo o conejo? No, esto no era una flecha normal. Había sido hechizada por Siobhan.

¿Fue hechizada con la intención de herirme a mí? no podía estar segura. Pero una cosa era segura: Siobhan había ido demasiado lejos. Tenía que ser detenida.

—Es una flecha Vy Krothe... —Jadeó Norn.

—¿Qué? —Aislinn se lanzó a mi lado para estudiar la flecha—. ¡Nuestra alta sacerdotisa derribada por otro clan! ¡Oh, Diosa, esto es realmente la guerra!

—Podría haber sido un accidente —señaló Norn—. Cálmate, Aislinn. ¡Eres tan irritante en todo momento, niña!

—Oh, ¡un accidente! —exclamó Aislinn—. Si no estaba destinada a Síle, ¿por qué no se presentó el cazador a declarar su error?

—¡Cálmate mujer! —La señora Hazelton le hizo callar—. Hablas suficientemente fuerte como para despertar a los muertos, y Síle debe dormir.

—Que duerma por ahora —dijo Aislinn en voz más baja—. Pero cuando se despierte, se encontrara con todo nuestro mundo cambiado. ¡Un clan en guerra! ¡Porque no podemos quedarnos sentados y dejar a nuestra sacerdotisa siendo atacada!

—¡Basta! —Con una mano arrugada sobre el hombro de Aislinn, Norn la llevó a la puerta—. Vámonos para que Síle descanse. Rose velará por ella. —Sacó a Aislinn, luego se volvió hacia mí.

—Hoy has realizado magia de gran alcance —me dijo en voz baja, con sus ojos brillantes—. Tu madre se sentirá orgullosa.



Asentí con la cabeza, mis labios se torcieron con dolor, mientras que las mujeres salían por la puerta de regresó a sus propias casas. Cerré la puerta y suspiré. Limpié las cosas ensangrentadas, tiré el agua sucia, arreglé la casa y restregué la cabeza de mamá con un paño húmedo, sintiéndome afligida y asustada.

Había enviado una flecha Vykrothe sobre mi madre.

Era el momento de hacerle saborear a Siobhan un poco de su propio mal.

Hojeaba distraídamente el Libro de las Sombras de mamá, orando por una respuesta.

Aislinn estaba en lo cierto. Los Vykrothes merecían una probada de su propia magia oscura. Pero ¿por dónde empezar si uno no ha sido entrenado en los caminos de la oscuridad?

Encontré una poción llamada “Bebida de la Muerte” y me detuvo. Nunca había tenido mucho interés en este ritual. Esta era utilizada por coveners que querían tener una vislumbre de su propia mortalidad. En algunas ocasiones la poción los enfermaba, pero nunca era fatal. Por lo que a mí respecta, esto era como un tedioso viaje mental. ¿Y qué si dio lugar a la sabiduría interior?

Pero ahora, me preguntaba si podría usar la “Bebida de la Muerte” para hechizar a una víctima involuntaria... Siobhan.

Tendría que añadir algunos ingredientes venenosos y conjurar un hechizo oscuro que enviaría a Siobhan a las puertas de la muerte. No moriría, aunque tal vez lo desee. Mientras restregaba la frente de mamá con un trapo, me imaginé a Siobhan retorciéndose de dolor. Oh, me gustaría enviarle un hechizo para terminar con su maldad.

—Voy a necesitar ingredientes venenosos —susurré mientras le peinaba el cabello a mamá con los dedos—. Arándanos de los pantanos, Hongos. Y esencia venenosa de semillas de manzana.

Ella suspiró con satisfacción, y me di cuenta de que la fiebre había cedido. Dormía profundamente mientras yo daba vueltas por la casa, seleccionando plantas de nuestra colección. Cuando estuve segura de que ella estaba descansando cómodamente, sin signos de fiebre, salí a consagrar la poción en mi círculo sagrado.

En el camino me encontré con un pequeño reyezuelo escondido entre los arbustos. Nunca antes había hecho daño en una de las criaturas de la Diosa, pero todo el mundo sabía que la sangre de un animal vivo hacia a la magia oscura más potente. En silencio me arrodillé junto a él, tomando una gran bolsa de mi cinturón. En un



abrir y cerrar de ojos coloque la bolsa encima del ave, atrapándolo con tal destreza, que me sentí segura de las intenciones de la Diosa.

Las estrellas cubrían el cielo cuando llegue a la cabaña. Esperaba la oscuridad, a la víspera de la luna nueva. Agregue el néctar dulce de algunas madre selvas, pensando en proporcionarle a la poción un sabor apetecible, Siobhan tendría que beberla toda. Añadí el mechón de pelo dorado de Siobhan. Y para mi sorpresa, el reyezuelo apenas se estremeció cuando llegó el momento de cortarle el cuello y añadir su sangre a la poción. Y así. . . la “Bebida de la Muerte” estaba completada.

—Oh, Diosa —susurré—. Aquí te presento el cáliz de la muerte. El que beba de este viajara a la tierra de las tinieblas y morara allí hasta que se dé cuenta del error de sus acciones.

Metí la daga en el cáliz, y luego sostuvo la hoja hacia el cielo. —¡Una poción venenosa para poner fin a un mal venenoso! —dije.

Coloqué un trapo sobre el cáliz mientras gotas comenzaron a caer desde el cielo. Refrescantes, y purificadoras gotas de lluvia. Desde las lejanas colinas llegó el retumbar de un trueno, la respuesta de la Diosa. Ella me había escuchado.

—Que así sea —susurré.

El sol se levantó sobre la tierra recién rociada. Me senté en la cama, agradecida de que Síle todavía estaba descansando cómodamente. Me levanté, comencé a lavarme y vestirme. Se estaba haciendo más y más difícil encontrar un lugar para mi cintura entre mi vientre y mis pechos. Pronto el mundo sabría que estaba esperando un hijo. Si todo salía bien, tendría un marido antes de ese momento.

Acababa de terminar de comer mi desayuno de atol caliente y manzanas cuando Norn apareció en la puerta de la casa, llevando una canasta de galletas.

—He venido para darte un descanso de cuidar a tu mamá —dijo, sus ojos pequeños brillaban en su rostro arrugado—. Vete. Necesitas un poco de aire fresco y libertad.

—Gracias —le dije, tomando un manto para cubrir mi vientre y evitar el rocío de la mañana—. Necesito un tiempo para estar en comunión con la Diosa —dije.

Salí por la puerta, luego regresé para tomar el cáliz con la bebida de la muerte. —No se me puede olvidar el vino ceremonial —le dije.

—Es bueno que estés trabajando tus propios hechizos —dijo Norn—. Tu madre debe estar orgullosa. ¿Te ha dicho que es muy probable que seas la sacerdotisa sucesora de nuestro aquelarre?

—N-no —dije, sorprendida por sus palabras—. Pero mamá me ha enseñado bien. Norn sonrió alegremente, mientras me dirigía fuera camino a la casa de Siobhan.

El viaje a Lillipool había empezado a parecerme más corto ya que había viajado de esta manera tan a menudo en los últimos días. El sol todavía estaba bajo en las colinas del este, cuando crucé la colina cerca de los campos de brezo. La cabaña MacMahon se presentó ante mis ojos, un joven de cinco o seis años jugaba sobre una pila de leña más allá de la casa. Tenía el pelo largo de color dorado que caía sobre sus hombros y las mejillas sucias. Probablemente, el hermano menor de Siobhan, aposte mientras me acercaba a él. ¡Perfecto!

Fue pelando la corteza de las ramas de árboles diversos, sus propios intentos no calificados en figurillas de talla. Cuando me acerqué, me miró con curiosidad.

—¡Oye! —dijo—. ¿Viene usted a visitarme?

—Vengo con un regalo para Siobhan —le dije, levantando la jarra—. Pero dado que es tan temprano, no me atrevo a molestar a la familia. ¿La conoces? —pregunté.

—¡Ay! Yo soy su hermano Tysen —Miró la jarra con curiosidad—. Pero, ¿qué regalo tienes ahí?

—Se trata de un dulce néctar de su amado —le dije—. Siobhan debe beber esto al despertar. —Bajé la voz, y agregué—: Creo que tal vez ha puesto un hechizo de amor sobre ella, con la esperanza de capturar el corazón de tu hermana. ¿Conoces a Diarmuid?

Él sonrió. —Sí, lo conozco bien. Me debe un paseo sobre sus hombros.

—Voy a recordárselo —dije. Con cuidado, le entregué la jarra al joven— ¿Crees que puedes realizar esta encomienda?

—Sí —Sonrió con orgullo, sus ojos claros brillaban—. Se trata de una tarea fácil.

Tysen se dirigió hacia la casa, y me fui de vuelta por el camino, con un nuevo sentido de la justicia y el equilibrio. Siobhan había herido de muerte a mi madre, pero su magia maligna regresaría a ella.

Cuando regresé a la casa, mamá estaba sentada y comiendo galletas con Norn.

—Mira quién se siente mejor —dijo Norn, toda sonrisa cuando tomó la tetera de té del fuego—. Esto es algo de magia poderosa, que Rose realizó ayer. Síle, tu hija ha sido bendecida por la Diosa.

—Cierto —dijo mi madre—. Siempre he admirado sus poderes. Tengo la suerte de que ella estuviese cerca ayer, cuando estaba en extrema necesidad.

Le di las gracias a Norn por su ayuda, e insistió en dejar las galletas. Después de que se marchó, mamá regresó a la cama para tomar el té.

—Que enorme diferencia —dije, mientras mordía una galleta y sacudía los retos de harina de mis dedos—. Te ves mucho mejor.

—Gracias a ti —dijo—. Has avanzado mucho con tu magia, Rose.

Sonreí. Quizás mamá finalmente se daba cuenta de que había estado trabajando duro para aprender los caminos de la Diosa.

Mamá tomó un sorbo de té, y luego dejó caer su cabeza hacia atrás.

—Pero debo mencionarte, que tuve algunas visiones terribles en mis sueños. Te vi conjurando un hechizo oscuro, evocando al mal, elaborando una poción con la intención de lastimar a alguien. Vi tu athame elevándose hacia las oscuras nubes tormentosas. ¿Llovió ayer por la noche?

—Creo que sí —dije con inocencia. La galleta estaba ahora atorada en mi garganta, y yo ya no sentía apetito por ella. La perspicacia de ella me asustó. ¡Era difícil engañar a una gran sacerdotisa, sobre todo si ella era tu madre!

—Estas visiones eran espantosas —dijo.

Sacudí mis manos, y me fui a la cama de mi madre. —¿Cambio el vendaje o esperamos?

—Vamos a esperar —dijo, levantando la tela para mostrar la herida—. Parece que se está curando.

Asentí con la cabeza. —Parece mucho mejor. Pero debes dormir. Es necesario para que sanes.

—Lo haré, aunque temo que esas terribles visiones aparezcan de nuevo en mis sueños.

—No fue más que una visión en tu delirio —le aseguré—. Ahora que no tienes fiebre, tus sueños serán tranquilos.

Síle sonrió. —¿Son los consejos de mi hija?

Asentí con la cabeza. —Sabios consejos.

capítulo 12

D e s h a c i e n d o u n h e c h i z o

Traducido por Zeth Lickstein y Purplenightlight

Corregido por La BoHeMiK

Mientras mamá dormía, bajé para ducharme en el arroyo, tratando de pensar en una manera de escapar y ver a Diarmuid. No podía abandonar a mamá en su actual estado, no por un largo tiempo. Y aunque estaba agradecida de que se estuviera sanando rápidamente, mi paciencia empezaba a flaquear.

—Necesitas a tu papá —dije, frotando mi estomago, mientras me sumergía en las aguas poco profundas.

Le daría a mamá un día más. Luego de eso, quizás podría convencer a Kyra y a Norn de que se queden con ella mientras yo iba a buscar al hombre que se convertiría en mi esposo.

Sintiéndome limpia y fresca, regresé a la casa. Cuando llegué al camino principal, observé a Kira que vagaba, con una canasta en el brazo.

—Tengo pasteles dulces de avena para tu madre —dijo ella—. Y dolorosas noticias para ti. —Tomó mi mano y me sacó del camino.

—¿Lanzaste un hechizo sobre Siobhan? ¿Alguna clase de poción mortal?

—Lo hice —Puse mis hombros rígidos—. Luego de lo que hizo a mi madre, yo...

—No te estoy culpando —interrumpió Kyra—. Pero el rumor dice que el hermano menor de Siobhan ha caído enfermo. El chico parece tener una enfermedad durmiente, su respiración descendió a profundidades aterradoras, su cuerpo es sacudido por convulsiones.

Me quedé sin aliento. —¿Tomó la poción?

Kyra asintió con tristeza. —La pobre criatura.



Pensé en Tysen, tallando la corteza con diligencia. La manera en la que había estado tan orgulloso de llevar la jarra a su hermana. No habría tenido idea que él lo habría tomado. Pero entonces, era sólo un niño, quizás uno travieso. Debía haberme dado cuenta de eso cuando le pasé la bebida mortal. Mordí mi labio inferior, preguntándome si toda la bebida mortal se había ido con la persona incorrecta.

—¿Y cómo está Siobhan? —pregunté, esperando de que pudiese haber tomado algunos sorbos.

—Furiosa —respondió Kyra—. Siobhan le está diciendo a todo el mundo que la poción tenía un hechizo, ¡un hechizo maligno lanzado por ti!

Doblé mis brazos en forma defensiva. —La copa no estaba marcada, y nadie me vio dándosela a Tysen. —Al menos, pensé que nadie me había visto—. Siobhan nunca será capaz de comprobar sus sospechas —dije.

—Tal vez no —Coincidió Kyra—. Sin embargo, es algo triste ver enfermo a alguien tan joven.

—En efecto. —Con cada onza de mi fuerza deseé poder quitar el hechizo, deshacerlo y regresar la salud de Tysen. Tal vez podría.

Pero no quería envolver a Kyra en esto, especialmente ahora que había incursionado en la magia oscura. Le agradecí por las tortas y me dirigí de regreso a casa, pensando en posibles hechizos. Había un hechizo inventado para deshacer el original, ciertamente merecía un intento. Y había un sinfín de varios hechizos de curación. Seguramente alguna combinación de ellos curaría al chico.

De regreso en la casa, mamá estaba dormida. Revisé si tenía fiebre, luego me senté en la mesa con su Libro de las Sombras. Luego de mucha búsqueda encontré un hechizo de reversión:

“En la víspera de la luna nueva lanzo un hechizo

Y los efectos que cree, debo sofocar.

Que este hechizo se levante y ahora doto con...”

—Con buena salud para Tysen —Suspiré en voz alta.



Cate Tiernan

ORIGINS

Sweep

El hechizo pedía piedras de protección tales como amatista o cuarzo ahumado, y tenía que usar una vela blanca y una negra para el balance. Mordí mis labios, determinada en escabullirme de mi lugar sagrado en los árboles tan pronto como cayera la noche y salvar a Tysen. Por ahora sólo podría reunir las cosas que necesitaría.

La noche había caído. Mamá estuvo en la mesa para comer, pero ahora estaba de regreso en la cama, demasiado débil para permanecer despierta por mucho, se estaba sanando. Había limpiado y vendado su herida, y esta había empezado a cerrarse sin enrojecimiento y secreción. Estaba agradecida porque se recuperaría.

Ella dormitaba contra su almohada ahora, y estaba lista para salir y deshacer el hechizo que había caído sobre el pobre Tysen.

Mis herramientas y hierbas estaban reunidas. Todo lo que necesitaba era una gema del armario de Mamá. Abrí la puerta del armario y hurgué, buscando la piedra con la carga correcta. Encontré una malaquita, una piedra azul con bandas blancas. Sosteniéndola pensativa en mis manos, me di cuenta que sería una buena piedra para mantenerla cerca de mí. La malaquita era conocida por dar sabiduría, señalando una en la dirección correcta, brindaba orientación. Estaba casi puesta en mi bolsillo cuando la piedra se partió a la mitad. Parte de ella cayó de mi mano, cayendo en la mesa con un ruido sordo.

Mamá se enderezó en la cama. —¿Qué fue eso? —preguntó.

—Esta malaquita —le dije, recogiendo las piezas del piso—. Se rompió en dos.

—Oh, Diosa mía —exclamó. Trató de levantarse de la cama, pero pude ver que el movimiento la vació.

—No te levantes, Mamá —dije, poniendo la manta sobre ella—. Todo está bien.

—¡Pero, no lo está! Esto tiene un terrible significado. La malaquita se rompe en dos para advertirte sobre el peligro. ¡Algo terrible va a pasar, Rose!

Tragué con fuerza, tratando de retener mi propio pánico. Oh, Diosa, ¿Están mis hechizos oscuros regresando a mí? No podría soportar contarle a mamá mis verdaderas preocupaciones, de admitir que tan profundo había caído en hechizos que ella no había probado.

—Oh, entonces... debe de haber estado prediciendo tu accidente con la flecha —dije, girando mi rostro hacia el armario. Puse las dos piezas de malaquita de



Cate Tiernan

regreso en el estante—. Porque en realidad, la piedra se rompió la semana pasada. Simplemente olvidé mencionártelo.

—¿Ya estaba rota?

Pude sentir su temor desaparecer.

—Bueno, entonces, esperemos que estés en lo correcto. Tal vez lo estás. —Se giró sobre su lado, satisfecha de dormirse de nuevo.

Encontré una amatista en su colección, luego recogí las velas y las hierbas que había reunido. Era hora de salvar a Tysen.

En silencio me deslicé por la puerta y emprendí el camino, delante de mí, la luz se derramaba por el camino. ¿De dónde provenía? Un momento después antorchas flotaban por la vía, dirigiéndose por este camino.

Retrocedí por miedo. ¿Qué había pasado? ¿Ya había muerto Tysen y los Vykrothes habían venido a castigarme? Retrocedí hacia la puerta y casi caigo al interior. Mamá ya estaba levantada, cojeando hacia mí.

—¿Qué es eso, Rose? —preguntó con voz ronca—. Siento el peligro. ¿Qué está pasando?

—Una bandada de personas están viniendo —dije, apresurándome a guardar las cosas que había recolectado para mi hechizo—. No sé quiénes son, pero no son Vykrothes.

—Veremos —dijo, arrastrando los pies dolorosamente hacia la puerta.

La seguí hasta el mar de oscuridad flotando con antorchas y rostros fantasmales. En iniciativa, el reverendo del pueblo dio un paso al frente, en su boca un corte de desprecio.

—¿Qué negocios tiene con nosotros tan tarde en la noche, Reverendo Winthrop? —preguntó mi madre cortésmente—. ¿Has venido a hacer una cita a los enfermos?, que es lo que soy. Una víctima de una flecha de un cazador.

—Lo siento por su penuria —dijo el Reverendo Winthrop—. Pero estoy aquí en una misión para el padre todopoderoso. He venido a llevar a su hija a prisión, Síle. Al día siguiente será juzgada como bruja.

—¡No puede ser! —protestó mi madre.

—¡No! —exclamé, apreté mi estómago, cayendo en mis rodillas. ¡Una bruja! ¿Cómo pudo ser que esta gente supiese de mi amor hacia la Diosa? Me había movido sigilosamente, yendo a la iglesia los domingos y siempre cuidadosa de no hablar

Cate Tiernan

de mi vida real con los aldeanos. Un frío me llenó mientras los miraba, mis lágrimas difuminando sus rostros. ¿Cómo pudo ser?

—¿Bajo la orden de quién te la llevas? —demandó mi madre.

El reverendo no respondió. Pero alguien dio un paso en frente de entre la multitud. ¡Siobhan!

—¡Bajo mi palabra! —gritó ella—. Sé que ella es una bruja, y testificaré en su contra.

—¡No! —declaré—. Esto no es justo. ¡Ella me odia! ¡Quiere obtener venganza!

Pero nadie parecía escuchar mis gritos mientras los hombres daban un paso al frente y me tomaban de los hombros. Bruscamente pusieron mis muñecas atrás de mí y me sacaron de la casa.

—¡No! —grité, girándome para ver a mamá acurrucada en la entrada—. ¡Mamá! ¡Por favor!

Pero ella simplemente me observó irme con una expresión afectada en su rostro. Tendió una mano hacia mí, como si pidiera estrecharla y salvarme de morir ahogada.

Pero no pude. Me marché a prisión. Mi corazón martillando por el temor de que esta sería realmente mi marcha fúnebre. Debido a Siobhan, había sido llamada bruja. Y ninguno, en las Highlands, había enfrentado esos cargos y escapado con vida.

La mañana de mi juicio un guardia me levantó y toscamente me metió en una casa cerca al centro del pueblo. Esperaba que me llevaran a la mesa para desayunar. Pero cuando vi al ministro, el Reverendo Winthrop, junto con un robusto y barbado hombre, di cabida al miedo de nuevo.

—El Dr. Wellington está aquí para examinarte a ver si tienes la marca del Demonio, Rose MacEwan —dijo el reverendo—. Quítate la bata.

El guardia en la puerta cruzó los brazos, sonriéndome.

Nunca he estado apenada de mi cuerpo, habiendo crecido entre círculos de brujas sin ropas, pero desnudarse enfrente de unos ojos tan hostiles... empecé a temblar. ¿Se iba a dar cuenta que tenía un niño? Si él moría, predispondría al pueblo contra mí.

—No puedo —dije, poniendo mis brazos sobre mi pecho en forma de protesta.

Cate Tiernan

—¡Balderdash! —gritó el reverendo, él dio un paso adelante y rompió el cuello de la bata—. Quítate la ropa y te recuerdo que te des prisa, tu juicio está sobre nosotros.

—¡No! —chillé, tratando de liberarme de él. Me sentía como un animal atrapado. No había salida. Cerrando mis ojos, empecé a quitarme la bata.

Me quede ahí de pie desnuda, sintiendo su lujuria y odio girando a mí alrededor. Algo pinchó mis nalgas, y abrí mis ojos para ver al médico pinchándome con un palo, como si fuera una propiedad en el campo. Manteniendo su distancia, tocó mis nalgas, mis caderas, mi barriga, mis pechos. Humillación quemaba en mi garganta, y cerré mis ojos de nuevo.

No podía decir si él sabía que tenía un bebé. A este punto el montículo en mi vientre era bastante pronunciado y mis pechos estaban llenos de leche, pero no estaba segura de que este médico supiera la realidad del cuerpo de las mujeres. Su revisión parecía más motivada por la lujuria que por el interés profesional.

Y así comenzó el día de mi juicio, desnuda en frente de tres peculiares hombres. Luego de eso se me permitió vestirme y me dieron un tazón de papilla, que devoré con avidez. No era suficiente comida para alimentar a mi bebé, y me preguntaba si habría más al almuerzo.

Luego del desayuno, fui arrastrada hasta el centro de la ciudad, donde fui atada muy barbáricamente a un poste. Los aldeanos tenían la libertad de reunirse a mí alrededor y ser testigos de la pesadilla, la mayoría de los que veía en la iglesia cada domingo estaban ahí. Entre los rostros ahí reunidos, vi los miembros de nuestro aquelarre, los MacGreavys, Norn, Aislin, y los otros. Mamá estaba ahí, recostada cautelosamente, en la carreta de Miller MacGreavy.

Observé a Meara con dos de los más pequeños a cuestas, y me pregunté si ella era su madre ahora. Kyra y Falkner estaban notablemente ausentes, pero sospecho que sus padres han estado temerosos por su seguridad. Si el reverendo de la aldea se empezaba a poner codicioso, podría buscar a otros que fueran culpables por asociación.

Parado en el centro del pueblo, sudando bajo el sol de finales de agosto y el escrutinio de los llamados hombres santos, me sentí terriblemente expuesta. Y un olor alarmante llenó el aire, algo que no podía identificar. ¿Era hierba quemándose?

No, pensé, tragando el amargo sabor en mi garganta. Es el olor del miedo. Mi miedo.



El Reverendo Winthrop comenzó a hablarle a la gente, contándoles de los demonios viviendo entre nosotros. Estaba tratando de escuchar, tratando de crear una defensa en mi mente cuando vi a alguien moviéndose entre la gente; una delgada, figura sólida.

¡Diarmuid!

Sentí mi fuerza vital levantarse cuando giró hacia mí. Nuestros ojos se encontraron, y lo podía sentir en el aire entre nosotros. Aún me amaba. Había venido a decirme eso y a librarme de los cargos. Él se presentaría durante el juicio y me rescataría. Cerré mis ojos y me enfoqué en mandarle un mensaje. Diarmuid me volvería a rescatar. Todo esto se acabaría pronto.

¡Has venido a salvarme! Le dije en atua labra. *Sabía que vendrías por mí.*

Espere su respuesta.

Pero todo lo que escuche fue la voz del reverendo acusándome de ser una bruja.

—Dirigiéndome hacia ella por el arroyo una mañana, la vi realizando lo que debió haber sido un ritual pagano —dijo en su voz irritable.

De repente recordé la mañana cuando escuche a alguien en el camino. La mañana después de Beltane, cuando me quite mi ropa para una limpieza profunda...

—Me estaba lavando —dije, mirando a la gente para que me validaran—. ¿Qué no la mayoría de las damas se bañan al levantarse?

—¿Sin una sola prenda? —preguntó el Reverendo Winthrop.

Unos cuantos presbiteranos rieron, como si él hubiera hecho un chiste grosero.

—¿Por qué ríen, cuando a muchos de ustedes les vendría bien una limpieza profunda en el río? —dijo mamá, muy alta. La multitud guardó silencio—. ¿O es el hedor de la histeria? Aún no he visto a una persona acusada ser tratada justamente en Highlands.

El ministro cruzó los brazos, evaluando a mi madre. —Mujer, ¿Cuál es tu reclamo aquí? Esta es una inquisición formal.

—Soy la madre de Rose MacEwan, y yo la conozco como una niña amable y bondadosa —dijo Síle. Su cabello estaba cubierto por un modesto velo, su voz llena de una fortaleza que desmentía su lesión—. Cualquiera mal con el que la hayan culpado es falso, juro un solemne juramento a eso. Y yo les mando que la liberen y la regresen a su casa.



Era peligroso para cualquiera hablar en mi defensa, pero mamá estaba dispuesta a correr el riesgo. De alguna forma, yo sabía que no lo merecía. Presionando una mano contra el niño en mi vientre, me maravillé que tan profundo puede ser el amor de una madre.

El Reverendo Winthrop apretó los labios, como si las palabras de Síle le hubieran dejado un amargo sabor en la boca. —Estas son las palabras de su madre — anunció formalmente—. Aún no he conocido a una madre que vea con claridad los defectos de su hijo.

Voltee hacia Diarmuid y le mandé un mensaje urgente: *¡El hombre no le muestra respeto a mi madre!* Quería decirle. ¡Da un paso y corrígelo! Pero ahora él veía el reverendo, pretendiendo no entenderme.

—Así que —comenzó el ministro—, no fue ninguna sorpresa cuando esta joven dama vino hacia mí con una prueba de que Rose MacEwan es una bruja —Señaló hacia Siobhan—. Dinos lo que sabes, por favor.

Siobhan dio un paso al frente, estiro su cuello largo y levanto la barbilla orgullosamente. —¡Ella es una bruja! —dijo en una pequeña voz—. La he visto realizando su oficio.

A pesar de que no era convincente, sonrió alegremente.

Me gire hacia Diarmuid, imaginando qué pensaría de su prometida ahora. ¿Sabía él que ella era una hipócrita?

La cara de Diarmuid estaba pálida, sus ojos azules brillaban con algo que no podía identificar. ¿Sorpresa? A lo mejor no había escuchado que Siobhan era mi acusadora.

Da un paso y hazla callar, le ordené. *Tú tienes el poder de detenerla...* *¡No dejes que esto continúe!* Pero parecía que no recibía mis mensajes. ¿Dónde estaba su mente el día de hoy?

—¿Qué has visto haciendo a Rose MacEwan? —El Reverendo Winthrop alentó a Siobhan—. ¿Recuerdas lo que me dijiste?

—¡Sí! —contestó Siobhan— ¡La he visto bailar en los arboles en la noche! ¡Bailando con el diablo!

Sus palabras arremetieron como un látigo. ¿Cómo podía decir eso? Incluso si me odiara, ¿No se dio cuenta que esas palabras podían ser mi sentencia de muerte?

Cate Tiernan

Presioné mis manos en mis mejillas calientes, demasiado asustada para responder, demasiado asustada para llorar.

La multitud jadeó y murmuró.

—¡Silencio, por favor! —grito el reverendo—. No nos desviemos del tema. ¿Viste o no viste a Rose MacEwan en su baile con el diablo? —preguntó a Siobhan.

—¡Sí la vi! —gritó—. Y lo puedo probar.

Apunto hacia mí, el odio brillaba en sus ojos verdes pálidos.

—¡Rose MacEwan va a tener un hijo! ¡Carga la criatura del diablo!

Me sentí apuñalada. ¿Cómo supo que iba a tener un hijo? ¿Diarmuid le dijo? Sería una gran traición, no lo podría creer de él. Debió de haberse enterado de otra manera. ¿Pero cómo?

La multitud resonaba con especulaciones. Mamá había colapsado en el carro de Miller MacGreavy, y vi a Norm abrazarla. Trate de atrapar la mirada de Diarmuid, pero lo bloqueaba uno de los aldeanos, que estaba riendo. ¿Debería mandarle otro tua labra, o solo era una pérdida de tiempo? ¡Oh, Diosa, ayúdame!

—¿Es verdad, Dr. Wellington? —le preguntó el Reverendo Winthrop al doctor—. ¿Rose MacEwan está embarazada?

El Dr. Wellington acaricio su erizada barba como si la respuesta se encontrara ahí.
—Pues, sí, es verdad.

—Mi niño no es una criatura del diablo —grité—. ¡Él es un saludable, humano niño con un padre que lo va a amar!

—¡Mentirosa! —gritó Siobhan—. ¡No hay padre! Rose MacEwan se ha acostado con el diablo. ¡Por eso es que su vientre se ha hinchado con la semilla del mal!

El Reverendo Winthrop hizo la señal de la cruz, y los que estaban más cercanos a mí se alejaron, como si mi maldad se pudiera esparcir hacia ellos.

—¡Mi hijo tiene un padre! —insistí—. Está entre nosotros.

No quise nombrarlo, por miedo a que la multitud se pusiera en su contra, también. La respuesta tenía que venir de él; Diarmuid tenía que ser el que se levantara y reclamarme como su futura esposa y madre de su hijo. Haciendo esto él podía cambiar este escandaloso dilema en algo honorable a los ojos de los cristianos, que al menos creían en el perdón.

Voltee hacia él, implorándole, pero no se movió. ¿Qué estaba esperando? Te necesito. ¡Ahora! Es tiempo de que me salves. Denuncia la mentira de Siobhan. Reclámame como tu verdadero amor y amante.

—¿Un padre entre nosotros? —dijo el Reverendo Winthrop ásperamente. Volteo a ver a los hombres en la multitud—. Está bien. Que el padre del hijo de Rose MacEwan de un paso al frente. ¿Qué humano entre nosotros se ha acostado con esta mujer?

Mire hacia Diarmuid, suplicándole que actuara ahora.

Pero no se encontraba con mi mirada. Era como si lo hubieran vuelto piedra, un inútil pilar de piedra.

¡Por favor! Pensé, rogándole con cada fibra de mí ser. Por favor... ¡Me van a matar y a nuestro bebé también!

Pero no se movió.

—Oh, Diosa —murmure—. No lo permitas. ¡La está escogiendo a ella! ¡La está escogiendo por encima de mí!

—Justo como sospeché. —El reverendo movió su cabeza, mirándome con una tristeza burlona—. No hay padre, ¿verdad? —Sus ojos brillaron con malicia.

—¡Si hay! —insistí.

Quería protestar pero mi garganta estaba seca.

Yendo hacia un abrevadero, el Reverendo Winthrop arremangó las mangas de su toga, haciendo un show lavándose las manos. —Me lavo las manos del asunto de tu veredicto. Y yo creo que eres culpable de lo que te acusan.

—¡Aye, es culpable! —gritó alguien.

—¡Culpable! ¡Culpable! —el grito se convirtió en un canto creado por los aldeanos a mi alrededor.

Sentí que colapsaba contra el poste, mis manos abrazaban mi vientre. No podía dejarlos herir a mi bebé. ¿Pero cómo podía detener la cantidad de odio que se salía fuera de control?

—¡Culpable! ¡Culpable! ¡Culpable!

Brazos fuertes me sujetaron. Sentí que me levantaban, y me arrastraban a través de la multitud. Los aldeanos me miraban, los ojos llenos de desprecio, lástima o curiosidad. Una mujer alejó a su hijo y lo puso atrás de sus faldas, como si los

podría dañar. Que tan equivocada estaba. ¿No sabía que yo defendería cualquier niño, y especialmente el mío, hasta el fin de los tiempos?

—Otra inútil Wodebayne a la horca. —Escuché a un hombre Vykrothe murmurar lo suficientemente fuerte como para que yo escuchara—. No es pérdida para nosotros.

¿Así que todo se reducía a esto? ¿Odio y prejuicio? Me pregunté, pero mis pensamientos estaban nublados por dolor y confusión.

—Al menos va a tener su merecido —dijo una voz familiar.

Voltee la vista para ver a Siobhan diciéndoselo sigilosamente a Diarmuid, con una expresión presumida en su cara. A su lado estaba Diarmuid parado mirando hacia el suelo.

¡Sin ser lo suficiente hombre para defenderme! Quería decirlo, pero mis palabras se quedaron atoradas en el nudo de mi garganta.

Me clavé en el suelo, haciendo que los guardias se detuvieran por un momento.

—Escucha mis palabras, Siobhan —dije, mi voz se rompía de la emoción—. ¡Tú maldad se te regresara al triple!

—¡Fuera de aquí! —dijo, moviendo sus dedos hacia mí como a un duende—. Tú no me volverás a dañar.

Sin pensarlo estaba sobre ella, agarrando y arañando en un intento de romper su tonta compostura. Sentí que mis uñas atravesaron su piel, arañando su mejilla.

—¡Aaah! —gritó—. ¡La bruja me ha vuelto a atacar!

Los hombres rápidamente me alejaron de ella, pero antes de que me arrastraran lejos, tuve la satisfacción de ver su cara alterada, junto con un hilo de sangre escurriendo hacia su agraciado cuello.

¡Ese era el cuello que debía ser colgado en la horca! Quería gritar. ¿Ella había intentado matar a mi madre, no? La necesidad de mandar dealan-dé hacia ella era fuerte, necesité todo mi control para controlarme mientras los hombres me llevaban a mi pequeña prisión.

Mi celda era un pequeño cuarto detrás de la casa de campo de un aldeano. El techo estaba hecho de paja con goteras, pero las paredes cubiertas de barro impedían mi escape. Aventada en el suelo sucio, me acurruqué en una bolita y pensé en Diarmuid, mi corazón se estaba rompiendo. ¿Qué paso con el poder de nuestro amor?



ORIGINS

Cate Tiernan

Sweep



Él dijo que estaba destinada a grandes cosas —¡Convertirme en una alta sacerdotisa! Y él sabía el plan de la Diosa de nuestra unión. ¡Juntos podíamos unir todos los clanes!

Pero no. El camino de la redención había sido cruzado por Siobhan, y Diarmuid sucumbió hacia ella. Él me había fallado, nos falló, le falló a nuestro hijo.

Oh, Diosa, ¿Cómo pudo ser tan desleal? La decepción me abrumó mientras caía en un estado oscuro, mi mano descansaba en el niño que estaba en mi vientre.

capítulo 13

Un hechizo para la hora más oscura

Traducido por Alexiacullen, Vanehz, Susanauribe y lizzie

Corregido por majo

Una vela encendida. El fuego de la Diosa. Diarmuid había dejado atrás el único elemento que necesitaba para compensar mi círculo. Tenía tierra, viento, agua, aire... y ahora a pesar de todos los intentos de los guardias por mantenerlo lejos de mí, tenía fuego. Apreté mis puños con rabia, miré fijamente la llama de la vela mientras la furia rugía en mi interior. Ardía por todos los Wodebaynes que habían sufrido la injusticia a manos en las manos de brujas rivales. El fuego ardía dentro de mí, no por el fuego de la pasión de Diarmuid pero sí el fuego del odio y la furia. Ardía con la venganza por Siobhan, que había robado mi lugar como la mujer de Diarmuid y condenarme a muerte, que había intentado tomar la vida de mi madre también. Y por encima de todo ardía con amor y pesar por el bebé en mi vientre, la niña que había sido condenada antes de haber tenido la oportunidad de tomar su primer aliento. El sudor bordeaba mi frente y caía hacia abajo por mi cuello. ¿Qué estaba pasando? Presionando mis manos en mis mejillas, me encontré con que mi piel estaba crepitando caliente al tacto, con fiebre a pesar del aire fresco de la noche. Un incendio arrasaba dentro de mí, un fuego de la Diosa, y me di cuenta de que ella me estaba convocando a un destino místico. ¿Qué? Preguntaba. ¿A dónde iré? ¿Qué camino tomar? Me sentía acorralada y atrapada, incapaz de comunicarme con ella. Necesitaba ver la luna.

Mirando hacia el techo de paja, me di cuenta de que probablemente podría llegar a ella con la ayuda de la única silla en la prisión. Empujé la silla hasta el punto más alto y me subí. Sí, las yemas de mis dedos presionaban contra la paja. Empujé de la paja, tirando hasta que se suelte.

Podía arañar y raspar hasta que mis dedos sangraran si eso significaba llegar a la Diosa en mi última noche en esta tierra.

Cuando tiraba de la paja pensé en mi propósito. No podía ver mi manera de escapar de mi muerte o de salvar a mi hijo. Pero ¿qué pasa con mi legado... mi destino antes de la Diosa? ¿Podría ser conocida tan solo como una joven bruja que se había enemistado con una chica Vykrothe?

Me acordé de lo que mi madre había dicho sobre Padre, sobre su contienda con los Vykrothe. Ahora, tantos años después, había llegado a enredarme con el mismo clan. ¿Eso era parte del plan de la Diosa? Tal vez mi propósito era dismantelar el poder de los Vykrothe de una vez por todas. No podía ir activamente después de Siobhan, pero podría poner una maldición sobre ella desde detrás de estos muros de prisión. Un último hechizo, una última ola de venganza antes de que ella me hubiera matado. Poco a poco, la paja se desploma hacia abajo a la tierra. Entonces tiré de una pieza gruesa, y una porción de grasa de paja cayó al suelo de la choza de piedra, haciendo un sonido desmoronado que podría haber sido escuchado por los guardias si no hubieran estado todavía dormidos y roncando gracias al hechizo de Diarmuid. Cuando el polvo se disipó, estaba contemplando una mancha oscura en el cielo con una luna creciente nueva. Me bajé de la silla y me puse de pie, los brazos en alto, en la franja de luz de la pálida luz de luna. No era más que una mancha tenue pero podía sentir que su poder me levantaba hasta el cielo. Ya no me sentía atrapada. Estaba en comunión con la Diosa, abriéndome a mí misma hacia mi propio destino. El aire parecía crujir con la magia mientras sostenía mis manos abiertas hacia la Diosa.

—Muéstrame las herramientas y cómo utilizarlas —le rogué.

En la luz de las velas las puntas de las uñas parecían negras. Examinándolas me di cuenta de que era sangre. Sangre y piel de Siobhan y Diarmuid.

Era un poder de gran alcance, tener un pedazo de sus cuerpos para colocarlos sobre mi altar improvisado. Raspé la corteza seca de debajo de las uñas y la coloqué cuidadosamente en una placa de estaño limpio que me dejaron los guardias.

Mirando los restos de Diarmuid y Siobhan empecé a sentir la forma clara. Era la voluntad de la Diosa, este hechizo, y ella encendía mi camino.

—Barre el círculo —llegó la voz de la Diosa. ¿O estaba recordando la voz de Mamá desde uno de los círculos del aquelarre?

—Barrer... barrer —me llamaba revolviendo mis poderes. Recogí la paja de mi jergón de dormir y tejí una pequeña escoba, la cual utilicé para barrer un círculo



dentro de la vertiente. Entonces encendí mi improvisada escoba y barrí incendiando mi círculo con llamas. El humo quemaba mi garganta, pero lo respiré con mucho gusto, queriendo llenarme de incienso mi pelo y piel con este poderoso hechizo. Por último, dejé la escoba para quemar en el centro y me dirigí hacia la vela. Con cuidado, para no apagar la llama, grabé las runas en la única vela que Diarmuid había traído. Le indiqué el nombre de Vykrothe, luego escribí las runas de la muerte a su lado. Luego añadí las runas para el nombre de Diarmuid, porque en verdad merecía la ira de la Diosa por su traición a Ella, su traición hacia mí y a mi hijo. Cuando configuré la vela hacia abajo, noté la cruz de cinco puntas de Diarmuid sobre el suelo. Recogí la moneda de oro y soplé el polvo. Sería una buena marca sobre mi cuerpo. Si estuviera yendo a la horca, me gustaría tener la marca de la diosa sobre mí y mi hijo. Encendí el fuego central con ramas y paja de los techados. Soplando sobre las llamas hasta que las brasas brillaron sabía lo que tenía que hacer.

Un hechizo para poner fin a la traición.

Un hechizo para destruir a Siobhan y Diarmuid. Para castigar su maldad. Quizás eso era la voluntad de la Diosa para mí y mi destino.

Un hechizo para establecer el equilibrio entre los clanes rectamente de nuevo.

Fundiendo el pentagrama de Diarmuid en las llamas, sentí la fiebre dentro de mí aumentando.

Jadeando, eché hacia atrás la cabeza y dirigí mis ojos hacia la luna creciente en el cielo. El fuego dentro de mí estaba en su apogeo, mi piel goteando, mis mejillas ardiendo. Me quité mi vestido y me quedé de pie desnuda en el cuadrado de luz.

—Llamo al poder de las generaciones de Wodebaynes en mí misma, uniéndome con su poder, la esencia pura de la Diosa.

Mirando hacia abajo a la sangre mugrienta dije: —Soy puesta en este círculo para llevar a cabo el acto de venganza que los Vykrothes verdaderamente han ganado. Pongo una maldición sobre sus pies, que ellos puedan tropezar en el camino de la luz y caer en la oscuridad. Maldito sea su vientre, que dejarán de producir descendencia nueva. Malditos sean sus corazones guerreros, que no batirán constantes y verdaderos. Maldita sea su visión, que nunca volverán a ver a través del velo de la Diosa su verdadera belleza.

Sosteniendo la lata de sangre sobre la flama, la cargué con fuego, diciendo:

—Como Siobhan encendió el fuego del odio en este mundo, entonces su sangre tendrá que hervir. Envía su propia malicia, codicia y perversidad de vuelta a ella, ¡por triplicado!

Arrojé la sangre coagulada en el fuego y un sonido chisporroteante brotó. Imaginaba ligas de Taibhs —una ola de ellos— levantándose y barriendo fuera la muy rubia cabeza de Siobhan. Lágrimas negras de dolor lloviendo sobre Diarmuid, manchando sus chispeantes ojos azules, quemando su cabello, hundiéndose en sus adorables mejillas. Hechizos negros danzando sobre ellos, bloqueando toda luz hasta que sus cuerpos fueran una masa disuelta de oscuridad.

—Esta ofrenda es para ti, Diosa —dije—. Arroja tu odio sobre la cabeza de Siobhan y su familia Vykrothe. Arroja oscuridad sobre Diarmuid y su familia cruel. Y si no tienes maldad para enviar. Convoco a los ángeles caídos. ¡Árbitros de maldad! ¡Usa mis poderes para impartir esta justicia!

Los poderes de la oscuridad se arremolinaban a mí alrededor. Me sentí golpeada por la humeante oscuridad, sumida en dolor y sufrimiento que enviaba de mi corazón a los corazones de mis enemigos.

Usando un grueso trozo de paja, pesqué la estrella de cinco puntas de Diarmuid sacándola del fuego. Pensé en la manera en que Diarmuid había dibujado pentagramas en el aire... chico tonto. Su magia era tan débil.

El pentagrama se había tornado negro con el calor, pero traté de alcanzarlo.

—Es tiempo de marcarme para los caminos de la Diosa, sin importar el dolor. — Las yemas de mis dedos se chamuscaban mientras lo recogía, pero el dolor parecía fresco comparado con el fuego que se desató dentro de mí.

Presionando el pentagrama contra mi vientre, cargando cada punto de la estrella.

—Convoco los poderes de la tierra —susurré con voz ronca— viento, agua, fuego y espíritu. —El dolor trajo lágrimas a mis ojos, pero parecía pequeño en contraste con el dolor que me llenaba. El dolor de perder a mi bebé, de perder mi vida y amor.

¡Mi dolor no quedaría impune!

Arrodillándome frente al fuego, imaginé la ola de maldad que rodearía a Siobhan, absorbiéndola, golpeándola, rompiendo su indefenso cuerpo, tragando a los otros crueles Vykrothes en su estela.

—Lanzo este hechizo por mi bebé —dije—, por mí, y por todos los otros Wodebaynes que han sido tratados injustamente. Diosa, barre a todos los traidores y ¡deja que su propio mal se agrave! —Sentí el aumento de poder, una ola que me atrajo hacia arriba, zumbando a mí alrededor, impulsando mi cuerpo por encima de las fuerzas caóticas trabajando.

Estaba subiendo, flotando sobre mi celda, por encima de mi aldea y la casa de Ma, por encima de las Highlands. Debajo de mí, estaban los suaves verdes campos de verano, la fresca corona oscura de los bosques, el azul plateado de los lagos con la fresca niebla de la noche levantándose frente a ellos.

Preguntándome qué me tenía suspendida, miré hacia abajo y vi una ola de pura oscuridad. Estaba montando una media luna de negro, un circulante líquido derretido forjado de la sangre de los Wodebaynes muertos, de mi padre y su padre, de Fionnula y de los otros miembros atormentados del clan.

—Esta es mi sangre y la sangre de mi niño, furiosa y rabiando sobre las Highlands, un río de maldad estrellándose contra la aldea de Lillipool.

Entonces, todo de una vez, fui liberada.

Colapsé en suelo, débil y agotada. Me deslicé en un estado de sueño, sintiendo fuegos ardientes a mí alrededor.

¿Estaba quemándose mi celda? ¿Recordé apagar la escoba quemándose?

No estaba segura, pero no podía convocar la fuerza para levantarme del suelo. Si estaba destinada a morir ahora, sería mejor hacerlo por mi propia mano que a mano de los aldeanos.

¿Qué vendría después de esta vida? Recordaba a Ma hablando de que la muerte es renacer... la rueda gira y pasamos a una nueva vida. ¿Podría encontrar a mi bebé en este nuevo mundo? Abracé mi vientre sintiendo la patada de niño.

—Estaré ahí para ti —suspiré llorosamente—. Estaré allí.

Estoy montando sobre sus hombros en la orilla del mar. Entonces, de repente estamos aquí en la plaza principal, bailando con antorchas como brujas alrededor de los fuegos de Beltane. Entonces estoy sobre un acantilado junto al mar, con un suave bulto en mis brazos. Al abrir la solapa, miro el rostro de mi propio bebé. Una niña, por supuesto. Huele a madreSelva y trébol. Pero no podemos quedarnos aquí. El océano está subiendo por la tormenta. Y de repente la ola forma una cresta, alta más alta, sobre nuestras cabezas. Debo correr para salvarla... Levanté la cabeza y extendí mi mano, tratando de agarrar a mi bebé. Mis dedos rozaron las

Cate Tiernan

cenizas de mi fuero ceremonial, y recordé que estaba en mi celda, durmiendo en mi círculo bajo el cielo gris humo.

Me levanté y me puse la bata, forcejeando para sujetar la cinta por encima de mi vientre abultado. A lo largo de la noche, los gritos de los aldeanos y el ruido de la gente peleando alrededor, había penetrado en el entumecimiento que se apoderó de mí. Ahora que la luz del día llegaba a montones a través del techo, el olor de fuego era espeso en el aire.

¿Cómo podría el humo de mi hechizo quedar así?

La puerta se abrió y un cuenco de galletas fue arrojado dentro.

—Aquí está tu leche —dijo el guardia, mirándome con recelo mientras colocaba la caja dentro de la puerta—. Y no pongas una maldición sobre mi cabeza, porque solo hago mi trabajo, y tengo tres niños pequeños en casa.

Parpadeé. ¿Acerca de qué balbuceaba? Pero antes de que pudiera preguntar, la puerta se cerró de golpe, dejándome con mi desayuno. Me comí hasta la última migaja, sorprendida por la calma que se había apoderado de mí. Me había resignado a que mi bebé y yo renaceríamos juntos. Esa era la visión a la que me aferraría en mis últimas horas.

Cuando la puerta se abrió, para ir a la horca, entré en la nube de humo con la barbilla en alto y una pequeña dosis de coraje. Si Siobhan y los otros me iban a condenar, no los dejaría tener la satisfacción de ver que realmente habían roto mi espíritu.

—Te veré cuando la rueda gire —le dije al niño dentro de mí—. ¡Cómo me deleitaré en la mirada de tu dulce rostro!

Seguí a los guardias a la horca, sorprendida de que no intentaran atar mis manos o me maltrataran hoy. Echaban miradas nerviosas, pero de alguna manera, sus ojos no tenían el absoluto desdén que había visto el día anterior.

Al llegar a la plaza del pueblo, me sorprendió ver un pequeño grupo de testigos reunidos. Me pregunté por la escasez de espectadores, sobre todo cuando había sido todo un espectáculo el día anterior. ¿Y dónde estaba mamá? No podía creer que no vendría para estar conmigo mientras tomaba mi último aliento. Kyra estaba junto a la horca, vestida de negro. Pero Diarmuid y Siobhan estaban ausentes, al igual que el reverendo del pueblo, que había sido mi principal perseguidor.

Miré los rostros extraños, preguntándome qué había pasado con mis enemigos. ¿El hechizo había funcionado?

Tal vez Siobhan había sido derribada, no pudiendo asistir a mi ejecución. El pensamiento me ofreció algo de satisfacción.

Mientras caminaba hacia la horca, Kyra se acercó a mí.

—Si pudiera tener un momento —dijo a los guardias, y ellos dieron un paso atrás. Kyra puso sus brazos a mí alrededor en un abrazo y quise llorar, sintiendo como si fuera la última persona en la tierra que se preocupaba por mí. Me abracé a su espalda, el aguijón de las lágrimas en mis ojos.

—No deberías estar haciendo esto —le dije, mi voz quebrándose con emoción—. Te perseguirán solo por conocerme.

—Les he mentado, Rose, y ellos no me recordarán —susurró a mi oído— mientras estoy aquí, los guardias creen que soy la hija de un pastor de una aldea al norte, vine a hablarte del Dios Cristiano a un prisionero condenado.

Sollocé, asustada de dejarla ir.

—No mires hacia abajo —susurró— pero estoy presionando un encantamiento en tus manos por protección. Ambas. Lo cargué en mi misma —hizo una mueca, agregando—: Espero que funcione.

—Gracias —le susurré, agradecida de que Kyra estuviera trabajando su propia magia al final—. Eres la única que vino a decirme adiós.

—Muchos no sobrevivieron a la noche. —Frunció el ceño— parece que hubo un terrible incendio en Lillipool la noche pasada. Eso es por lo que el humo cuelga en el aire.

—¿Un incendio? —Traté de aplacar mi curiosidad. ¿Qué había hecho mi hechizo?

Kyra asintió.

—Nadie estuvo presente para ver las llamas, solo la ruina que dejó a su paso. Parece que pasó a través del pueblo y luego saltó a las casa de los vecinos en el campo. Yo... Temo que Diarmuid se haya perdido en él.

Parpadeé sin sentir la sensación de pérdida. Era una maravilla cómo drásticamente mis sentimientos por él habían cambiado, sin embargo, Diarmuid era la razón por la que estaba aquí. Me froté los ojos, preguntándome si el incendio había sido resultado de mi hechizo.

—¿Qué hay de Siobhan? —pregunté.

—Murió, al igual que toda su familia y el reverendo Winthrop, quien celebraba con ellos. Las Highlands nunca habían visto semejante acto de destrucción; esto es sin

duda la furia de la Diosa. —Kyra entrecerró los ojos hacia mí, estudiándome con curiosidad—. Así que, ¿no sabes nada de esto?

—¿Es eso lo que la gente piensa?

—Algunos dicen que lanzaste un hechizo en tu furia sobre condenarlos a muerte —asintió hacia los guardias—. Eso es por lo que están tan asustados por ti hoy.

Giré hacia los guardias. Uno de ellos captó mi mirada y volteó lejos rápidamente, como si pudiera evitar una maldición manteniendo la espalda vuelta. Y sin el reverendo Winthorp... ¿quién se encargaría de que mi sentencia fuese llevada a cabo? ¿Estos guardias acobardados?

Los vientos de mi destino habían cambiado, y podía sentir el poder de la Diosa girando a mí alrededor. Yo... no moriría. Lo sabía ahora.

—Así que mi hechizo funcionó —dije, lo suficientemente fuerte para que todo el mundo en la plaza escuchara. Era extraño hablar sobre asuntos de brujas ante los cristianos del pueblo. Las cabezas giraron hacia mí con miedo, y sonreí—. Si, el incendio fue obra mía. Usé todos mis poderes para castigar a los malvados. Ellos no solo me persiguieron a mí, actuaron llevados por su odio contra mi clan todos los días. ¡Han perseguido a los Wodebaynes por años!

Las pocas personas reunidas en la plaza comenzaron a dispersarse con miedo.

Una señora se subió la falda y rápidamente salió corriendo. Dos hombres serpenteaban hacia la iglesia, como si estuvieran paseando por la tarde.

Me giré hacia los guardias, me preguntaba si podría necesitar dispararles algún dealan-dé⁶ para asustarlos.

—¡No nos maldiga! —dijo uno de ellos, cubriéndose el rostro con las manos—. ¡No le hemos hecho ningún daño!

—¿Pensé que estaban a punto de colgarme? —pregunté. El guardia corpulento negó con la cabeza.

—No pondremos un dedo sobre usted, mientras prometa no practicar su brujería sobre nosotros.

—Muy bien entonces... —les lancé una mirada feroz—. Váyanse antes de que los convierta en sapos o pavos.

⁶ Dealan-dé: Hace referencia a un hechizo simple, como mover cosas, convocar fuego o viento con el fin de asustar a los guardias.



Se fueron de prisa, sin siquiera mirar atrás. Crucé los brazos sobre mi vientre, consciente del poder hormigueando dentro de mí. Mi hechizo había funcionado. Sabía que debía sentir un júbilo eufórico! En su lugar solo sentía una compulsión por dejar atrás la escena de mi juicio.

—Por la Diosa, no puedo creer que estoy caminando lejos de mi propia ejecución —dije mientras Kyra y yo caminábamos por el lugar. Estaba más allá de sentir alivio mientras caminaba rígidamente por el camino.

—Entonces realmente lanzaste un hechizo —preguntó maravillada.

—En serio, y por gracia de la Diosa, ella lo cumplió.

—Muchos dicen que no fue la Diosa —dijo en voz baja—. Algunos dicen que fue magia oscura. Un gran taibhs⁷ —suspiré.

—Deja a sus lenguas moverse. El hechizo que lancé era solo un retorno de todo el mal que Siobhan había enviado a mi camino, triplicado.

Kyra asintió con la cabeza, pero me di cuenta de que no estaba convencida. *Déjala ser, pensé. Ella Siempre había sido ingenua. Algún día entenderá.*

Mientras caminaba a casa, estaba sorprendida por el respeto que me daban los transeúntes. Un hombre con una carreta me ofreció un paseo, y dos señoras que pasaban realmente se inclinaron hacia mí. Había oído hablar de los incendios, que rápidamente me habían convertido en una leyenda local, al parecer. Siempre había conocido mis poderes, pero por una vez era lindo que otros conocieran de mis dones.

Cuando llegué a casa, me encontré con Sile sentado a la mesa, mirando a la nada.

—¿Estás bien, Ma?

Ella me miró sorprendida, como si estuviera viendo un fantasma. Lentamente sacudió la cabeza, señalando con un dedo hacia mí.

—Mi furia y decepción no tiene límites. ¿Tienes alguna idea de lo que has desatado?

—Era un hechizo dije simplemente, un hechizo contra mis perseguidores, ¡los que habrían tomado la vida de mi bebé!

—Ninguna acción malvada merece la magia negra que conjuraste. Nunca había visto algo así. ¡Jamás! Has causado una división en nuestro aquelarre, algunas discusiones que creó tu hechizo en tu propia defensa. Pero están equivocados. —

⁷ **Taibhs:** Espíritu maligno invocado a través de magia oscura.

Cate Tiernan

Mi mamá trató de despreciar las lágrimas—. Has creado un mal horrible, Rose. Los acompañantes de tu hechizo en la llegada de tu tiempo muy oscuro. ¡Un terrible reinado de oscuridad! ¡Lo he visto!

Su voz se quebró en un sollozo, y descansó su cabeza en sus manos, temblando. Doblé mis brazos, incapaz de confortarla.

—Lo haces sonar como si fuera una niña egoísta. No creé el hechizo sólo para mí. Estaba actuando por todos los Woodebaynes. Este es el tipo de venganza que necesita nuestro clan.

Mamá negó con su cabeza.

—No, Rose. No hay nada que alguien pueda hacer para justificar esta terrible violencia. No sólo heriste a Siobhan, ¡destruiste toda su familia! ¡Su aquelarre entero! Y todos los habitantes de Lillippol, Vykrothes, Leapvaughsn, y similares a Christian. Quemaste cada pequeño niño y mujer esperando niño, como tú.

—Yo no... no quise que eso pasara, pero...

—¡Oh, querida Diosa! —Síle gimió—. ¿Cómo mi hija, mi propia carne y sangre, es capaz de hacer tanto mal?

Me senté en mi cama incrédula. Ella no entendía, y yo no tenía la fuerza para iluminarla. No disfrutaba verla en dolor, aunque en verdad pensé que ella siendo demasiado dramática.

—Debe ser la sangre de Gowan —murmuró—. Tus acciones lo dejan en claro. La maldad debe haber comenzado con él, interesándose en la magia oscura como un niño tonto que no sabe bien. El hombre siempre quiso la vía fácil. Él debe haber plantado la semilla del mal, y ahora estás alimentándola. —Dio una profunda inhalación y colapsó en sollozos de nuevo.

—Esto no es tan... —dije, tocando su hombre—. En un tiempo entenderás...

—¡No lo haré! —Mamá se estremeció, alejándose de mí—. El tiempo no sanará esta herida, Rose, y tú no te quedarás en este techo por una sola noche. —Ella se armó de valor, arreglándose con un ceño fruncido—. Ya no eres mi hija. No me importa a donde vayas, pero nunca te quiero ver de nuevo.

Bajo mi entumecimiento primordial, sentí a mi último vestigio de esperanza aplastado dentro de mí. Mi madre me estaba abandonando. Mi bebé y yo no tendríamos a nadie en el mundo, ningún puerto seguro. Sólo el uno al otro. Mi boca se secó mientras me moví por la cabaña, recogiendo mis precarias pertenencias. ¿Cómo alguna vez podría regresar a aquí? ¿A no tener a nadie que cuidara de mí, para consolarme de mis visiones nocturnas? ¿Nadie que viera si

tenía suficiente para comer o un lugar para dormir? ¿Nadie que me enseñara nuevos hechizos? ¿Nadie que se preocupara por el niño en camino? El miedo apretó mi pecho con el prospecto de caminar por la puerta... miedo y pavor.

Mi madre era el último vestigio de mi vieja vida, y me pertenecía aferrarme a ella. Pero no tenía elección. Mamá no me tendría. Ella me observó empacar como un halcón esperando atacar.

Con todo lo que tenía en una cartera, me volteé hacia ella.

—Diría hasta pronto —le dije—, pero seguramente ¿nunca nos volvamos a encontrar?

Ella volteó su cabeza y me despachó con una mano.

—No puedo soportar posar mis ojos en ti —dijo ella—. ¡Sólo vete!

Tragando el nudo que se había formado en mi garganta, salí de la puerta y me aventuré en los bosques. No tenía a donde ir excepto mi círculo sagrado, incluso eso parecía contaminado por las manos de Diarmuid. Sin embargo, barrí el círculo y alcé mis manos hacia la Diosa.

—Tengo una necesidad que debe ser cumplida —dije—. Te lo ruego, Diosa, que obtenga una casa, un lugar para vivir para mí y mi bebé en camino. —Me quedé bajo el cielo neblinoso, preguntándome a donde ir.

—Diosa, sé que Tú no quisiste que yo y mi hijo tuviéramos hambre. —Pensé en mi madre, maldiciendo su debilidad—. Ella nunca ha entendido mis poderes, Diosa.

Siempre había creído que algún día heredaría el status de Mamá como alta sacerdotisa de nuevo aquelarre... pero eso no iba a suceder.

—Tal vez es su envidia —dije en voz alta. Pero no había nadie que respondiera. Dejando que mis manos cayeran al lado, me di cuenta que este círculo había perdido verdaderamente la magia para mí.

Empaqué mis herramientas en el bolso, le prendí fuego a mi escoba. Barrí el amplio círculo con la escoba en llamas, barriéndolo todo. La Diosa ya no visitaría esta parte de los bosques. Ahora la magia se había ido del altar de piedra, el limo verde, y los árboles que una vez habían servido como mayo de Beltane.

Cuando el círculo estaba roto, tomé mi bolso y bajé caminando hacia la carretera. Decidí caminar hacia Lillippol para ser testigo de la cosecha de mi hechizo. Caminé como si estuviera aturdida hasta que llegué a una sección en los bosques que ahora era negra carbonizada y casi vacía, como si los árboles y la cabaña de ahí simplemente se hubieran fundido en la tierra.

Hice una pausa, pellizcando mi nariz contra el humo. ¿Qué había estado aquí? No podía recordarlo. Me acerqué más, dándome cuenta de las filas estriadas de esqueletos carbonizados. Tres esqueletos presionados contra una puerta. ¿No habían sido capaces de escapar a tiempo? Llevé mis manos a mi boca, horrorizada por el pensamiento. Imaginar un fuego repentino, el humo que ahoga, la necesidad de salir antes de que las llamas te pasaran...

Cerrando mis ojos, tragué fuerte, tratando de ignorar la picazón en mi garganta. Era la destrucción en manos de la Diosa, me dije a mí misma, y ella golpea el mal. Estos habitantes podrían haber sido nada para mí, ¿pero seguramente malvados?

No me sentí lista para ver más, sin embargo me sentí forzada a caminar más adentro, pasar otra y otra escena de fuero, ahora meramente un cuadrado ennegrecido en la tierra. Cuando alcancé el río, tuve la vaga sensación de que el molino había estado aquí, con cabañas alrededor. Pero ahora estaba unas tierras humeantes de brasas, un horizonte sin final de cenizas y tierra ennegrecida.

—Entonces que así sea —dije en voz alta para eliminar cualquier duda que tenía sobre la devastación que me rodeó.

Bajando por el camino de cenizas vio tres esqueletos carbonizados de tres niños alineados, como si estuvieran preparados para ritos de entierro. Pensé en los niños que había visto jugando en la polvorienta plaza cuando venido a ver Diarmuid. Una punzada de arrepentimiento se tensó en mi pecho, pero de nuevo me dije a mí misma: *fue la voluntad de la Diosa. ¿Estos niños no estaban siendo preparados de maneras prejuiciosas por sus aquelarres?*

Me moví hacia el centro de lo que una vez fue Lillippol. La piel carbonizada de la mano de un hombre salía de una ventana, aunque no había un cuerpo para ser visto. Paseando alrededor, me estremecí y toqué mi panza.

—Esta es una vista truculenta —dije en voz alta—. Pero seguramente él era un hacedor del mal.

Incluso la plaza de la aldea polvorienta había sido transformada a gruesa y oscura ceniza. Cenizas de huesos y edificios, brasas de los sueños de mis enemigos y odio.

Tanto odio.

Sin embargo, yo no podía sentir júbilo por el éxito de mi hechizo, ni dolor por las vidas perdidas en este condenado parche de los Highlands. La Diosa me había empujado más allá del sentimiento, más allá de las lágrimas.

Camina. Respira. Descansa. Mi fuerza se centró en las cuestiones más simples en este momento, la necesidad de sobrevivir y cuidar a mi bebé. Ve aquí los frutos de

tu hechizo, la Diosa me estaba diciendo. Atestigua y aprende, que la destrucción causada aquí es el resultado de tu llamamiento.

Cerca del río se sentó una fila de edificios que no se había quemado por completo, sino sólo colapsado en cenizas. ¿Quizá las personas en ellas habían usado el agua del río para defenderse del fuego? Di un paso cerca de una flácida puerta y miré dentro. Los cuerpos de aquí no estaban completamente carbonizados, y tal vez era peor por su olor a podrido, sus características distintivas. ¿Era el calderero? Y los niños...

Me di la vuelta, con ganas sólo de ver los cadáveres de los más dignos.

Entré en una maraña de brasas humeantes que pensé que era la casa de Diarmuid. Pateando un poste de ceniza gris, pensé en la mirada hambrienta en los ojos de Diarmuid la noche anterior. Su negación de nuestro amor, su retirada del plan de la Diosa. *Diosa, por favor, concédeme que mi hijo no vaya a tener esos ojos, esos ojos lujuriosos, brillantes...*

La ceniza debajo de mi zapato crujía además, bajándome a una brasa ardiente. Pisé el calor, entonces me di cuenta de dos esqueletos, sus miembros carbonizados entrelazados.

¿Podrían ser Diarmuid y... y Siobhan?

¿Era éste el lugar donde habían muerto?

Me subí sobre las cenizas para estudiar los esqueletos. Un anillo de oro estaba envuelto todavía en torno al hueso de uno de los carbonizados dedos, el anillo de Diarmuid. Apreté los labios, sintiendo una punzada a medida que comprendí que la niña quemada era Siobhan.

Sería la última vez que ella me haría daño.

Me agaché y rompí el anillo del dedo quemado de Diarmuid. Lo guarde para mi hijo.

—No voy a decirle a mi niño la verdad sobre ti —le dije, y luego me lo pensé mejor. ¿Cuántos años hacía que intenté conseguir la verdad sobre el Da de Ma?

—O tal vez si voy a contarle todo... todos los detalles sórdidos de tu carácter débil y cobarde.

Me eché a reír, al darme cuenta de que Diarmuid ya no tenía ningún poder en esta vida. Levantando mi vestido, miré a la marca que había marcado a fuego en mi vientre. El pentagrama estaba allí, en posición invertida. Parpadeé con asombro. Lo había marcado para que yo pudiera mirar hacia abajo y verlo, pero eso significaba



que la forma de la estrella estaba en realidad cabeza abajo sobre mi vientre. Una estrella de cinco puntas invertida, era un símbolo legendario para el aprovechamiento del mal, aunque nunca antes lo había usado.

Empujé el anillo de Diarmuid en contra de mi propia marca invertida. De alguna manera me trajo un placer oscuro, y estaba contenta de sentir algo, incluso si se trataba de un amargo final.

—¡Es tu herencia —le dije a mi hijo—. La estrella de cinco puntas invertida, el hechizo oscuro, la ola oscura, el origen de nuestra redención. Este será el hechizo que pasará para protegerte a ti y a los tuyos para siempre.

El bebé dio una fuerte patada, y bajé mi vestido. Era hora de descansar, pero no podía encontrar consuelo aquí, en este paisaje de ruina calcinada. Metí el anillo en una bolsa de mi cinturón y seguí adelante.

En lugar de regresar a mi aldea, seguí hacia el este, pasando por el pantano quemado y brezo que había rodeado la casa de Siobhan. No le presté homenaje a los restos humeantes mientras pasaba, mi mirada puesta en un pueblo lejano donde podría encontrar un alojamiento en una posada.

Llegué a una bifurcación en la carretera y decidí continuar hacia el este, hasta el lugar donde sale el sol. Más allá de la bifurcación una persona me llamó por mi nombre. Me volví para encontrar a Aislinn saludándome, su cabello rojo volando mientras corría para ponerse al día conmigo. Su energía parecía discordante en el silencioso bosque, el lugar de tan reciente destrucción.

—¡Rose! ¡Rose! Fuiste tú, ¿no? ¿Has visto la ruina? —Su rostro se iluminó con una sonrisa depredadora—. Tu hechizo acabo con ellos, ¡gran cantidad de ellos! Por la Diosa, ¡realmente les enseñamos! Será un largo tiempo antes que nadie cruce un Wodebayne.

Me eché hacia atrás sobre los talones, cansada pero aliviada de que Aislinn entendiera.

—Debes estar llena de asombro ante lo que has logrado.

—No puedo decir que lo estoy —admití, con el deseo de que pudiera convocar a una emoción.

—Bueno, entonces me siento orgullosa en tu nombre —dijo Aislinn—. La ola oscura de tu hechizo ha puesto fin a nuestra persecución. Se ha alterado nuestro destino, Rose. Nunca más seremos los oprimidos, los marginados, nunca más.

—Mi madre no está de acuerdo —dije—. Ella me ha desterrado de nuestra secta.



—Sile es una mujer tonta —dijo Aislinn—. Ella no tiene visión, no tiene valor. ¿Sabías que muchos de nosotros ya habíamos abandonado su aquelarre, mucho antes de anoche? Los convocantes estábamos cansados de la falta de Sile para tomar medidas. Hemos comenzado a tener nuestro propio círculo en el bosque al este de aquí, cerca de una aldea llamada Druinden. Aunque a veces no sabemos qué hacer. En realidad no hemos encontrado una alta sacerdotisa con el poder de convocar a la Diosa.

—¿En serio? —Me sentí impulsada por la noticia. Tal vez no había sido abandonada como pensaba. Tal vez era Sile, quien estaba equivocada. Tal vez había estado negando los caminos de la Diosa, y por eso estaba aquí viajando por este camino desconocido con apenas un punto a mi nombre.

—¿Es ahí a donde te diriges? —preguntó Aislinn—. ¿Druinden?

—Supongo que, si puedo conseguir una habitación en la posada. —Me sentí incómoda revelándome a mí misma a Aislinn, sin embargo, sospechaba que ella ya conocía mi historia completa—. No sólo he sido desterrada de la secta, sino también de la casa. Y... tú probablemente ya sabes, estoy con el niño.

—¡Ni se te ocurra ir a la posada! —insistió, con el rostro lavado con orgullo—. ¡Tienes que quedarte con mi hermana y conmigo! En casa de mi padre, pero se va a descansar en el mar, la mayor parte del tiempo. Y no hay que preocuparse por el crío. La Diosa proveerá. Especialmente si decides que quieres ser sacerdotisa del nuevo aquelarre. Por supuesto, los otros deben estar de acuerdo, pero ¿cómo no iban a ver tu poder? Todo el pueblo de Druinden sabe de la ola oscura. Voy a apostar a que todo el mundo de aquí a Londinium sabe. Ese hechizo te ha hecho la suma sacerdotisa de los Highlands.

Casi me sentí como de la realeza, arrastrándome por el largo camino con mis pies doloridos. Por el momento lo único que quería era un lugar para descansar y una jarra de agua para lavar el olor de la muerte en mí. Lavar el hollín y la suciedad, y el amargo recuerdo de la traición.

capítulo 14

S a m h a i n

Traducido por Mona

Corregido por majo

— **E**s hora de dejar la luz y entrar en la oscuridad —dije desde el centro del círculo. Los miembros de mi aquelarre estaban reunidos a mí alrededor, escuchando atentamente como su nueva sacerdotisa pronunciaba las palabras del rito de Samhain.

—Hundo la hoja de mi daga profundamente en el corazón de mi enemigo —dije bajando mi daga en la copa de vino en manos de Aislinn.

—Hunde la daga, deja morir el mal. —Ellos cantaron, dando vueltas a mí alrededor.

Me acerqué al fuego ceremonial y lo aticé con un leño hasta que las brasas volaban a través de la oscuridad.

—Avivo el fuego de la venganza y dirijo la ira de la Diosa hacia su maldad.

—Aviva el fuego, deja morir el mal —coreaban.

Me quedé desnuda ante ellos, la curva madurez de mi cuerpo acorde con el ritual de cosecha. Los miembros del aquelarre también estaban desnudos, me di cuenta que algunos habían marcado sus vientres con la estrella de cinco puntas invertida.

Aislinn lo había hecho primero, inspirada por la marca en mi vientre, que había sanado, pero ahora era de un marrón oscuro, un signo permanente del poderoso hechizo que había creado.

Alrededor de mi cuello llevaba un collar con la piedra de ámbar que Kyra había encargado para mí junto con perlas negro azabache para indicar mi posición como sacerdotisa.

No había visto a Kyra ni a mi madre desde el día después de la ola oscura.

A veces los cuentos de aquelarre de Sile se filtraban en nuestro círculo, y yo escuchaba con interés, a pesar del hecho de que sabía que nunca volvería a ver a mi madre. Ahora me daba cuenta de cómo ella había intentado socavar mi fortaleza, privándome del poder que la diosa intentaba que yo manipulara.

Toqué la piedra dorada en mi cuello, preguntándome si Kyra conocía el poder de su hechizo. Amber también fue un excelente protector de los niños y un reforzador de hechizos, y a menudo sostenía la piedra encantada cerca de mi pecho en previsión del rito del parto.

Cate Tiernan

Mi hijo estaría aquí antes de Imbolc, lo sabía.

Había disfrutado las visiones de ella, un pequeño bulto en mis brazos mientras me arrodillaba delante de Aislinn, convocando el poder de la Diosa a través de la iluminación de las velas en la corona sobre mi cabeza.

—Vamos a recrear el gran acontecimiento de nuestro año —dije, avanzando hacia un lado del círculo—. La ola oscura.

Aislinn conducía la danza, interpretándome mientras elaboraba el hechizo en mi celda de prisión.

Otros miembros del aquelarre interpretaban a las fuerzas de la tierra, el viento, el agua y el fuego.

Mientras observaba a los bailarines moverse, saltando en el aire y cayendo a la tierra, pensé en las horas que había pasado instruyendo a los miembros de mi aquelarre acerca de los elementos de la ola oscura.

Teníamos planeado lanzar el hechizo sobre los Burnhydes al norte, ya que habían estado robando las ovejas de los pastores Wodebayne repetidamente.

Eso era imperdonable, la manera en que ellos cometieron el delito con abandono.

—Hay que detenerlos —decía Aislinn con frecuencia.

—Y nosotros tenemos el poder para hacerlo.

La ola oscura.

Los miembros del aquelarre habían demostrado ser estudiantes aptos del intenso hechizo.

Ellos ya habían recogido el cabello y las uñas de los Burnhydes para usarlos en la magia.

Mi bebé cambió de posición dentro de mí, y sonreí.

—Sí, pequeño, tú también aprenderás el hechizo. Te lo transmitiré, es tu legado.

Cuando el drama ante mi terminó, me levanté y levanté mis manos hacia la Diosa.

—Caí en una profunda oscuridad —dije—. Saludé a la muerte. Rompí la aterciopelada oscuridad de la luz eterna. Ardiendo con la gloria, volví a nacer. Ahora el año termina.

—¡El año nuevo comienza! —respondieron los miembros del aquelarre—. ¡Hunde la espada, aviva el fuego!



ORIGINS

Cate Tiernan

Sweep



Fui al centro del círculo diciendo—: ¡Su maldad debe quemar sus propias piras funerarias!

Los miembros del aquelarre bailaban a mí alrededor, cantando—: ¡Hunde la espada, aviva el fuego!

Sentí el poder de la Diosa arremolinarse a nuestro alrededor. Sí, estábamos casi listos para enviar la ola oscura, que así sea.

—¡Bienvenido año nuevo, adiós conflictos. De las brasas ardientes surge la vida.

—¡Hunde la espada, aviva el fuego...!

epílogo

Traducido por Niii

Corregido por majo

Hunter y yo nos sentamos en silencio en el sofá. ¡Hunde la espada! ¡Aviva el fuego! Las palabras seguían corriendo por mi mente, como un mantra. Esta chica, esta joven chica de diecisiete años. Intenté imaginar pasar por lo que ella había pasado. ¿Hubiera yo reaccionado de la misma forma?

—¿Morgan?

Me di cuenta que Hunter me estaba mirando con preocupación. Su mano reposaba sobre mi brazo. Parecía estar esperando que respondiera. ¿Me había hecho una pregunta? Sacudí mi cabeza, intentando despejarla, y luego alcancé mi té de manzanilla.

—Sí —dije en voz baja. Cuando llevé la taza a mis labios, me di cuenta que mi rostro estaba empapado con lágrimas.

—Morgan, ¿estás bien?

Bajé mi mirada al libro cerrado. Rose MacEwan, pensé, mi ancestro. La creadora de la ola oscura. ¿Cómo era posible? Pero lo sabía, me di cuenta casi inmediatamente, con un sentimiento que se hundió en el fondo de mi estómago. Recordé el par de veces que había practicado magia oscura: mis cambios de forma con Ciaran. Magia del clima con mi medio hermano Killian.

Se había sentido tan correcto, puro y natural. Hunter se dio cuenta también, pensé... cuando cosas extrañas comenzaron a ocurrir en nuestros círculos, él había creído que la responsable era yo. Rose podría haber sido yo, pensé con repugnante claridad. Éramos tan parecidas: parientes de sangre. Yo podría haber sido Rose.

Hunter se había arrodillado en el piso frente a mí, sus ojos cálidos con preocupación. Podía ver el dolor ahí, dolor por verme llorar. Oh, Diosa, él me amaba, sin trucos ni reservas. Lo que había hecho con Justine parecía tan trivial ahora.



Volvió a sentarse en el sofá, me alcanzó, y me envolvió en sus brazos. No me resistí.

—Ella no sabía, amor. No sabía lo que estaba haciendo.

—Pero sí lo sabía. —Temblé involuntariamente, pensando en Rose y Diarmuid... ella había estado tan segura de su amor, tan segura como yo lo había estado —lo estaba— del amor de Hunter. Y mira dónde había llevado eso. Al mismo lugar al que había llevado a mis padres biológicos: muerte, destrucción, y miseria.

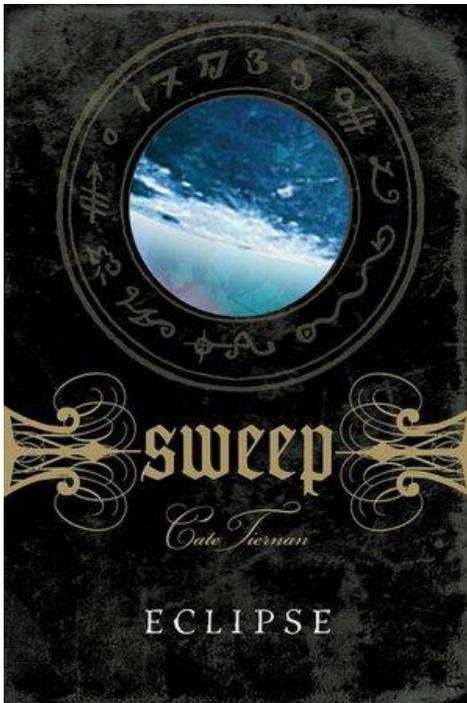
Levanté la mirada hasta el rostro de Hunter, el rostro con el que soñaba, el rostro que creía estaría ahí para mí.

Solo para mí. Extendí la mano hacia arriba y toqué la mejilla de Hunter: mi mùirn beatha dàn. Incluso el amor de sus padres había dado paso al sufrimiento; abandonándolos cuando niños, llevando al padre de Hunter a herirse a sí mismo en un intento de recrear lo que tenían después de la muerte de su amor.

—Te conozco, amor. No eres como Rose. Tú has escogido el bien —susurró Hunter, acariciando mi cabello.

Asentí, queriendo creerle. Pero como hija de un origen tan oscuro, solo podía esperar que él tuviera razón.

F i n d e l L i b r o

SWEEP 12
eclipse

Morgan sabe que una ola oscura de destrucción viene en camino. Todos a quienes ama están en peligro. Entonces Morgan, Hunter y un sorprendente nuevo aliado se unen para pelear en una batalla que pondrá a prueba sus poderes más allá de lo que ninguno podría imaginar.

En esta batalla del bien contra el mal, de la luz contra la oscuridad, algunos tienen el poder para vencer; pero cuando llegue el momento, ¿se atreverán a hacerlo?

En el final, ¿quién sobrevivirá para contar la historia?

A u t o r a
cate tiernan



Escritora americana, Cate Tiernan es el seudónimo utilizado por la autora Gabrielle Charbonnet para firmar su obra literaria dedicada, principalmente, a un público de jóvenes adultos.

Tiernan ha publicado más de 75 títulos bajo varios nombres, aunque ha sido su obra Amor inmortal la que le ha reportado un gran éxito internacional.

agradecimientos

Moderadoras: Niii y ♥ Ellie ♥

Traductoras:

Susanauribe

Dai

Katfly

Malu Cullen

Sprinkling

Zeth Lickstein

Newinside

flochi

purpleneightlight

rihano

Little Rose

alexiacullen

dracanea

Vanehz

Lizzie

Naty°

Nanndadu

Mona

♥ Ellie ♥

dianthe

Niii

Correctoras:

Mishy

Aldebarán

Majo

♥ Ellie ♥

Mari NC

Haushiinka

La BoHeMiK

Revisión y recopilación

Nanis

Andy parth

Dark&rose

Angeles Rangel

Majo

Diseño

Paovalera



Cate Tiernan

ORIGINS

Sweep



para más lecturas, visita:

www.purplerose1.activoforo.com

www.bookzinga.foroactivo.mx

